

DE
VIA
JES





DE
VIA
JES

Nuestro agradecimiento a autores,
herederos, fundaciones, editoriales y
agentes literarios por su colaboración
en la edición de esta obra.

EDICIÓN NO VENAL CON MOTIVO DE LA
SEMANA EUROPEA DE LA MOVILIDAD 2008

DE VIA JES

Selección de textos

JOSEFINA JUNQUERA COCA

JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

© De los autores
© JUNTA DE ANDALUCÍA.
Consejería de Obras Públicas y Transportes

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:
Dirección General de Planificación. Servicio de Publicaciones
Nº DE REGISTRO: JAOP/PL-26-2008

SELECCIÓN DE TEXTOS:
Josefina Junquera Coca
DISEÑO GRÁFICO Y FOTOGRAFÍAS:
José Antonio Galindo Riaño

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: Grafo S.A.
IMPRESO EN ESPAÑA

DE VIAJES / Selección realizada por Josefina Junquera Coca;
diseño gráfico y fotografía, José Antonio Galindo Riaño.
Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2008.
192 p.; 17 cm.

Edición no venal con motivo de la Semana Europea de la
Movilidad 2008.

DEPÓSITO LEGAL: BI-2282-08

1. Literatura. 2. Descripciones y viajes. I. Junquera Coca, Josefina.
II. Galindo Riaño, José Antonio. III. Andalucía. Consejería de
Obras Públicas y Transportes.

La luna, casi llena, ilumina los raíles.
Son dos líneas rectas, como de agua enjaulada,
que se pierde en un recodo de la montaña.

F. M.
CORAZÓN



DE
VIA
JES

PRESENTACIÓN

Con este libro la Junta de Andalucía celebra la Semana Europea de la Movilidad 2008. Por séptimo año consecutivo, edita un libro para obsequiar a los usuarios del transporte público regional y metropolitano. Como agradecimiento por utilizar nuestra red de transporte público, colaborando en reducir la contaminación y la congestión en nuestras ciudades. Porque el transporte público necesita de usuarios para cumplir su objetivo.

Aumentar el uso de transporte público es una tarea colectiva, que requiere tanto del esfuerzo de las Administraciones por crear una red de servicios de transporte eficaz, segura y sostenible, como de los ciudadanos, por cambiar sus hábitos y reducir el uso del vehículo privado. Para que nuestras ciudades sean más modernas y habitables y nuestra calidad de vida sea mayor.

Para ello, la Junta de Andalucía invierte en la mejora de la calidad de los servicios de transporte, en estaciones de autobuses, apeaderos, refugios y marquesinas, así como en conservar y ampliar la red de carreteras, algunas con plataformas reservadas para el transporte público y carriles-bus.

Están en obras los Metros de Sevilla, Málaga y Granada y se han impulsado proyectos de sistemas tranviarios en varias ciudades. Con el Ministerio de Fomento, se desarrolla de forma coordinada el Eje Ferroviario Transversal de Andalucía que, junto con otras actuaciones ferroviarias, posibilitará la conexión por alta velocidad de todas las capitales andaluzas entre sí.

La Junta de Andalucía, con el objetivo de mejorar los servicios de transporte, ha impulsado la constitución de Consorcios de Transporte Metropolitano en las áreas de Sevilla, Málaga, Jerez-Bahía de Cádiz, Granada, Campo de Gibraltar, Almería y Jaén, para una gestión unitaria e integrada de todos los sistemas de transporte. Y está próxima la constitución de los Consorcios de Córdoba y Huelva.

El deterioro del medio ambiente en las ciudades producido por la emisión de gases contaminantes y el efecto invernadero (el 83% de las emisiones de CO₂ generado por el transporte viene provocado por el vehículo privado) hace que la sensibilización ciudadana sea fundamental. Por eso, este año la Semana de la Movilidad ha adoptado para toda Europa el lema: ¡Aire limpio para todos!

Los Consorcios de Transporte de Andalucía apuestan por un transporte más ecológico, a través del fomento de la utilización de biocombustibles no contaminantes y otras fuentes de energía renovables, como el programa de suministro de biocombustible para autobuses metropolitanos, o de instalación de paneles solares en terminales de transporte.

En esta tarea, la Junta de Andalucía cuenta con un importante instrumento, el Plan de Infraestructuras para la Sostenibilidad del Transporte en Andalucía (PISTA 2007-2013), documento de planificación que guiará la actuación de la Administración Autonómica en materia de infraestructuras y transportes en los próximos años.

Su ejecución conlleva un gran esfuerzo inversor que tendrá una incidencia decisiva en la mejora del sistema de transporte andaluz y, en especial, de los sistemas públicos de transporte de nuestras ciudades y áreas metropolitanas. Además de la construcción de nuevas infraestructuras, propone estrategias de actuaciones que permitirán afrontar

con éxito los retos que el transporte andaluz tiene planteados en cuestiones tan relevantes como la sostenibilidad ambiental y energética, la lucha contra el cambio climático o la mejora de la calidad de vida de la población andaluza.

El libro de este año recoge fragmentos de relatos famosos de viajes. Porque abrir un libro es comenzar un viaje. Leer es viajar, a otros lugares, a otro tiempo, a otras vidas. Y como utilizar el transporte público nos permite leer, podemos viajar mientras nos llevan al trabajo, a la escuela, al cine.

Algunos de estos libros nos transportarán a tiempos lejanos cuando recorrer unos pocos kilómetros era una gran aventura. Si algo ha cambiado en nuestros días, es nuestra manera de movernos. Y cambiará todavía más si nos liberamos de nuestra dependencia del vehículo privado y disponemos de una red de transporte público, moderna y eficiente, sostenible y adaptada a la necesidades de los ciudadanos.

Le deseo un feliz viaje a través de la lectura, y que este libro y el transporte público le trasladen a donde usted quiera ir.

LUIS GARCÍA GARRIDO

CONSEJERO DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

DE
VIA
JES

INTRODUCCIÓN

El libro que tiene en sus manos recoge fragmentos de relatos de viajes que desde la antigüedad greco-latina circulan por el mundo entero. Como un atlas, hemos dividido el volumen en capítulos por continentes, a fin de ubicar juntos los escenarios geográficos donde se desarrollan las distintas obras. Dentro de cada capítulo, el criterio de ordenación utilizado ha sido el cronológico, apareciendo primero las obras más antiguas.

De este modo y siendo el capítulo inicial el dedicado a Asia, el primer fragmento que aparece está extraído del libro de libros que es *La Biblia*, obra que ha ejercido una influencia literaria muy grande, además de ser el libro sagrado de cristianos y judíos.

Los héroes antiguos son viajeros. Embarcarse, rodar, cabalgar son verbos de movimiento que evocan el comienzo de una vida o una amistad, venturas o desventuras. Homero hizo que Ulises tardara 20 años en llegar a su patria. Con él navegamos en la cóncava nave por un mundo de pasiones y sorprendentes encuentros. El cíclope Polifemo y sus instintos antropófagos, la dulzura de las diosas y ninfas o el reconocimiento de Ulises por su perro Argos. Cervantes, viajero por vocación y obligación, nos lleva de la mano de *El licenciado Vidriera* en un trayecto de ida y vuelta de la universitaria ciudad de Salamanca a la Roma del Renacimiento.

En la primera mitad del siglo XIX los viajeros ingleses se instalan en España y escriben sobre nuestras costumbres y paisajes. Buen ejemplo de ello es Richard Ford y su libro *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, en el que abundan minuciosos datos acerca del valor de las cosas, las distancias en leguas entre poblaciones y la descripción de castillos y posadas en las que el viajero encuentra comida y reposo.

El mar y la naturaleza se confabulan para hacer de *Robinson Crusoe* el náufrago por antonomasia. Jack London nos transporta en trineo a través de las tierras heladas de Alaska. Julio Verne, el escritor francés más universal y visionario, recrea en *Miguel Strogoff* al más infatigable viajero por las estepas rusas. Surcamos mares exóticos de la mano de Sandokán, *El tigre de Malasia*, gracias al genial Emilio Salgari. En suma, relatos que nos llevan a otros mundos y otras épocas, capaces de estimular nuestra imaginación y ensanchar las fronteras de nuestro conocimiento.

No olvidamos autores contemporáneos igualmente maestros del género e imprescindibles en cualquier antología: Robert Kaplan, Colin Thubron, Isak Dinesen, Camilo José Cela y Ramón J. Sender. Éstos y algunos más del repertorio que hemos seleccionado completan una muestra sugerente a disposición de quienes viajando gustan de la buena literatura.

JOSEFINA JUNQUERA COCA



ASIA

ASIA

ÉXODO
LA BIBLIA

LAS MIL Y UNA NOCHES
ANÓNIMO

LIBRO DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO
MARCO POLO

MIGUEL STROGOFF
JULIO VERNE

LOS TIGRES DE MOMPRACEM
EMILIO SALGARI

EN SIBERIA
COLIN THUBRON

BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA
DAI SIJIE

ÉXODO LA BIBLIA

La Biblia está formada por libros escritos en distintas épocas, en los que se narra la vida del pueblo hebreo a lo largo del tiempo y se recoge en ellos su tradición religiosa, filosófica y literaria.

Biblia significa «Los libros». El Antiguo Testamento lo componen cuarenta y seis libros escritos en un periodo de tiempo que va desde el siglo XIII hasta el I antes de Cristo.

*Entre los libros históricos del Antiguo Testamento seleccionamos el **Éxodo**. En este libro se destaca la figura de Moisés, libertador y guía de su pueblo, al que conduce por las arenas del desierto del Sinaí, lejos de los egipcios que lo habían esclavizado, hasta llegar a la Tierra Prometida.*

CAPÍTULO XIII**La partida**

Cuando Faraón dejó salir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, aunque era más corto; pues se dijo Dios: «No sea que, al verse atacado, se arrepienta el pueblo y se vuelva a Egipto». Hizo Dios dar un rodeo al pueblo por el camino del desierto hacia el mar de las Cañas. Los hijos de Israel salieron bien equipados del país de Egipto. Moisés tomó consigo los huesos de José, pues éste había hecho jurar a los hijos de Israel, diciendo: «Ciertamente Dios os visitará, y entonces llevaos de aquí mis huesos con vosotros».

Partieron de Sukkot y acamparon en Etam, al borde del desierto. Yahvéh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche.

CAPÍTULO XIV**De Etam al mar de las Cañas**

Habló Yahvéh a Moisés, diciendo: «Di a los hijos de Israel que se vuelvan y acampen frente a Pi-ha-Jirot, entre Migdol y el mar, enfrente de Baal-Sefón. Frente a ese lugar acamparéis, junto al mar. Faraón dirá respecto de los hijos de Israel: «Andan errantes en el país, y el desierto les cierra el paso». Yo endureceré el corazón de Faraón, y os perseguirá; pero Yo manifestaré mi gloria a costa de Faraón y de todo su ejército, y sabrán los egipcios que Yo soy Yahvéh». Así lo hicieron.

Los egipcios persiguen a Israel

Cuando anunciaron al rey de Egipto que había huido el pueblo, se mudó el corazón de Faraón y de sus servidores respecto del pueblo, y dijeron: «¿Qué es lo que hemos hecho dejando que Israel salga de nuestro servicio?». Faraón hizo enganchar su carro y llevó consigo sus tropas. Tomó seiscientos carros escogidos y todos los carros de Egipto, cada carro con tres guerreros. Endureció Yahvéh el corazón de Faraón, rey de Egipto, el cual persiguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel salieron con gesto jubiloso. Los egipcios los persiguieron: todos los caballos, los carros de Faraón, con la gente de los carros y su ejército; y les dieron alcance mientras acampaban junto al mar, cerca de Pi-ha-Jirot, frente a Baal-Sefón. Al acercarse Faraón, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y viendo que los egipcios marchaban tras ellos, temieron mucho los hijos de Israel y clamaron a Yahvéh. Y dijeron a Moisés: «Acaso no había sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto? ¿Qué has hecho con nosotros sacándonos de Egipto? ¿No te dijimos claramente en Egipto: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios? Porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto». Contestó Moisés al pueblo: «No temáis; estad firmes, y veréis la salvación que Yahvéh os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis, no los volveréis a ver nunca jamás. Yahvéh peleará por vosotros, que vosotros no tendréis que preocuparos».

Paso del mar

Dijo Yahvéh a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel entren en medio del mar a pie enjuto. Que yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a costa de

Faraón y de todo su ejército, de sus carros y de los guerreros de los carros. Sabrán los egipcios que Yo soy Yahvéh, cuando me haya cubierto de gloria a costa de Faraón, de sus carros y de los guerreros de los carros».

Se puso en marcha el Ángel de Yahvéh que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube de delante se desplazó de allí y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de los israelitas. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran trabar contacto. Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahvéh hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del Este que secó el mar, y se dividieron las aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar a pie enjuto, mientras que las aguas formaban muralla a derecha e izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos, en medio del mar, todos los caballos de Faraón, y los carros con sus guerreros. Llegada la vigilia matutina, miró Yahvéh a través de la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios, y sembró la confusión en el ejército egipcio. Trastornó las ruedas de sus carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad. Y exclamaron los egipcios: «Huyamos ante Israel, porque Yahvéh pelea por ellos contra los egipcios». Yahvéh dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre los guerreros de los carros». Extendió Moisés su mano sobre el mar, y al rayar el alba volvió el mar a su lecho; de modo que los egipcios, al querer huir, se vieron frente a las aguas. Así precipitó Yahvéh a los egipcios en medio del mar, pues al retroceder las aguas cubrieron los carros y a su gente, a todo el ejército de Faraón, que había entrado en el mar para perseguirlos; no escapó ni uno siquiera. Mas los hijos de Israel pasaron a pie enjuto por en medio del mar, haciendo las aguas muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó Yahvéh a

Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar. Y viendo Israel la mano fuerte que Yahvéh había desplegado contra los egipcios, temió a Yahvéh, y creyeron en Yahvéh y en Moisés, su siervo.

II. MARCHA POR EL DESIERTO

CAPÍTULO XV

En Mará

Moisés hizo partir a los hijos de Israel del mar de las Cañas y se dirigieron hacia el desierto de Sur: caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. Luego llegaron a Mará, mas no pudieron beber el agua, porque era amarga. Por eso se llama aquel lugar Mará. El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?». Entonces Moisés invocó a Yahvéh, y Yahvéh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce.

Allí dio a Israel decretos y normas, y allí le puso a prueba.

Y dijo: «Si de veras escuchas la voz de Yahvéh, tu Dios, y haces lo que es recto a sus ojos, dando oídos a sus mandatos y guardando todos sus preceptos, no traerá sobre ti ninguna de las plagas que envié sobre los egipcios; porque Yo soy Yahvéh, el que te sana».

Después llegaron a Elim, donde hay doce fuentes de agua y setenta palmeras, y acamparon allí junto a las aguas.

CAPÍTULO XVI

Las codornices y el maná

Partieron de Elim, y toda la comunidad de los hijos de Israel llegó al desierto de Sin, que está entre Elim y el Sinaí, el día quince del segundo mes después de su salida del país

de Egipto. Toda la comunidad de los hijos de Israel empezó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto. Los hijos de Israel les decían: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahvéh en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan en abundancia! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea». Yahvéh dijo a Moisés: «Mira, Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria; así le pondré a prueba para ver si anda o no según mi ley. Mas el día sexto, cuando preparen lo que hayan traído, la ración será doble que la de los demás días».

Dijeron, pues, Moisés y Aarón a toda la comunidad de los hijos de Israel: «Esta tarde sabréis que es Yahvéh quien os ha sacado del país de Egipto; y por la mañana veréis la gloria de Yahvéh. Porque ha oído vuestras murmuraciones contra Él; pues ¿qué somos nosotros para que murmuréis contra nosotros?». Y añadió Moisés: «Yahvéh os dará esta tarde carne para comer, y por la mañana pan en abundancia; porque Yahvéh ha oído vuestras murmuraciones contra Él; pues ¿qué somos nosotros? No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra Yahvéh».

Dijo entonces Moisés a Aarón: «Ordena a toda la comunidad de los hijos de Israel: Acercaos a Yahvéh, pues Él ha oído vuestras murmuraciones».

Aún estaba hablando Aarón a toda la comunidad de los hijos de Israel, cuando ellos miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria de Yahvéh se apareció en forma de nube. Y Yahvéh habló a Moisés, diciendo: «He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Al atardecer comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan; y así sabréis que Yo soy Yahvéh, vuestro Dios». Aquella misma tarde vinieron las codornices y cubrieron el campamento; y por la mañana había una capa de rocío en torno al campamento. Y al evaporarse la capa de rocío apareció

sobre el suelo del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha de la tierra. Cuando los hijos de Israel la vieron, se decían unos a otros: «¿Qué es esto?». Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: «Este es el pan que Yahvéh os da por alimento. He aquí lo que manda Yahvéh: Que cada uno recoja cuanto necesite para comer, un gomor por cabeza, según el número de los miembros de vuestra familia; cada uno recogerá para la gente de su tienda».

Así lo hicieron los hijos de Israel; unos recogieron mucho y otros poco.

Pero cuando lo midieron con el gomor, ni los que recogieron mucho tenían de más, ni los que recogieron poco tenían de menos. Cada uno había recogido lo que necesitaba para su sustento.

Moisés les dijo: «Que nadie guarde nada para el día siguiente». Pero no obedecieron a Moisés, y algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió; y Moisés se irritó contra ellos. Lo recogían por las mañanas, cada cual según lo que necesitaba; y luego, con el calor del sol, se derretía.

El día sexto recogieron doble ración, dos gomor por persona. Todos los jefes de la comunidad fueron a decirselo a Moisés; él les respondió: «Esto es lo que manda Yahvéh: Mañana es sábado, día de descanso consagrado a Yahvéh. Coced lo que se deba cocer, hervid lo que se tenga que hervir; y lo sobrante, guardadlo como reserva para mañana». Ellos lo guardaron para el día siguiente, según la orden de Moisés; y no se pudrió, ni se agusanó. Dijo entonces Moisés: «Hoy comeréis esto, porque es sábado de Yahvéh; y en tal día no hallaréis nada en el campo. Seis días podéis recogerlo, pero el día séptimo, que es sábado, no habrá nada». A pesar de todo, salieron algunos del pueblo a recogerlo el séptimo día, pero no encontraron nada. Yahvéh dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo os negaréis a guardar mis mandatos y mis leyes? Mirad que Yahvéh os ha puesto

el sábado; por eso el día sexto os da ración para dos días. Quédese cada uno en su sitio, y que nadie se mueva de su lugar el día séptimo». Y el día séptimo descansó el pueblo.

La casa de Israel lo llamó maná. Era como semilla de cilantro, blanco, y con sabor a torta de miel. Dijo Moisés: «Esto manda Yahvéh: Llenad un gomor de maná, y conservadlo, para que vuestros descendientes vean el pan con que os alimenté en el desierto cuando os saqué del país de Egipto». Dijo, pues, Moisés a Aarón: «Toma una vasija, pon en ella un gomor lleno de maná, y colócalo ante Yahvéh, a fin de conservarlo para vuestros descendientes». Aarón puso en la vasija un gomor lleno de maná y lo colocó ante el Testimonio para que se conservara, tal como Yahvéh se lo mandó a Moisés.

Los hijos de Israel comieron el maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada. Lo estuvieron comiendo hasta que llegaron a los confines del país de Canaán.

LAS MIL Y UNA NOCHES
ANÓNIMO

Las mil y una noches es una célebre recopilación medieval de cuentos árabes del Oriente Medio cuyo contenido narrativo es de origen indopersa, iraquí y egipcio. En Europa tuvo mucha aceptación, a partir de la traducción de un orientalista francés del siglo XVIII. Los temas son muy variados, relatos maravillosos llenos de magia y sorprendentes invenciones.

Los protagonistas son Scherezade y el Sultán, éste se ha sentido traicionado por una mujer y como venganza decide desposarse cada noche con una doncella distinta y a la mañana siguiente matarla. En vista de tan terrible medida, Scherezade decide presentarse ante el Sultán y ofrecerse como esposa sin hacer caso a las súplicas de su padre, personaje relevante de la corte que sabe a lo que se expone su hija. Ella logra seducir al Sultán con sus cuentos, que interrumpe en cuanto amanece. Intrigado el Sultán, le ruega cada noche que continúe el relato y así hasta llegar a mil, la última noche es la propia historia de Scherezade.

Seleccionamos las noches 357, 358 y 359 donde la fantasía, la aventura y el amor están presentes.

HISTORIA DE LOS SABIOS DUEÑOS DEL PAVO REAL, LA TROMPETA Y EL CABALLO

(NOCHE 357) Dicen que en tiempos remotos existía un gran rey que disponía de un gran poder. Tenía tres hijas, bellas como lunas a las que no cubre el velo de ninguna nube y como jardines llenos de flores, y le nació un varón hermoso también como una luna. Un día en que el rey estaba sentado sobre su trono, comparecieron en su presencia tres sabios: uno llevaba un pavo real de oro, el segundo una trompeta de cobre, y el tercero un caballo de marfil y ébano. El rey les preguntó:

—¿Qué son estas cosas y para qué sirven?

—La utilidad de este pavo real —respondió su dueño— es la siguiente: cada vez que transcurre una hora del día o de la noche, agita las alas y chilla.

El dueño de la trompeta dijo, por su parte:

—Si se coloca esta trompeta en la puerta de la ciudad, será guardiana: si un enemigo entra en aquella ciudad, la trompeta se pone a tocar, por lo cual se le podrá identificar y detener.

Por último, dijo el dueño del caballo:

—Señor, la utilidad de este caballo es la siguiente; si un hombre lo monta, lo transportará a cualquier país que desee.

—No os voy a dar nada —respondió el rey— hasta comprobar la utilidad de estos objetos.

Acto seguido probó el pavo real, y se dio cuenta de que funcionaba tal como había dicho su dueño, y lo mismo le sucedió con la trompeta. Entonces dijo a los dos sabios:

—Pedidme lo que queráis

—Deseamos —respondieron— la mano de dos de tus hijas.

Entonces avanzó el tercer sabio, dueño del caballo, besó el suelo delante del rey y le dijo:

—Rey del tiempo, dame lo mismo que a mis compañeros.

—No lo haré hasta probar tu invento respondió el rey.

En aquel momento se presentó el hijo del rey y dijo:

—Padre, yo montaré este caballo y lo probaré para verificar su utilidad.

—Pruébalo si este es tu deseo —respondió el rey.

El joven montó a caballo y movió los pies, pero sin que éste se moviera de su lugar. Entonces dijo:

—Sabio de este tiempo, este caballo no se mueve, tal como tú pretendías.

Entonces el sabio se acercó al hijo del rey, le mostró el resorte que servía para subir y le dijo:

—Frota este resorte.

El hijo del rey así lo hizo e inmediatamente el caballo empezó a moverse y a volar, dirigiéndose hacia las nubes del cielo y llevando al joven sobre su lomo. Siguió volando hasta perderse de vista, y entonces el hijo del rey se quedó perplejo y arrepentido de haber montado aquel caballo. A continuación se dijo:

«El sabio me ha tendido una trampa para matarme. No hay poder ni fuerza sino en Dios el Alto, el Grande».

Acto seguido empezó a repasar atentamente todas las partes del cuerpo del caballo y, al hacerlo, su mirada topó con algo que parecía una cabeza de gallo y que se encontraba sobre la paletilla derecha del caballo. Había otra igual sobre la paletilla izquierda. Se dijo entonces:

«No veo más que estos dos botones».

Frotó el que estaba en el lado derecho, y el caballo subió más rápidamente aún en dirección al firmamento. Lo dejó, miró a la paletilla izquierda, vio el otro botón, lo frotó y el caballo disminuyó su velocidad y empezó a descender. Siguió bajando, poco a poco, hacia la tierra con toda precaución.

*Shabrazad
se dio cuenta
de que había llegado la aurora...*

(NOCHE 358) Cuando el hijo del rey vio eso y se dio cuenta de la utilidad del caballo, su corazón se llenó de alegría y de gozo. Dio gracias a Dios, ensalzado sea, por el favor que le había concendido al salvarle de su muerte, y siguió bajando durante todo el día, porque su ascenso le había alejado considerablemente de la tierra. Empezó entonces a girar la cabeza del caballo a su gusto, con lo cual bajaba cuando quería y subía cuando quería.

Cuando se hubo adiestrado en su manejo, lo dirigió hacia un lugar de la tierra y empezó a mirar los países y ciudades que había allí y que él no conocía porque nunca en su vida los había visto. Entre todo lo que vio se fijó en una ciudad con hermosos edificios, en medio de una tierra verde y floreciente, con árboles y ríos. Pensó entonces para sí:

«Ojalá supiera cómo se llama esta ciudad y en qué región se encuentra».

A continuación empezó a volar en torno a aquella ciudad y a mirarla con atención a derecha e izquierda. Aún era de día, pero el sol ya estaba próximo al ocaso.

Se dijo:

«No encontraré ningún lugar mejor que esta ciudad para pasar la noche. Dormiré aquí, y al amanecer me dirigiré hacia donde está mi familia y la sede de mi reino, les informaré a ellos y a mi padre de lo que me ha sucedido y les podré explicar lo que han visto mis ojos».

Empezó entonces a buscar un lugar seguro para él y para su caballo, pero no vio ninguno. Siguió buscando y vio de repente, en medio de la ciudad, un palacio que se elevaba en el aire, rodeado por anchas murallas en las que había almenas muy altas. El hijo del rey se dijo:

«Este lugar es hermoso».

Se puso entonces a mover el botón que hacía descender al caballo y siguió bajando hasta ponerse sobre el techo del palacio. A continuación desmontó y alabó a Dios, ensalzado sea. Empezó a dar vueltas en torno al caballo, mirándolo con cuidado, y dijo:

«¡Por Dios! El que te hizo de este modo es un sabio ingenioso. Si Dios, ensalzado sea, me alarga la vida, me devuelve a mi país y mi familia y me reúne con mi padre sano y salvo, seré generoso y concederé los mayores favores a este sabio».

A continuación se sentó sobre el techo del palacio hasta que tuvo la seguridad de que todos dormían. Se sentía atormentado por el hambre y la sed, porque no había tomado nada desde que se separó de su padre. Se dijo entonces:

«En un castillo como este tiene que haber provisiones».

Dejó el caballo donde estaba y bajó a pie en busca de algo de comer. Encontró una escalera, bajó por ella hasta abajo y encontró un patio recubierto de mármol, quedando maravillado al ver lo bien construido que estaba. Pero en todo el palacio no oyó un solo ruido ni encontró a persona alguna. Se detuvo perplejo y empezó a mirar a derecha e izquierda, sin saber a dónde dirigirse. A continuación se dijo:

«Lo mejor que puedo hacer es volver al lugar en el que se encuentra el caballo. Pasaré allí la noche, y al amanecer montaré a caballo y me iré».

*Shabrazad
se dio cuenta
de que había llegado la aurora...*

(NOCHE 359) Mientras él iba diciéndose estas palabras, vio una luz que avanzaba hacia el lugar en el que se encontraba. Miró atentamente la luz y descubrió un conjunto de doncellas entre las que se encontraba una muchacha hermosa y esbelta como alif, parecida a una luna brillante, de acuerdo con la descripción del poeta.

*Vino sin previa cita, en medio de las tinieblas de la noche,
como si fuera la luna que asoma lentamente por encima*

del horizonte. Esbelta, en toda la creación nadie se le puede comparar por el esplendor de su hermosura y por la belleza de su cuerpo.

*Exclamé cuando mis ojos contemplaron sus perfecciones:
Gloria a Ángel que creó al hombre de un cóagulo.*

*Que Dios la proteja de las malas miradas de todo el mundo con el
«Di: Busco refugio en Dios, señor de la gente y del alba».*

Aquella muchacha era la hija del rey de aquella ciudad. Su padre la amaba profundamente, y debido al cariño que sentía por ella, le había construido aquel palacio. Siempre que ella se sentía angustiada, acudía a él, en compañía de sus doncellas, para pasar uno o dos días, incluso más, y volver después a su serrallo. Sucedió que había venido aquella noche para divertirse y distraerse. Se puso a pasear en medio de sus doncellas y acompañada por un criado con la espada al cinto. Al llegar al palacio extendieron los tapices, encendieron los incensarios aromáticos y empezaron a jugar alegremente, cuando, de repente, el hijo del rey se echó sobre aquel criado, le abofeteó, le tiró por el suelo y le quitó la espada de la mano. Luego atacó a las doncellas que estaban con la hija del rey y las dispersó a derecha e izquierda. Cuando la princesa contempló su belleza y hermosura, le dijo:

—¿Eres tú el que pidió mi mano a mi padre ayer, siendo rechazado con el pretexto de que eras feo? ¡Por Dios!, mi padre mintió. ¿Cómo es posible que haya dicho tales palabras? Tú eres hermoso.

Efectivamente, el hijo del rey de la India había pedido su mano a su padre y éste había denegado la petición, porque el joven tenía un aspecto repulsivo, por lo que la muchacha creyó que él era quien había pretendido casarse con ella. A continuación se le acercó, le abrazó, le besó y los dos se sentaron. Las doncellas le dijeron entonces:

—Señora, éste no es el que pidió tu mano a tu padre. Aquel era feo y éste es hermoso. El pretendiente al que

rechazó tu padre no es digno de ser el criado de éste. Señora, este muchacho es alguien importante.

Acto seguido, las doncellas se dirigieron al criado que estaba en el suelo y lo reanimaron. Al volver en sí saltó, temeroso, buscando su espada, pero no la encontró. Las doncellas le dijeron:

—El que te ha cogido la espada y te ha arrojado por tierra está sentado con la hija del rey.

Aquel criado había recibido el encargo del rey de que custodiara a su hija, pues temía las vicisitudes del destino y las calamidades que pudieran sobrevenirle. El criado se levantó, se dirigió a la cortina, la levantó, y vio a la hija del rey sentada en compañía del joven príncipe y que ambos estaban hablando. Al verles dijo al muchacho:

—Señor, ¿eres un hombre o un genio?

—¡Ay de ti, el más despreciable de los esclavos! respondió el príncipe, ¿cómo te atreves a insinuar que los hijos de los reyes y de los césares puedan ser demonios infieles?

A continuación, espada en mano, le dijo:

—Soy el yerno del rey: me ha casado con su hija y me ha ordenado que cohabitase con ella.

Cuando el criado le oyó pronunciar estas palabras, le dijo:

—Señor, si eres humano tal como afirmas, desde luego ella es digna de ti y tú te la mereces más que cualquier otro.

Acto seguido, el criado se fue a ver al rey gritando, después de haberse roto los vestidos y de haberse echado polvo sobre la cabeza. Cuando el rey oyó sus gritos le dijo:

—¿Qué te ha pasado que has hecho que mi corazón se estremeciera? Dímelo rápidamente y sé breve.

—Rey —respondió—, acude junto a tu hija, pues se ha apoderado de ella un demonio de la clase de los genios, con figura humana y aspecto de ser hijo de un rey. ¡Ten cuidado con él!

Cuando el rey le oyó decir esto estuvo a punto de matarle.

Le dijo:

—¿Cómo has podido abandonar a mi hija de modo que pudiera sucederle esto?

Inmediatamente el rey se dirigió al palacio en el que se encontraba su hija y, al llegar, encontró a las doncellas de pie y les dijo:

—¿Qué le ha pasado a mi hija?

—Rey —respondieron—, estábamos sentadas con ella y sólo nos hemos dado cuenta de que nos había atacado este muchacho que parece una luna llena cuyo rostro es de una hermosura incomparable. Llevaba en la mano una espada desenvainada. Le hemos preguntado sobre su condición y ha respondido afirmando que tú le habías casado con tu hija. Nosotras no teníamos noticias a este respecto y ni siquiera sabíamos si se trataba de un hombre o de un genio, pero, de todos modos, tiene aire de persona honrada y es hermoso; no hace nada malo.

Cuando el rey hubo oído lo que decían las doncellas se tranquilizó. Levantó la cortina poco a poco y vio que el hijo del rey estaba sentado junto a su hija y que ambos hablaban: la figura del muchacho era hermosa y su rostro parecía una luna brillante.

LIBRO DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO
MARCO POLO

*Escritor italiano de origen veneciano (1254-1324), fue mercader y explorador. Su obra **Libro de las maravillas del mundo** constituye una auténtica epopeya. Fue dictado en 1298 a un compañero de prisión en Génova. Se difundió enseguida entre sus contemporáneos gracias a su tono sencillo y natural. Nos muestra las costumbres legendarias de los desconocidos países asiáticos, lo que excitaba la imaginación de los lectores al presentarles no sólo inexplorados paisajes, riquezas inmensas y hábitos raros, sino las situaciones dramáticas de los pueblos que él recorrió, como China y Japón. Gracias a sus descripciones geográficas, el **Libro de las maravillas** ha sido usado como base para navegantes. Marco Polo murió a los 69 años y entre sus objetos personales se encontró un rosario budista. En su testamento le concede la libertad a su esclavo mongol llamado Pedro.*

DEL DIOS DE LOS TÁRTAROS

En su religión tienen un dios llamado Nachigai, al que consideran una divinidad terrenal que protege a sus hijos, su ganado y sus cosechas. Le rinden gran honor y culto, teniéndolo todos en sus casas. Lo hacen de tela y paño, lo tienen en casa e incluso hacen también a la mujer de este dios y a sus hijos, también de paño. La mujer la ponen a su izquierda, y los hijos delante, y lo reverencian continuamente. Cuando se ponen a comer, cogen un trozo de carne y le untan la boca al dios, a su mujer y a sus hijos. Luego toman un poco de caldo y lo vierten fuera de la puerta. Hecho esto, consideran que el dios y su familia ya tienen su parte, y a continuación comen y beben ellos. Beben leche de yegua, preparada de manera que parece vino blanco; es buena para beber, y se llama *kumys*.

Se visten así: los ricos llevan paños de oro y seda y preciadas pieles de marta cibelina y armiño, ardilla o zorro. Su utillaje es de gran valor. Como armas usan arcos, espadas y mazas; pero fundamentalmente se valen de los arcos, puesto que son excelentes arqueros; y se protegen el cuerpo con corazas reforzadas con pieles de búfalo y otros cueros resistentes.

Son hombres extraordinariamente valientes en la guerra. Tienen más capacidad de resistencia que cualquier otro: si hace falta, son capaces de aguantar un mes sin comida, viviendo sólo de leche de yegua y de los animales que cazan. Y sus caballos sobreviven con la hierba que pacen, sin necesidad de cebada ni paja. Son muy sumisos a su señor. Si es indispensable, son capaces de estar toda la noche a caballo, dejando que éste vaya paciendo. Son los que mejor soportan las dificultades y males, los que menos gasto requieren y los que más viven, siendo aptos por tanto para la conquista de ciudades y reinos.

Son tan organizados que cuando un rey conduce a un ejército de cien mil caballeros, nombra un jefe por cada mil y otro por cada diez mil, de manera que el jefe de los diez mil sólo tiene que dar órdenes a diez hombres, y el jefe de los cien mil a otros diez, y así cada uno responde ante su jefe. Cuando el ejército avanza por montes y valles, siempre van delante doscientos hombres para explorar, y otros tantos detrás y a los flancos, a fin de que el ejército no pueda ser atacado desprevenidamente. Cuando van al ejército por mucho tiempo, llevan odres de cuero donde guardan la leche y un cazo donde hierven la carne. Y llevan una pequeña tienda para resguardarse de la lluvia. En caso de necesidad, son capaces de cabalgar durante diez jornadas sin probar comida caliente, alimentándose de la sangre de sus caballerías, chupando de una vena de su caballo y bebiendo. Tienen también una especie de leche seca como si fuera pasta, y diluyéndola en agua la beben.

Vencen en las batallas tanto avanzando como retrocediendo, porque mientras huyen siguen lanzando flechas, y sus caballos se revuelven como si fueran perros. Cuando sus enemigos creen que los han derrotado haciéndolos huir, se encuentran con que los derrotados son ellos, porque les han matado todos sus caballos a flechazos. Al comprobar los tártaros que han terminado con los caballos de sus enemigos, se lanzan sobre ellos y los derrotan valientemente. Con esta táctica han ganado muchas batallas.

Todo lo que he relatado hasta este momento se refiere a los tártaros auténticos. Porque hay muchos que se han degradado: los que viven en Catay se han convertido en idólatras abandonando su religión; y los que están en levante siguen las normas de los mahometanos.

La justicia se ejerce como a continuación diré. Si uno roba una cosa de poco valor no es condenado a muerte, sino que recibe siete, doce o veinticuatro latigazos, llegando hasta ciento siete según la gravedad del delito, añadiendo de diez en diez. Si uno es condenado a muerte por ha-

ber robado un caballo u otra cosa de valor, se le parte por la mitad con una espada; y si está dispuesto a pagar nueve veces el valor de la cosa robada, salva la vida.

El ganado mayor no se vigila; están todas las cabezas marcadas, y el que las encuentra, reconociendo la marca del dueño, se las devuelve. Las ovejas y animales menores están siempre bien vigilados. Tienen un ganado hermoso y bien alimentado.

Tienen también otra costumbre, que consiste en casar entre sí a jóvenes ya fallecidos. Es decir, que cuando a alguien le ha muerto un hijo, al cumplirse el tiempo en que éste hubiera tomado esposa de haber seguido viviendo, se busca a otra familia a la que le haya ocurrido lo mismo con una hija adecuada para aquél, y, emparentándose entre sí, casan a la mujer muerta con el hombre muerto. Mandan hacer la documentación correspondiente y luego la queman; y cuando ven subir el humo, creen que los documentos van al otro mundo, donde están sus hijos, y que desde entonces estos se tendrán por marido y mujer en el más allá. Luego hacen una gran boda y derraman abundantes alimentos, creyendo que van a sus hijos en el otro mundo. Después mandan pintar en papel pájaros, caballos, utilaje, monedas y otras cosas para luego quemarlo todo, creyendo realmente que todo irá a parar a manos de sus hijos en el más allá. Hecho esto, a partir de ese momento se consideran parientes y amigos, como si sus hijos siguieran vivos.

Hasta ahora he hablado de los usos y costumbres de los tártaros, pero aún no he dicho nada de los notable hechos de los Grandes Khanes y de su corte. Hablaré de ello en este libro, en el lugar oportuno. Por ahora volveremos a la gran llanura que abandonamos cuando empezamos a hablar de los tártaros.

MIGUEL STROGOFF
JULIO VERNE

*Novelista y dramaturgo francés (1828-1905). Estudió la carrera de Derecho en París, donde frecuentó los ambientes literarios. **Cinco semanas en globo** es su primera novela larga. Su editor le hizo un contrato por 20 años y pudo dedicarse por completo a la literatura y a los viajes. La novela **Miguel Strogoff**, a cuyo héroe se le conoce también como «El correo del Zar», data de 1876. La aventura, el misterio y la sorpresa hacen de ella un libro ameno en el que el viaje es el motivo para conocer la antigua Rusia, su gente y sus costumbres. Considerado por los científicos como un visionario, escribió más de ochenta novelas y unas quince obras de teatro. Julio Verne creó un mundo de fantasías para huir de la realidad permaneciendo al margen de las convulsiones históricas de su momento. Y aunque fue llamado a filas en la guerra franco-prusiana (1870-1871), al regresar entregó a su editor cuatro novelas en las que no se hacía la más mínima mención a la guerra.*

En su calidad de siberiano, y por haber pasado su infancia en la estepa, Miguel Strogoff, como ya hemos dicho, entendía casi todos esos idiomas usados desde la Tartaria hasta el mar Ártico. En cuanto a la significación precisa de las palabras intercambiadas entre el bohemio y su compañera, no se preocupó más. ¿Podía interesarle acaso?

Siendo ya muy avanzada la hora, pensó en volver a su albergue para descansar algo. Al irse, siguió el curso del Volga cuyas aguas desaparecían bajo la sombría masa de innumerables barcos. La orientación del río le hizo reconocer entonces el lugar que acababa de dejar. Aquella aglomeración de carruajes y de casetas ocupaba precisamente la vasta plaza donde todos los años tenía lugar el principal mercado de Nijni-Novgorod, lo cual explicaba la reunión en aquel lugar de titiriteros y bohemios venidos de todos los rincones del mundo.

Una hora después, Miguel Strogoff dormía un sueño algo agitado sobre una de esas camas rusas que tan duras parecen a los extranjeros, y al día siguiente, 17 de julio, se despertaba muy temprano.

Todavía le quedaban cinco horas por pasar en Nijni-Novgorod, que le parecían un siglo. ¿Qué podía hacer para ocupar aquella mañana, si no era vagar como la víspera por las calles de la ciudad? Terminado su desayuno, cerrado su saco de viaje, visado su *podaroshna* en el cuartel de policía, no tenía más que partir. Pero no siendo hombre que se levantara mucho después de la salida del sol, abandonó su cama, se vistió, guardó cuidadosamente la carta con las armas imperiales en el fondo de un bolsillo practicado en el forro de su túnica, sobre la que se ató el cinto; luego, cerró su saco y se lo echó a la espalda. Hecho esto, no queriendo volver a la *Ciudad de Constantinopla*, y contando con desayunar a orillas del Volga, junto al embarcadero, pagó su cuenta y abandonó el albergue.

Por un exceso de precaución, Miguel Strogoff se dirigió primero a las oficinas de los *steam-boats*, y allí se aseguró de

que el *Cáucaso* salía a la hora anunciada. Por primera vez se le ocurrió entonces que, puesto que la joven livonia debía tomar el camino de Perm, era muy posible que también tuviera el proyecto de embarcarse en el *Cáucaso*, en cuyo caso Miguel Strogoff no podía dejar de hacer la ruta con ella.

La ciudad alta, con su Kremlin, cuyo perímetro mide dos verstas, y que se parece al de Moscú, estaba entonces muy abandonada. Ni siquiera el gobernador vivía allí. Pero todo lo que de muerta tenía la ciudad alta, lo tenía de viva la ciudad baja.

Miguel Strogoff, después de haber atravesado el Volga por un puente de barcas guardado por cosacos a caballo, llegó al emplazamiento mismo en que la víspera había tropezado con algún campamento de bohemios. En las afueras de la ciudad era donde se celebraba aquella feria de Nijni-Novgorod, con la que no podría rivalizar la de Leipzig. En una vasta llanura situada al otro lado del Volga, se alzaba el palacio provisional del gobernador general, y allí reside por orden este alto funcionario durante la celebración de la feria, que, debido a los elementos de que se compone, necesita vigilancia constante.

Aquella llanura estaba cubierta entonces por casas de madera, simétricamente dispuestas, de tal forma que dejaban entre sí avenidas bastante anchas para permitir a la multitud circular fácilmente entre ellas. Cierta aglomeración de casetas de ese tipo, de todos los tamaños y de todas las formas, constituía un barrio diferente, afecto a un género especial de comercio. Allí estaban el barrio de los hierros, el barrio de las pieles, el barrio de las lanas, el barrio de las maderas, el barrio de los tejidos, el barrio del pescado seco, etcétera. Algunas casas se hallaban construidas, incluso, con materiales de alta fantasía, unas con el té en cajas, otras con morrillos de carne salada, es decir, con muestras de las mercaderías que sus propietarios despachaban allí mismo a los compradores. ¡Singular reclamo, aunque un poco americano!

En estas avenidas, a lo largo de aquellas alamedas, aunque el sol estaba ya muy alto en el horizonte porque aquella mañana había salido antes de las cuatro, la afluencia era ya considerable. Rusos, siberianos, alemanes, cosacos, turcomanos, persas, georgianos, griegos, otomanos, hindúes, chinos, mezcla extraordinaria de europeos y de asiáticos, hablaban, discutían, peroraban, traficaban. Todo lo que se vende o se compra parecía haber sido amontonado en aquel lugar. Porteadores, caballos, camellos, asnos, barcos, carruajes, todo lo que puede servir para el transporte de las mercancías permanecía acumulado allí, en aquel campo de feria. Pieles, piedras preciosas, telas de seda, cachemires de la India, alfombras turcas, armas del Cáucaso, tejidos de Esmirna o de Ispahán, armas de Tiflis, té de la caravana, bronce europeos, relojería de Suiza, terciopelos y sederías de Lyon, algodones ingleses, artículos de carrocería, frutos, legumbres, minerales del Ural, malaquitas, lapislázulis, aromas, perfumes, plantas medicinales, maderas, alquitrán, cuerdas, cuernos, calabazas, sandías, etcétera, todos los productos de la India, de China, del mar Caspio y del mar Negro, los de América y de Europa, estaban reunidos en aquel punto del globo.

Había un movimiento, una excitación, una barahúnda y una algarabía de la que no podría darse una idea, porque los indígenas de la clase inferior son de carácter muy expresivo y los extranjeros apenas les van a la zaga en ese punto. Había allí comerciantes del Asia central, que habían tardado un año en atravesar sus largas llanuras, escoltando sus mercancías, y que no debían volver a ver hasta dentro de un año sus tiendas o sus almacenes. En fin, la importancia de esta feria de Nijni-Novgorod es tal, que la cifra de las transacciones nunca baja de los cien millones de rublos.

Además, en las plazas, en los barrios de aquella ciudad improvisada, había una aglomeración de titiriteros de toda clase: saltimbanquis y acróbatas, que ensordecían con los aullidos de sus orquestas y las vociferaciones de su desfile;

bohemitos venidos de las montañas que decían la buenaventura a los bobos de un público siempre renovado; zíngaros o tsíganos, nombre que los rusos dan a los gitanos, que son los antiguos descendientes de los coptos, cantando sus melodías más coloristas y bailando sus danzas más originales; comediantes de teatros foráneos, representando dramas de Shakespeare, apropiados al gusto de los espectadores que se dirigían hacia ellos en tropel. Luego, en las largas avenidas, exhibidores de osos paseaban en libertad a sus equilibristas de cuatro patas, jaulas resonando con roncros gritos de animales, estimulados por el acerado látigo o la varita roja del domador; finalmente, en medio de la gran plaza central, enmarcado por un cuádruple círculo de *dilettanti* entusiastas, un coro de «marineros del Volga», sentados en el suelo como en el puente de sus barcos, simulaba la acción de remar bajo la batuta de un jefe de orquesta, auténtico timonel de aquel barco imaginario.

¡Costumbre extraña y deliciosa! Por encima de toda esta multitud, nubes de pájaros escapaban de las jaulas en que habían sido traídos. Siguiendo una costumbre habitual en la feria de Nijni-Novgorod, a cambio de algunos kopeks caritativamente ofrecidos por almas buenas, los carceleros abrían la puerta de sus prisioneros, y éstos volaban por centenares lanzando sus pequeños gritos de alborozo.

Ése era el aspecto de la llanura, ése debía ser, durante las seis semanas que suele durar la célebre feria de Nijni-Novgorod. Luego, tras ese período ensordecedor, la ciudad alta recuperaría su carácter oficial, la ciudad baja volvería a caer en su monotonía ordinaria, y de aquella enorme afluencia de comerciantes, pertenecientes a todas las comarcas de Europa y del Asia central, no quedaría ni un solo vendedor que tuviera algo que vender ni un solo comprador que tuviera algo que comprar.

Conviene añadir aquí que, en esta ocasión por lo menos, Francia e Inglaterra estaban representadas en el gran mercado de Nijni-Novgorod por dos de los productos más

distinguidos de la civilización moderna, los señores Harry Blount y Alcides Jolivet.

En efecto, los dos corresponsales habían ido allí en busca de impresiones para provecho de sus lectores, y empleaban lo mejor de las pocas horas que tenían que perder, porque también ellos iban a tomar pasaje en el Cáucaso.

Se encontraron precisamente en el campo de la feria, y quedaron bastante sorprendidos, pues un mismo instinto debía llevarlos tras la misma pista; pero en esta ocasión no se hablaron y se limitaron a saludarse con cierta frialdad.

Optimista por naturaleza, Alcides Joliver parecía encontrar además que todo ocurría de modo conveniente, y como el azar le había proporcionado comida y cama sin problemas, había anotado en su cuaderno algunas líneas particularmente honrosas para la ciudad de Nijni-Novgorod.

Por el contrario, Harry Blount, tras haber buscado en vano algún sitio donde cenar, se había visto obligado a dormir al raso. Había considerado las cosas, por tanto, desde otro punto de vista completamente diferente, y maquinaba un artículo fulminante contra una ciudad en la que los hoteleros se negaban a recibir a unos viajeros que no pedían otra cosa que dejarse despellejar «en lo moral y en lo físico».

LOS TIGRES DE MOMPRACEM
EMILIO SALGARI

*Novelista italiano nacido en Verona en 1862, acabó sus días suicidándose en Turín en 1911. Escribió novelas de aventuras que resultaron muy populares, ambientadas en el Caribe, Malasia y otros países lejanos. Su experiencia como marino fue corta, no así su imaginación, que a través de tres ciclos de novelas nos hace viajar por mares lejanos: **Los piratas de Malasia**, **Los piratas de las Antillas** y **Piratas de las Bermudas**. En 1883 publica la primera versión de **Los tigres de Mompracem** de la que seleccionamos un fragmento. Esta novela, que como buena parte de las del ciclo **Los piratas de Malasia** (11 novelas) ha gozado siempre de mucho éxito entre los jóvenes, relata las aventuras y peripecias de Sandokán, conocido como «el tigre de Malasia», pirata que se distinguió por su combate contra el colonialismo británico. Precisamente, el personaje femenino de mayor relieve es la inglesa Mariana Guillonk, amante de Sandokán.*

A la mañana siguiente, y antes que saliera el sol, Sandokán se alejó de la vivienda, dispuesto a realizar el atrevido proyecto que imaginara.

Iba vestido con traje de guerra: calzaba altas botas de piel roja, su color favorito; se puso una magnífica casaca de terciopelo, rojo también, recamada y ribeteada, y anchos calzones de seda azul. En banderola llevaba una rica carabina india con arabescos y de cañón muy largo; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo, y por entre la faja, atravesado, un *kriss*, puñal de hoja ondulada y envenenada, arma favorita de los pueblos malayos.

Se detuvo un momento en el borde de la alta roca, recorrió con su mirada de águila la superficie del mar, que había quedado tersa como un espejo, y la detuvo en dirección a oriente.

—¡Allí está! —murmuró al cabo de algunos instantes de contemplación—. ¡Destino que me empujas hacia allá, dime si me serás fatal! ¡Dime si esa mujer de ojos azules y cabellos de oro, que todas las noches viene a turbar mi sueño, será mi perdición!

Movió la cabeza como si quiera arrojar de sí algún mal pensamiento, y lentamente descendió por una estrechísima escalera abierta en la roca y que conducía a la playa.

Abajo le esperaba un hombre: era Yáñez.

—Todo está dispuesto —dijo éste—. He mandado preparar los dos mejores barcos de nuestra flota, reforzándolos con dos cubiertas.

—¿Y los hombres?

—Todas las bandas están escalonadas en la playa con sus respectivos jefes. No tendrás más que hacer sino escoger los mejores.

—¡Gracias, Yáñez!

—No me des las gracias, Sandokán: quizás haya preparado tu ruina.

—¡No temas, hermanito: las balas me tienen miedo!

—¡Que no seas prudente, sino prudentísimo!

—Lo seré; y te prometo que apenas haya visto a esa muchacha, regresaré.

¡Condenada mujer! ¡De buena gana estrangularía a ese pirata que la vio y que te habló de ella!

—¡Yáñez, ven!

Atravesaron una explanada defendida por grandes bastiones y muchas piezas de artillería, terraplenes y profundos fosos, y llegaron al extremo de la rada, en medio de la cual flotaban doce o quince veleros de los llamados prahos.

Delante de una larga hilera de cabañas y de sólidas construcciones de fábrica que parecían almacenes se veían, escalonados en buen orden, trescientos hombres, en espera de una voz para lanzarse a las naves como una legión de demonios y esparcir el terror por todos los mares de la Malasia.

¡Qué hombres y qué tipos!

Había malayos, de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, de cara cuadrada y huesona, hombres famosos por su audacia y ferocidad; había battias, de color más oscuro, notables por su avidez por la carne humana, aun cuando están dotados de una cultura bastante adelantada; dayakos de la vecina isla de Borneo, de alta estatura y de bellas facciones, célebres por sus atrocidades, las cuales les valieron el título de *cortacabezas*; siameses, de rostro romboidal y ojos de reflejos amarillentos; cochinchinos, de color amarillo, luciendo en la cabeza un trenza desmesurada, y, por último, indios, duguisés, javaneses, tagalos de Filipinas y *negritos* de enorme cabeza y facciones repulsivas.

Al aparecer el *Tigre de Malasia* recorrió como un estremecimiento la larga fila de los piratas; los ojos de todos aquellos hombres se inflamaron y todas las manos tocaron las armas.

Sandokán echó una mirada de complacencia a sus ti-grecitos, como le gustaba llamarlos, y dijo:

—¡Patán, adelante!

Un malayo de estatura más bien alta, miembros robustísimos, color de aceituna, vestido con un simple sayo y adornado con algunas plumas, se adelantó andando con ese balanceo peculiar de todos los hombres que navegan a menudo.

—¿Cuántos hombres tiene tu banda?

—Cincuenta, *Tigre de Malasia*.

—¿Son buenos todos ellos?

—Todos ansían luchar.

Embárcalos en aquellos dos prahos, y cédele la mitad a Giro-Batol, el javanés.

—¿Y si va...?

Sandokán le lanzó una mirada que le hizo temblar al imprudente, aun cuando aquel imprudente era un hombre que se reía de la metralla.

—¡Si quieres vivir, no digas ni una sola palabra! ¡Obedece! —le dijo Sandokán.

El malayo se alejó rápidamente, volviendo con su banda, compuesta de hombres valientes hasta la locura y que a una simple señal de Sandokán no hubieran dudado en saquear el sepulcro de Mahoma, a pesar de ser mahometanos todos ellos.

—Ven, Yáñez —dijo Sandokán así que los vio embarcados.

Iban a descender a la playa, cuando los alcanzó un feísimo negro de enorme cabeza y pies y manos colosales; un verdadero campeón de esos horribles *negritos* que se encuentran en casi todas las islas de la Malasia.

—¿Qué quiere y de dónde viene Kili-Dahi? —le preguntó Yáñez.

—Vengo de la costa meridional, jefe blanco. He visto un gran junco que va dando bordadas hacia las islas Romades.

—¿Iba cargado?

—Sí, *Tigre*.

—Está bien, dentro de tres horas caerá en mi poder.

—¿Y después irás a Labuán?

—Directamente, Yáñez.

Se habían detenido ante una rica ballenera que tripulaban cuatro malayos.

—¡Adiós, hermano! —dijo Sandokán, abrazado a Yáñez.

—¡Adiós, Sandokán! ¡Cuidado con cometer locuras!

—¡No temas; seré prudente!

—¡Adiós, y que te proteja tu buena estrella!

Sandokán saltó a la ballenera, la cual, a los pocos instantes, se puso al costado de uno de los prahos, que ya estaba desplegando sus inmensas velas.

De la playa se elevó un grito enorme.

—¡Viva el *Tigre de Malasia*!

—¡Zarpemos! —dijo el pirata, dirigiéndose a las dos tripulaciones.

Dos escuadras de demonios de color verde aceituna y amarillo sucio levaron las anclas, y ambas embarcaciones, después de dos bordadas, se lanzaron a mar abierto, mecándose en las azules ondas del mar malayo.

—¿Qué ruta? —preguntó Sabau a Sandokán, que había tomado el mando del barco más grande.

—Derechos a las islas Romades —contestó el jefe.

En seguida, volviéndose hacia las tripulaciones, que esperaban órdenes, gritó:

—¡Tigrecitos, abrid bien los ojos: tenemos que saquear un junco!

El viento era favorable, pues soplaba del Sudoeste, y el mar, apenas movido, no oponía resistencia alguna a la carrera de ambos barcos, los cuales alcanzaron muy pronto una velocidad superior a los doce nudos, velocidad nada común en los buques de vela, pero que no tiene nada de extraordinario en los malayos, que llevan lonas enormes y son muy estrechos y ligeros de casco.

Los dos barcos con los cuales iba a emprender el *Tigre* su audaz expedición no eran, en puridad, dos prahos, los

cuales comúnmente son muy pequeños y están deprovistos de puente.

Sandokán y Yáñez, que en lo tocante a cosas de mar no tenían competidor en toda la Malasia, habían modificado sus veleros para poder hacer frente con ventaja a las naves que los perseguían.

Conservaron las inmensas velas, cuya longitud alcanzaba los cuarenta metros, y, asimismo, los grandes palos, con el cordaje hecho de fibras de *gamuta* y de *rotang*, mucho más resistentes que las cuerdas y cables de cáñamo y más fáciles de encontrar; pero a los cascos les habían dado mayores dimensiones y formas más esbeltas, al propio tiempo que reforzaron sólidamente las proas.

Además, mandaron construir un puente en todos los barcos, abrir agujeros en los costados para los remos, eliminando uno de los dos timones propios de los prahos y los balancines, con objeto de hacer más fácil el abordaje.

A pesar de que ambas naves se encontraban todavía a gran distancia de las Romades, hacia las cuales se suponía que navegaba el junco que había visto Kili-Dahi, apenas difundida la noticia de la presencia de dicho barco los piratas empezaron a ejecutar las operaciones necesarias para disponer el combate.

Los dos cañones y las dos culebrinas grandes se cargaron con el mayor cuidado; llevaron al puente balas y granadas de mano; en seguida, fusiles, hachas y sables de abordaje, y en las amuras se colocaron escalerillas para saltar a bordo y poder arrojar sobre la maniobra de la nave enemiga.

Hecho todo esto, aquellos demonios, cuyos ojos inflamaba un deseo ardiente, se pusieron en observación, unos en un sitio, y otros en otro; quienes, a horcajadas en los penoles, ansiando todos descubrir el junco que prometía un rico saqueo, pues generalmente dichos barcos procedían cargados de los puertos de China.

El mismo Sandokán parecía participar en la ansiedad e inquietud de sus hombres. Paseaba de popa a proa con paso nervioso, escrutando la inmensa extensión de agua y

apretando con una rabia tremenda la empuñadura de oro de su magnífica cimitarra.

A la diez de la mañana desapareció en el horizonte la isla de Mompracem; pero el mar continuaba desierto, sin nada en el horizonte.

Ni un escollo a la vista, ni un penacho de humo que indicara la presencia de un vapor, ni un punto blanco que señale la cercanía de un velero.

Una gran impaciencia comenzaba a apoderarse de las tripulaciones; los hombres subían y bajaban las escaleras increpando y maldiciendo, atormentaban la batería de sus fieles y hacían relucir las brillantes hojas de sus envenenados *kriss* y de las cimitarras.

De pronto, y poco después de mediodía, se oyó gritar desde lo alto del palo mayor:

—¡Eh! ¡Mira a sotavento!

Sandokán interrumpió sus paseos. Lanzó una mirada al puente de su barco, y otra al del que mandaba Giro-Batol, y ordenó:

—¡Tigrecitos! ¡A vuestros puestos de combate!

En menos tiempo del empleado en dar la orden, los piratas que habían trepado a los palos descendieron a las cubiertas de los respectivos barcos y ocuparon los puestos señalados.

—¡*Araña de Mar!* —dijo Sandokán, volviéndose hacia el hombre que se había quedado en observación en el palo—, ¿qué es lo que ves?

—Una vela, *Tigre*

—¿Es un junco?

—No me equivoco; es la vela de un junco.

—Hubiera preferido un barco europeo —murmuró Sandokán arrugando el entrecejo—. No me empuja odio alguno contra las gentes del Celeste Imperio. Pero ¡quién sabe...!

Volvió a sus paseos y no dijo más.

Transcurrida una media hora, durante la cual los prahos avanzaron cinco nudos; otra vez volvió a oírse dar el nombre de *Araña de Mar*.

—¡Capitán, es un junco! —gritó—. ¡Creo que nos ha visto y que está virando de bordo.

—¡Ah! —exclamó Sandokán—. ¡Eh! ¡Giro-Batol, maniobra de un modo que les impidas la fuga!

Un instante después se separaban los dos barcos y, describiendo un gran semicírculo, se dirigieron hacia el burque mercante a velas desplegadas.

Era ésta una de esas naves pesadas llamadas juncos, de forma sin gracia y de dudosa solidez, que se usan en los mares de China.

Apenas advirtió la presencia de los sospechosos prahos, contra los cuales no podía competir en velocidad, se detuvo y arboló una gran bandera.

Al verla, Sandokán dio un salto adelante.

—¡La bandera del rajá Broocke, el exterminador de los piratas! —exclamó con intraducible acento de odio—. ¡Tigrecitos! ¡Al abordaje!

Un grito salvaje, feroz, se elevó de ambas tripulaciones, para quienes no era conocida la fama del inglés James Broocke, convertido en rajá de Sarawack, enemigo despiadado de los piratas, que habían caído en gran número bajo sus certeros golpes.

Patán dio un salto y cayó sobre el cañón de proa, mientras los demás apuntaban las culebrinas y asestaban los fusiles en dirección al junco.

—¿Puedo comenzar? —preguntó a Sandokán.

—Sí, pero que no se pierda una bala.

—¡Está bien!

De repente resonó a bordo del junco una detonación, y una bala de poco calibre pasó silbando por entre el velamen del praho.

Patán se inclinó sobre el cañón e hizo fuego. El efecto fue instantáneo; el palo mayor del junco, agujereado en la base, osciló con violencia de delante a atrás, y cayó sobre cubierta con las velas y todo el cordaje.

A bordo del desgraciado barco algunos hombres se lanzaron a las amuras, desapareciendo después.

—¡Mira, Patán! —gritó *Araña de Mar*.

Una pequeña canoa tripulada por seis hombres se separaba del junco y huía hacia las islas Romades.

—¡Ah! —exclamó con ira Sandokán—. ¡Hay hombres que huyen en lugar de batirse! ¡Patán, haz fuego contra esos cobardes!

El malayo lanzó a flor de agua una oleada de metralleta, que echó a pique la canoa, hiriendo a todos los que la montaban.

—¡Bravo, Patán! —gritó Sandokán—. ¡Ahora deja ese barco tan raso como un pontón; todavía veo una tripulación numerosa! ¡Después lo enviaremos a que lo arreglen en los astilleros del rajá, si le queda algo que componer! ¡Vamos disparad!

Los dos buques corsarios volvieron a comenzar la infernal música, arrojando balas, granadas y nubes de metralla contra el junco, derribándole el trinquete, desfondándole las amuras y las costillas y matándole los marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

—¡Valientes! —exclamó Sandokán, que admiraba el valor de aquel puñado de hombres que quedaban en pie en el junco.

—¡Tirad, tirad todavía! ¡Sois dignos de combatir contra los tigres de Malasia!

Los barcos corsarios, envueltos en una espesa nube de humo, de la cual salían continuamente truenos y relámpagos, seguían avanzando, y en pocos instantes llegaron a los costados del junco.

—¡Barra a sotavento! —gritó entonces Sandokán, que ya había desenvainado la cimitarra.

Su nave abordó la mercante por el anca de babor, quedando quieta, pues ya se habían lanzado los arpeos del abordaje.

—¡Tigrecitos, al asalto! —gritó el terrible pirata.

Se recogió sobre sí mismo, como un tigre que se dispone a lanzarse sobre la presa, e hizo un movimiento para saltar, pero una mano robusta le detuvo.

Se volvió, dando un grito de rabia; el hombre que se había atrevido a detenerle se colocó con rapidez delante de él, cubriéndole con su propio cuerpo.

—¡Tú, *Araña de Mar!* —bramó Sandokán levantando la cimitarra.

En aquel mismo instante disparaban del junco un tiro de fusil, y el pobre *Araña* caía herido sobre el puente.

—¡Ah! ¡Gracias, tigrecito mío! —dijo Sandokán—. ¡Has querido salvarme!

Se lanzó adelante como un toro herido, se agarró a la boca de un cañón, se izó sobre el puente del junco y se precipitó entre los combatientes con aquella temeridad loca que todos admiraban.

La tripulación entera del buque mercante se le fue encima, para cortarle el paso.

—¡Tigrecitos! ¡A mí! —gritó, tumbando a dos hombres con el revés de la cimitarra.

Diez o doce piratas, trepando por los aparejos y saltando por las bordas, se lanzaron a la cubierta, en tanto que el otro praho arrojaba los arpeos, aferrándose el junco.

—¡Rendíos! —gritó el *Tigre* a los marineros enemigos.

Los siete u ocho hombres que sobrevivían, al ver invadir la toldilla a otros piratas, arrojaron las armas.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokán.

—¡Yo! —contestó un chino, adelantándose.

—¡Eres un héroe, y tus hombres son dignos de ti! —dijo Sandokán—. ¿Adónde ibais?

—A Sarawack.

Una profunda arruga se dibujó en la amplia frente del pirata.

—¡Ah! —exclamó con voz sorda—. ¿Vas a Sarawack? Y ¿qué es lo que hace el rajá Broocke, el llamado *exterminador* de los piratas?

—No lo sé, porque hace meses que falta de Sarawack.

—No importa; pero le dirás que un día cualquiera iré a anclar en la bahía de su ciudad, y que allí esperaré sus barcos nuevos.

—Pero, ¿quién es usted? —preguntó asombrado el capitán. Sandokán se le acercó, y, poniéndole una mano en un hombro, le dijo:

—¡Mírame a la cara! ¡Yo soy el *Tigre de Malasia!*

En seguida y antes de que el capitán y sus marinos hubieran podido rehacerse de su aturdimiento y de su terror, Sandokán y los piratas volvieron a bajar a sus naves.

—¿Qué ruta? —preguntó Patán.

El Tigre extendió el brazo al Este, y con voz metálica en la cual se advertía una vibración extraña, gritó:

—¡Tigrecitos, a Labuán!

EN SIBERIA
COLIN THUBRON

*Escritor inglés nacido en Londres en 1939, es uno de los mejores especialistas del género de viajes, según la crítica contemporánea. Así lo atestiguan los premios cosechados a lo largo de su carrera. Thubron conoce a fondo China y Asia Central, siendo fruto de estos viajes el libro **El corazón perdido de Asia**. El fragmento seleccionado pertenece a su obra **En Siberia**, donde viaja por ciudades inhóspitas deteniéndose a observar la vida cotidiana y la influencia de la política en los habitantes de la región. La descripción de paisajes y las observaciones personales se superponen en este libro, dotándolo de una agilidad e interés tales que capta de inmediato la atención del lector. El viaje no sólo sirve para dar a conocer lugares remotos, dejados de la mano de Dios, sino que en cada capítulo late la vida de muchas personas que, por lejanas que estén, el lector las siente cerca.*

A unos novecientos sesenta kilómetros al norte de Tobolsk, mientras el bimotor Antonov cruzaba el Círculo Ártico, se transformó el paisaje. Había desaparecido el bosque y brillaba en su lugar una tundra desarbolada cuya superficie era un laberinto plateado de líquenes y hongos. No la cruzaban ni carreteras ni ferrocarriles. El páramo se fragmentaba durante miles de kilómetros cuadrados en un rompecabezas de lagunas y corrientes de agua, como si todo el continente se hubiese aplanado en una esponja, en que los ríos culebreaban fantásticamente uno sobre otro y se escindían de diez o veinte modos distintos.

Pero unos cuantos metros por debajo de tierra el suelo estaba asentado en hielo duro como hierro. Durante ocho meses del año la sella la nieve. Luego, en primavera, rezuma del permafrost hasta la superficie agua que se evapora y vuelven a aparecer esos extraños lagos y ríos transitorios. El levantamiento rítmico del suelo (su dilatarse y contraerse estacionales) deposita peñascos y piedras en misteriosos anillos concéntricos, como por obra de alguna inteligencia pedante, y excava lagunas circulares. Pero la región es casi inhabitable. Se extiende como un protoplasma donde la naturaleza aún está formándose o se ha desintegrado ya. Al oeste se alzan en roca viva los Urales.

Me tenía preocupado una trepidación sorda y constante del aeroplano (se trataba, después de todo, de Aeroflot y sólo teníamos dos hélices). Una azafata repartió cuencos de agua mineral con gas y unos dulces rancios. En el asiento de al lado una mujer le hacía trenzas a su hija. De pronto brotaron debajo de nosotros, surgiendo de la tundra, chimeneas y un negro detritus de fábricas y ruinas. Fue como una conmoción física: Vorkuta. El nombre había evocado durante muchos años un toque de difuntos. Se descubrió carbón allí a principios de los años veinte, y en 1934 las minas estaban succionando un verdadero ejército de presi-

diarios inocentes. El lugar no tardó en convertirse en una joya maligna de la corona del Gulag. El número de muertos iba por los cientos de miles. Sólo en la construcción del ferrocarril que iba hacia el oeste murieron ya cuarenta mil. Y no se dejó en libertad a las últimas víctimas, enfermas e inútiles, hasta 1959.

Hay una carretera de circunvalación al norte de Vorkuta que enlaza aún sus treinta minas, pero sólo hay ya once pozos que sigan funcionando. Al atardecer vagué por la ciudad con un desasosiego fascinado. Sus oficinas y sus bloques de pisos estaban descomponiéndose intactos, goteaba el yeso por las paredes, la mitad de las ventanas estaban rotas. Susurraba un río sobre escoria. Pasé delante de fábricas rodeadas de alambre espinoso y de reflectores, como si ésa fuese la única arquitectura que se pudiese recordar, y todas las otras calles se adentrasen regateando en una tundra sobre la que colgaban esqueletos de tolvas y elevadores.

Lo único que hay en abundancia es carbón. Está repartido en montones a lo largo de las carreteras y ensucia todos los recintos. Las calles están cubiertas de polvillo de carbón. Cuando llueve, los charcos brillan negros. Nubla el aire y se cuele debajo de las uñas. Acaba comiéndote los pulmones.

Los coches siguen una trayectoria errabunda entre los baños de la calle Lenin. Su estatua, gorra de tela en mano, aún mira a través de la plaza Lenin hacia el Palacio de la Cultura de los Mineros. El charco que hay delante está lleno de botellas de vodka. La insignias talladas sobreviven en todas partes en los edificios oficiales: estrellas rojas y martillos cruzados, antorchas y lanzas de las que cuelgan banderas. A lo largo de los tejados alzan un clamor arcaico viejas consignas: «¡A las masas de Vorkuta!», «¡Los mineros son los guardianes del trabajo!». No hay deseo alguno de quitarlos ni de repararlos. Las letras se van cayendo una tras otra.

Me tropecé con unos barracones construidos por mineros presidiarios que nadie se había molestado en demoler. La tierra sembrada de hierba trepaba hasta media altura de

las paredes de madera, y los pasillos donde habían estado las literas estaban llenos de escombros. A veces amontonaban a los presos hasta el punto de que casi no podían girarse cuando estaban dormidos. Al final de cada barracón las estufas salvavidas se habían desmoronado en cascadas de ladrillos y salpicaban las paredes pintadas de un periodo posterior escritos en un inglés impreciso: «Lucky Streik», «Kiss my Ais...».

Hay una joven plantada en la plaza Lenin. La falda está casi abierta. Aparenta unos quince años, pero la falda negra apenas desciende más abajo de las caderas y las medias se detienen hacia la mitad de unos muslos con moratones. ¿Cuántos días al año puede vestir así en Vorkuta? Parece patéticamente cansada y joven; tal vez sea su primera vez. Es duro lo del trabajo en Vorkuta. Pero tiene la palma de una mano pegada a la mejilla, como si quisiera desmentir su presencia aquí. Luego un hombre de edad madura se acerca y dice algo. Ella le sigue por la acera titubeante. Se va intentando bajar la falda por detrás sin conseguirlo. El hombre hace señas a un coche bajo la estatua de Lenin y ella sube tímidamente. La mano le cubre ahora la mitad de la cara.

Mi hotel era inmenso, el único que quedaba y estaba medio en ruinas: un monumento a Stalin que resonaba con mis pisadas. Cuatro policías miraban estólidamente desde una oficina del otro lado del vestíbulo, y aún había conserjes desplomados en sus escritorios del pasillo. En el cavernoso comedor sonaba para nadie música enlatada de baile.

Paseé por las calles sin saber a dónde ir. Me pregunté vagamente si me estarían siguiendo. La gente cetrina que vagaba por las aceras podía estar pensando cualquier cosa que le atribuyeras. Había una calma extraña. Había una población de ancianos sentados y distantes en las áridas plazas, y hablaron conmigo en frases inconexas y medio

risueños. Eran letones y ucranianos desterrados hacía mucho, y estaban tomando el aire con una sorpresa reticente.

Debido al calor, había una quietud densa de mitad de verano. A las ocho de la noche aún estaba alto el sol y a las once el cielo conservaba una luz refractada límpida, como si estuviese iluminando la ciudad a través de una grasa negra. Pero ni siquiera una de cada diez ventanas está encendida. Perdido en los suburbios, tuve la fantasía de que el pasado, como algo viscoso y que no se resignaba, estaba filtrándose de nuevo, que moraba en habitaciones abandonadas, que reclamaba las fábricas. Los muertos eran más numerosos que los vivos. Habían construido la ciudad encadenados y yacían bajo ella. Pero a medianoche la gente aún seguía paseando sus chuchos por las calles y leyendo periódicos.

A la mañana siguiente encontré un alegre ucraniano llamado Vasil que me llevó a recorrer la carretera de circunvalación de unos treinta kilómetros que recorre las minas. Vorkuta era una ciudad maravillosa, me explicó, porque estaba cerca de los Urales y podías cazar. Llevaba treinta años viviendo allí y la vida había sido espléndida.

—Tendrías que ver los ríos y lagos que hay. ¡Centenares! ¡Y están llenos de peces! Puedes darles una propinilla a los geólogos o a los soldados para que te lleven en un todoterreno y te dejen donde quieras. En cuando a esto —desdeñó Vorkuta con un gesto de la mano—, ¡todo mejorará! Ahora es el peor momento. Pronto...

Pero la ciudad se desvanecía y enseguida se desplegó ante nosotros una tierra de nadie espectral. Sus herbazales se fruncían y ondulaban durante kilómetros con las cicatrices de edificios desaparecidos; y parecía como si alguna guerra olvidada hubiese cubierto su superficie de chatarra y ruina. Se había esfumado todo el colorido. Hasta el cielo colgaba en tormentoso blanco y negro. Torres de alta tensión y postes de telégrafos sombreaban la mitad de la tierra, mientras la agujereaban por debajo enormes tuberías de

agua caliente, con su revestimiento derramado sobre la hierba descolorida.

Nuestro coche retemblaba en los baches. Estábamos completamente solos. Vasil se puso a contarme historias de pesca y de caza, y conducía con más cuidado mientras soñaba con el salmón y con el zorro ártico. Teníamos el horizonte delante henchido de montones de escoria y chimeneas. Erraban por allí afluentes contaminados del Vorkuta. A veces no podías saber si una mina estaba funcionando o había sido abandonada. Pasábamos delante de una ruina sin ningún hombre ni camión a la vista, las tolvas arrancadas y las chimeneas extintas; luego la rueda del elevador empezaba a girar. ¡Eso ha debido de ser el viento! Pero no. En las profundidades, debajo de aquellas instalaciones, la tierra estaba llena de hombres.

Sin embargo, sobre la superficie nos desplazábamos entre fantasmas. Sobre cada mina se proyectaba la sombra de las huellas de un campo de presidiarios o un cementerio. Erizaban el suelo con bancales, barracones desmoronados, torres de vigilancia podridas. A veces dejaba a Vasil y vagaba solo. Me fallaba la imaginación. Quería que me conmoviera la compasión; pero en vez de sentir eso sentía desconcierto y un retraimiento distante. El suelo parecía enfermo bajo los pies. Me daba miedo que pudiese darle una patada allí. Caminaba con celeridad sobre sus ondulaciones. Intenté recordar a algún individuo que hubiese muerto allí (un Mandelstam, un Babel). Podría haber activado algún sentimiento de pérdida intenso, específico. Pero no conocía a ninguno. Sólo la nación sin nombre de unos muertos que no podía separar del todo de sus perseguidores.

Aquellos campos eran estados estancos. Evolucionaron hasta convertirse en un reflejo pervertido del mundo exterior. Después del pacto de Stalin con Hitler de 1939, a la masa de presidiarios rusos y ucranianos se unieron decenas de miles de polacos, y ya desde 1940 fueron encarcelados aquí como traidores soldados rusos recapturados a los ale-

manes. Tras la anexión de los estados, afluyeron también los letones, lituanos y estonios (tanto los que habían luchado contra Hitler como los que lo habían hecho contra Stalin), y al final de la guerra el centón de naciones de Vorkuta incluía alemanes, japoneses, chinos nacionalistas, supervivientes judíos del Holocausto, persas, varios franceses y estadounidenses, e incluso un pastor tibetano que se había extraviado y había cruzado la frontera mongola.

Dentro de los campos el enjambre de presos políticos inocentes estaba tiranizado por la fraternidad delincuente condenada con ellos, muy unida. Estos *blatnye* vivían según sus propias leyes salvajes, efectuaban sus ejecuciones, acaparaban todos los privilegios que pudiese haber. Los administradores del campo les ignoraban o les utilizaban. Los guardias podían ser tan vulnerables como los presidiarios. Cualquier descuido, cualquier compasión impropia podía significar el fusilamiento. El sentimiento predominante era más de indiferencia brutal que de sadismo. El exceso de trabajo, el hambre y el frío penetrante reducían a los presos a la condición de una masa animal. Con una ración diaria de gachas, un kilo doscientos gramos de pescado y unas gotas de aceite, trabajaban según un sistema de cuotas que era con frecuencia imposible cumplir. Morían de tifus, tuberculosis, neumonía, o caían muertos de repente de un fallo cardíaco cuando sacaban a rastras las vagonetas de carbón de la mina. A veces sus camaradas ocultaban el cadáver para poder conseguir sus raciones; pero a los tres días les delataba el hedor.

BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA
DAI SIJIE

*Escritor chino nacido en 1954 y actualmente residente en Francia, fue sometido de joven a la «reeducación», denigrante procedimiento de la dictadura comunista china para castigar cualquier sospecha de desviación en las costumbres o disidencia política. A tal fin fue deportado a un pueblo cercano al Tibet. Estudió Historia del Arte y Cine. Gracias a una beca que logró por oposición viaja a Francia, donde se instala definitivamente a partir de 1984 y donde ha dirigido varias películas. La novela **Balzac y la joven costurera china**, publicada en Francia en el año 2000, representó todo un acontecimiento literario y fue llevada al cine. La novela está basada justamente en la experiencia de la «reeducación» de aquellos jóvenes chinos procedentes de «familias acomodadas» que han de experimentar la dureza del trabajo físico obligatorio lejos de su ambiente y familia.*

El fragmento seleccionado nos muestra a los dos muchachos protagonistas que son enviados por el jefe de la aldea a la ciudad para que vean cine y cuenten luego la película a los aldeanos. Esta actividad y la lectura clandestina de un libro de Balzac salvará a los protagonistas de la monotonía y el aislamiento.

Cada vez que me preguntan cómo es la ciudad de Yong Jing, respondo sin excepción con una frase de mi amigo Luo: «Es tan pequeña que si la cantina del ayuntamiento prepara buey encebollado, toda la ciudad olfatea su aroma».

De hecho, la ciudad tenía una sola calle, de unos doscientos metros, en la que estaban el ayuntamiento, la oficina de correos, una tienda, una librería, un instituto y un restaurante, detrás del cual había un hotel de doce habitaciones. Al salir de allí, agarrado a la ladera de una colina, se hallaba el hospital del distrito.

Aquel verano, el jefe de nuestra aldea nos envió varias veces a la ciudad para asistir a proyecciones de películas. A mi entender, la razón oculta de aquellas liberalidades era la irresistible seducción que sobre él ejercía nuestro pequeño despertador, con su orgulloso gallo de plumas de pavo real, que picaba un grano de arroz cada segundo; aquel ex cultivador de opio, convertido en comunista, se había enamorado de él locamente. El único medio de poseerlo, aunque sólo fuera por poco tiempo, era mandarnos a Yong Jing. Durante los cuatro días que tardábamos en ir y volver, se convertía en dueño del despertador.

A finales del mes de agosto, es decir, un mes antes de la pelea que provocó la congelación de nuestras relaciones diplomáticas con el Cuatrojos, acudimos de nuevo a la ciudad, pero esta vez llevamos con nosotros a la Sastrecilla.

La película, proyectada al aire libre en la cancha de baloncesto del instituto, atestada de espectadores, seguía siendo aquella vieja película norcoreana, *La pequeña florista*, que Luo y yo ya habíamos contado a los aldeanos. La misma película que, en casa de la Sastrecilla, había hecho derramar cálidas lágrimas a las cuatro viejas brujas. Era una mala película. Ni siquiera era preciso verla dos veces para saberlo. Pero aquello no consiguió echar a perder por completo nuestro buen humor. En primer lugar, estábamos contentos de poner, de nuevo, los pies en la ciudad.

¡Ah!, la atmósfera de la ciudad, incluso la de una ciudad apenas mayor que un pañuelo de bolsillo, conseguía, se lo aseguro, que el olor de un plato de buey encebollado no fuera el mismo que en nuestra aldea. Y además, tenía electricidad, no sólo lámparas de petróleo. No quiero decir, sin embargo, que ambos fuéramos obsesos de la ciudad, pero nuestra misión, que consistía en asistir a una proyección, nos ahorra cuatro días de tareas en los campos, cuatro días de transporte de «abono humano y animal» a la espalda, o de labor en el barro de los arrozales, con búfalos cuyas largas colas podían siempre golpearte de lleno el rostro.

Otra razón que nos ponía de buen humor era la compañía de nuestra Sastrecilla. Puesto que llegamos después de que comenzara la proyección, sólo quedaban lugares de pie, detrás de la pantalla, donde todo estaba invertido y todos eran zurdos. Pero ella no quiso perderse el raro espectáculo. Y para nosotros era un regalo contemplar su hermoso rostro brillando con los reflejos coloreados, luminosos, que la pantalla enviaba. A veces, su cara era devorada por la oscuridad, y entonces sólo se veían su ojos en la negrura, como dos manchas fosforescente. Pero de pronto, en un cambio de plano, aquella cara se iluminaba, se coloreaba y florecía en el esplendor de un ensueño. De todas las espectadoras, que por lo menos eran dos mil, si no más, ella era sin duda la más hermosa. Una especie de vanidad masculina ascendía de lo más profundo de nosotros mismos, ante las celosas miradas de los demás hombres que nos rodeaban. En plena sesión, tras la media hora de película, aproximadamente, la Sastrecilla volvió la cabeza y me susurró al oído algo que me fulminó.

—Es mucho más interesante cuando tú lo cuentas.

El hotel donde nos alojamos era muy barato, cincuenta céntimos por habitación, apenas el precio de un plato de buey encebollado. Dormitando en una silla, en el patio, el guardián nocturno, un anciano calvo al que conocíamos ya, nos indicó con el dedo una habitación cuya luz estaba

encendida, diciéndonos en voz baja que una mujer elegante, de unos cuarenta años, la había alquilado para pasar la noche; procedía de la capital de nuestra provincia y se marchaba al día siguiente hacia la montaña del Fénix del Cielo.

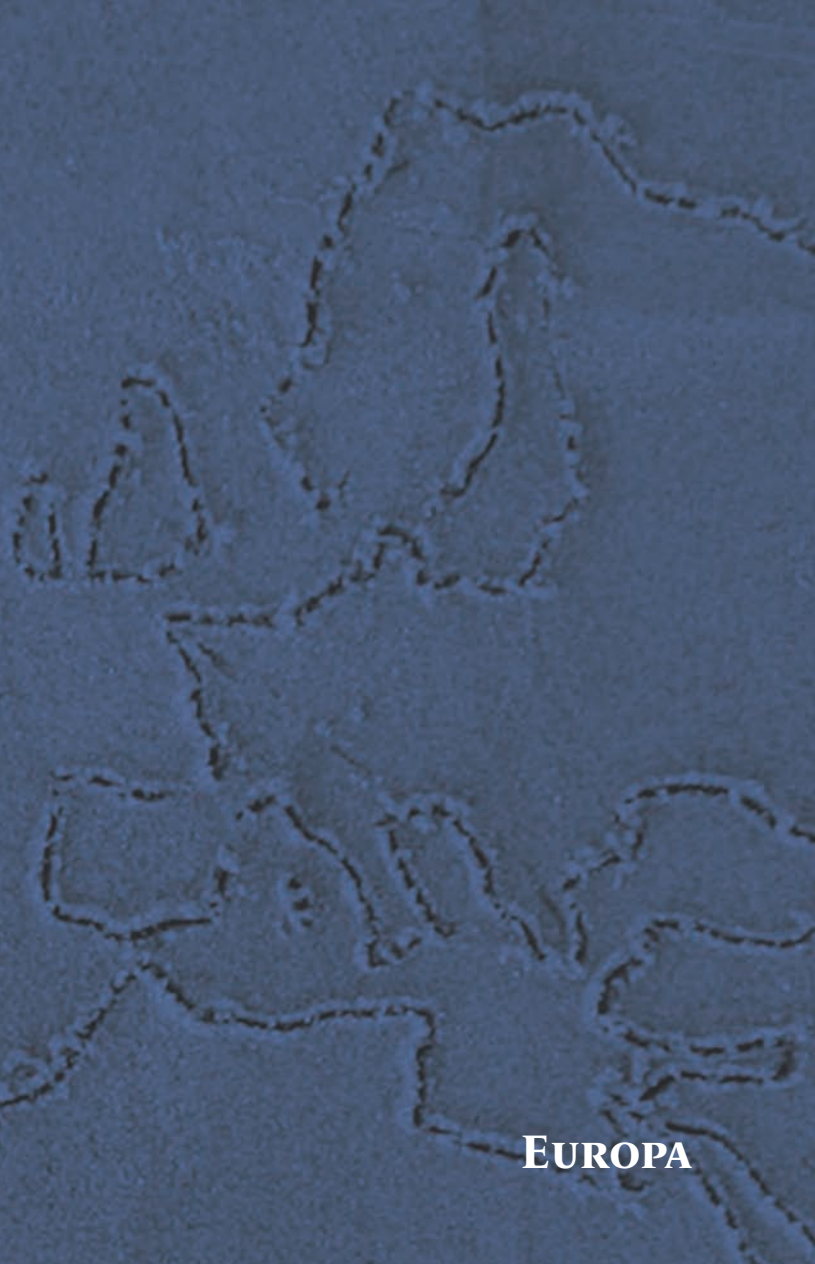
—Viene a buscar a su hijo —añadió—. Le ha encontrado un buen puesto en su ciudad.

—¿Está su hijo reeducándose? —le preguntó Luo.

—Sí, como vosotros.

¿Quién podía ser el afortunado, el primer liberado del centenar de jóvenes reeducados de nuestra montaña? La cuestión nos obsesionó durante la mitad de la noche, por lo menos; nos torturó el espíritu, nos mantuvo en una enfebrecida vela, nos corroyó de envidia. Las camas del hotel se habían vuelto abrasadoras, era imposible dormir allí. No coseguimos adivinar quién era aquel suertudo, aunque habíamos enumerado los nombres de todos los muchachos, a excepción de los de los «hijos de burgués» como el Cuatrojos, o de los «hijos de enemigos del pueblo», como nosotros, es decir, de los que tenían tres sobre mil posibilidades.

Al día siguiente, en el camino de regreso, encontré a la mujer que había venido a salvar a su hijo. Fue justo antes de que el sendero se elevase por los roquedales y desapareciera en las nubes blancas de las altas montañas.



EUROPA

EUROPA

LA ODISEA
HOMERO

EL LICENCIADO VIDRIERA
MIGUEL DE CERVANTES

CARTAS DE INGLATERRA
JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

LA BIBLIA EN ESPAÑA
GEORGE BORROW

MANUAL PARA VIAJEROS POR ANDALUCÍA
RICHARD FORD

VIAJE A LA ALCARRIA
CAMILO JOSÉ CELA

LA FORJA DE UN REBELDE
ARTURO BAREA

EL TIEMPO DE LOS REGALOS
PATRICK LEIGH FERMOR

LA ODISEA HOMERO

*Homero fue un poeta ciego de la Grecia del siglo VIII a. de C. al que se le atribuye la autoría de **La Ilíada** y **La Odisea**. Éste es un gran poema épico en 24 cantos que narra las aventuras del héroe Ulises, que lucha por conseguir llegar sano y salvo desde Troya hasta Ítaca, su patria, donde le espera la fiel Penélope. El viaje de vuelta dura 20 años en los que le suceden toda clase de episodios fantásticos. Estas dos obras fueron muy populares en Grecia, los rapsodas las recitaban y declamaban al público oyente que llenaba las plaza para escucharlos.*

Seleccionamos el canto XII, el de las Sirenas, que eran unos demonios marinos, mitad mujer y mitad pájaro, que extraviaban a los navegantes atrayéndoles con la dulzura de su canto hacia la isla donde vivían y de la que ningún hombre escapaba con vida.

Cuando el buque dejó la corriente y dejó el río Océano, a través de las ondas del mar anchuroso llegamos a la isla de Ea; la Aurora, la hija del día, tiene allí su morada y sus danzas, y el sol su levante. Abordamos allí y encallamos la nave en la arena y saltamos después a la playa y, rendidos de sueño, esperamos sugiera de nuevo la Aurora divina.

(Las Sirenas, Escila y Caribdis)

Al mostrarse en el día la Aurora de dedos de rosa, envié a la morada de Circe a unos cuantos amigos para que me trajeran los restos mortales de Elpénor. Unos troncos cortamos en donde se eleva la isla y, llorando afligidos, allí celebramos las horas.

Y no bien con las armas del muerto el cadáver quemamos, le erigimos un túmulo; en él colocamos un cipo y en la parte más alta pusimos su remo manuable. Mientras esto dejábamos listo, ya Circe sabía que del Hades habíamos vuelto, visitióse y al punto acudió a nuestro encuentro con sus servidoras, llevándonos pan y carne abundantes y vino rojizo y ardiente.

Y de pie entre nosotros habló la divina entre diosas:

—¡Desdichados! ¡Bajasteis en vida a la casa del Hades; habéis muerto dos veces y el hombre se muere una sola! Mas comed de esta carne y bebed de este vino, y quedaos todo el día aquí mismo y en cuanto la Aurora despunte navegad, y yo habré de mostraros la ruta, y de todo os haré sabedores, no sea que tramas funestas os alcancen, o alguna desgracia en el mar o en la tierra.

Dijo, y mi corazón se aprestó a obedecer su mandato. Todo el día hasta que hubo ya el sol descendido a su ocaso disfrutamos de carne abundante y de vino dulcísimo; cuando el sol se ocultó y descendieron a poco las sombras, mis amigos tendiéronse junto a la amarra del buque. Ella

a mí me tomó de la mano y, distante de aquéllos, hizo que me sentara y me fue preguntando por todo. Y yo, punto por punto, conté lo que había ocurrido. Y me habló la augustísima Circe con estas palabras:

—Así, pues, se han cumplido estas cosas. Escúchame ahora lo que voy a decirte, y un dios no querrá que lo olvides. De primero te encontrarás con las Sirenas que hechizan a los hombres, cualquiera que sea el que salga a su encuentro.

El que por imprudencia se acerca y escucha sus voces, ya no vuelve a ver nunca a su esposa ni a sus pequeñuelos rodeándole alegres en cuanto regresa a la casa, pues con cantos sonoros le encantan así las Sirenas en su prado, y en torno blanquea un rimero de huesos de la gente que pudre, y sus pieles se van consumiendo. No te pares, mas tapa el oído a tus hombres con cera previamente ablandada, de modo que nadie las oiga; sin embargo, si tu ánimo quiere escuchar sus canciones, haz que te aten las manos y pies a la rápida nave, de pie al lado del mástil, y se aten al palo las cuerdas, y podrás disfrutar a tu gusto del canto que canten.

Si a tus hombres suplicas y ordenas que suelten los nudos, que con muchos más nudos que antes entonces te aten. Cuando tus compañeros se dejen atrás las Sirenas, no podré ya indicarte qué senda es aquella que debes proseguir de las dos, pues tendrás que elegirla tú mismo; piénsalo, mas te puedo decir cómo son una y otra. Se levantan a un lado las Rocas Salientes; contra ellas ruge el golpe del mar de Anfitrita, la de ojos azules: con el nombre de Planktes las llaman los dioses dichosos.

Ningún ave pasó la primera, ni aun las palomas temblorosas que a Zeus Padre van a llevarle ambrosía; antes bien, cada vez arrebatada una de ellas la roca, pero el Padre a otra envía y así se completa su número.

De la otra jamás ha escapado la nave de un hombre; pues las olas y las tempestades de fuego funesto se llevaban las tablas del buque y los cuerpos humanos. Solamente

una nave ha podido salvar este paso, Argos, tan celebrada, al volver de las tierras de Este; y las olas la habrían lanzado a las rocas enormes, si Hera, por el amor de Jasón, no la hubiese salvado.

Dos escollos posee la otra ruta, y al cielo anchuroso llega el pico agudísimo de uno, rodeado de niebla muy profunda, que no se disipa, y el cielo no brilla nunca sobre su cima, ya sea verano u otoño.

Ningún hombre mortal lograría llegar a su cumbre, aun teniendo diez pares de pies y diez pares de manos, ni bajar, pues la roca, por lisa, parece pulida.

En su centro hay un antro sombrío que mira al ocaso, hacia donde se encuentra el Erebo, y la cóncava nave deberás dirigir hacia él, ¡oh famoso Odiseo!

Desde el buque jamás el más fuerte mancebo podría, disparando su arco, llegar al final de la cueva.

Vive Escila en la gruta y aúlla de forma terrible, y posee ella la voz de una perra recién alumbrada; es un monstruo perverso, y no hay nadie capaz de alegrarse si la ve, ni aunque fuera éste un dios, si con ella se hallara; y posee doce patas su cuerpo y las doce deformes, y seis cuellos larguísimos con sus horribles cabezas, y sus bocas poseen tres hileras de múltiples dientes apretados y firmes y llenos de muerte muy negra.

Medio cuerpo se encuentra sumido en la cueva, proyecta sus cabezas por fuera de aquel precipicio espantoso; desde allí y observando el escollo se lanza a la pesca de delfines y perros marinos y aun monstruos más grandes que en gran número cría en el mar la gimiente Anfitrita.

Por allí no pasó embarcación cuyos hombres gloriáranse de pasarla sin daño, pues cada cabeza se lleva sendos hombres de cada navío de proa azulada.

Ya verás, Odiseo, que es más bajo el escollo segundo; mas los dos están cerca, se encuentran a un tiro de flecha.

Hay allí un cabrahigo en la cumbre, muy grande y frondoso; la divina Caribdis, al pie, bebe el agua sombría.

La vomita tres veces al día y la traga tres veces con ruido espantoso. No estés allí cuando la trague, pues ni Aquel que se sacude la tierra podría salvarte. Debes, por el contrario, acercarte al escollo de Escila y dar rumbo veloz a tu nave, porque es preferible que lamentes perder a seis hombres y no a todos ellos.

Dijo así, y a mi vez le repuse con estas palabras:

—Dime, ¡Oh diosa!, con toda franqueza si por algún medio me concede el destino escapar de la adversa Caribdis, cómo rechazaré, cuando ataque a mis hombres, a Escila.

Dije, y acto seguido repuso la diosa entre diosas:

—¡Infeliz! Sólo piensas en luchas y riesgos de guerra.

¿Es que no has de ceder ni aun delante de dioses eternos? Ella no tiene muerte; es un mal que morir no podría, espantable y terrible, es un monstruo al que nadie domina; no hay defensa posible contra ella; es mejor evitarla. Si cercano a la roca te paras, tratando de armarte, temo que contra todos vosotros se lance de nuevo y con sus seis cabezas se tome a otros seis compañeros. Pasa aprisa remando e invocando a Cratais, dando gritos, que es la madre de Escila, parió tal flagelo a los hombres, y ella la contendrá para que no os ataque de nuevo. Tuerce el rumbo después a la isla feraz de Trinacia, donde pacen las vacas del Sol y sus gruesas ovejas, siete hatos de ovejas y siete manadas de vacas, de cincuenta por grey, y jamás reproducése una, y tampoco se mueren, y son sus pastoras dos diosas, Faetusa y Lampetia, dos ninfas de crespos cabellos, hijas que la divina Neera dio al Sol de la Altura.

EL LICENCIADO VIDRIERA MIGUEL DE CERVANTES

Novelista, dramaturgo y poeta nacido en Alcalá de Henares (1547-1616). Poco sabemos de sus primeros años, vivió en distintas ciudades andaluzas y en 1569 viajó por Italia. Combatió en la batalla de Lepanto, donde resultó herido en el brazo izquierdo. Cuando regresaba a España, fue hecho prisionero por los turcos, que lo llevaron a Argel, encarcelándolo allí. Varias veces intentó escaparse sin conseguirlo hasta ser rescatado. Todos sus viajes y dolorosas experiencias tienen reflejo en su obra.

*Tras publicarse la primera parte del **Quijote**, aparecieron las **Novelas ejemplares**. Son narraciones cortas con marcado carácter realista donde Cervantes mezcla lo vivido y lo imaginado. Tomás Rodaja, el protagonista de **El licenciado Vidriera**, resulta una creación portentosa: el estudiante, que se cree hechizado y convertido en ser de vidrio, no consiente que nadie se le acerque ni le toque por miedo a quebrarse. Su comportamiento atípico irá acompañado de una asombrosa lucidez a la hora de contestar atinadamente a aquellos que le preguntan por los más diversos asuntos: la justicia, los médicos, escribanos... Su extraña locura sirve para criticar con ingenio a sus contemporáneos.*

El capitán, que Don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser con condición que no se había de sentar debajo de bandera ni ponerse en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería —dijo Tomás— ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán; y así, más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa —dijo don Diego— más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pependencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y,

finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo a unas Horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia y cada día se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos, que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia dio el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus*.

Allí conocieron la suavidad del Trebiano, el valor de Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma; la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la Imperial más que Real Ciudad, recámara del Dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos

nombró el huésped y más les dió, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiránrole también al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro. Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no los hubiesen llevado a Flandes según se decía.

Despidióse Tomás del capitán de ahí a dos días y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que, mejor que en otras partes de Italia, son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unos a otros, y por su calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros

cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontifice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias y confesándose con un penitenciario y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas, determinó irse a Nápoles; y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto Roma, añadió la que causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo.

Desde allí se fue a Sicilia y vio a Palermo y después a Micina: de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Micina, el puerto, y de toda la isla, la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse a Nápoles y a Roma, y de allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intersección de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron (y no entendieron) todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernando Cortés,

que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fuera los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer; haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fue a Aste y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes. Fue muy bien recibido de su amigo el capitán y en su compañía y camarada pasó a Flandes y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante y a Bruselas y vio que todo el país se disponía a tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente. Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo de despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo así como lo pedía, y por Francia volvió a España, sin haber visto París por estar puesta en armas. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos y con la comodidad que ellos le hicieron

prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en Leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía, fue a visitarla; de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás, y él, sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda; pero como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, a su parecer, más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dio a Tomás unos de estos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla: como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas o comidas amatorias se llaman *venéficas*; porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno a quien lo toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tal mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano como si tuviera alfececía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que había comido le había muerto y declaró quién se lo había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fue a buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no del entendimiento; porque quedó sano y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto.

Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebrarían: que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio, de pies a cabeza.

Para sacarle de esta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos y luego le tomaba un desmayo del cual volvía en sí en cuatro horas; y cuando volvía, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen.

CARTAS DE INGLATERRA JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

Escritor nacido en Sevilla en 1775 y fallecido en Liverpool (Inglaterra) en 1841.

*Este sacerdote sevillano, que abandonó pronto el catolicismo a causa de una de sus recurrentes crisis de fe, marchó a Inglaterra en 1810 empujado por las circunstancias del momento histórico que vivía España. Instalado en Londres, comenzó a publicar la revista **El Español** (1810-1814), dando pruebas de su repudio a la intolerancia y atraso secular de su país, así como de su inicial simpatía a los movimientos insurgentes en Hispanoamérica. Más tarde y estimulado por la esperanza de la revolución liberal de 1820, escribió su reconocida obra **Cartas de España**. Escrita originariamente en inglés, permaneció casi siglo y medio sin ser traducida al español.*

*En general, su prosa es rica en recursos inéditos hasta entonces y diferente a la de los escritores de su tiempo. Evidencia su ingenio, originalidad y espíritu crítico en los temas que en ella aborda, como la política, la religión, la literatura y la historia. A propósito dice Juan Goytisolo en el **Prólogo a la obra inglesa de Blanco White**: «El escritor no tiene más ley que desenvolver hasta el máximo sus posibilidades creadoras. Sirviendo a éstas, sirve a largo plazo a su país, no sometiéndose a los intereses de poder político que lo gobierna condenados a desaparecer en cualquier caso antes que la expresión literaria que él crea».*

*Hemos elegido un fragmento de otra de sus obras, **Cartas de Inglaterra**, en el que Blanco White le cuenta a un amigo su llegada a las costas de Inglaterra y las primeras impresiones del que sería su país de adopción. Abundan los comentarios sobre los caminos y la rapidez de los medios de transporte del momento: sillas de postas y diligencias.*

Mi amado Alberto:

Mucho dudo que al cabo de tantos años de residencia en este Reino, pueda complacer tu curiosidad con una descripción tan animada como la que pudiera haber escrito cuando los objetos se me presentaban con la viveza que les da la novedad. Mejor diría, que al comparar la memoria que queda de mis sensaciones al tiempo de mi arribo, con las que tengo al presente, juzgo por cosa imposible el dar colorido a los cuadros con que quisiera variar mis cartas. Mas cuando considero la multitud de errores, de que hubieran ido llenas si las hubiera escrito poco después de mi llegada, no me arrepiento de tan dilatada tardanza; ni creo que tú llevarás a mal lo que pierdas de diversión, con tal que lo ganes en certeza. Convencido por mi propia experiencia de cuán difícil es el dar noticias exactas de otras naciones, te aseguro que la lectura de Viajes no tiene para mí la mitad del atractivo que antes. El viajero que posee el arte de describir puede con muy poco trabajo componer un libro divertido; pero el lector que busque instrucción en esta clase de obras debe averiguar primero por menudo las circunstancias del autor, para juzgar por ellas hasta qué punto puede fiarse de sus descripciones. Al compararme con otros extranjeros a mi llegada a Inglaterra, seguramente podría creerme en menos riesgo de caer en errores crasos sobre las costumbres y carácter de este pueblo. Su lengua me era conocida desde mi niñez, y aunque la había olvidado algún tanto en mi juventud, conservaba aún lo bastante para darme a entender en ella. Tampoco me eran desconocidos los habitantes de estos reinos, de quienes había estado rodeado desde la cuna, y de cuya boca había oído mucho acerca de las costumbres de sus pueblos. No obstante estas ventajas; tantas y tan grandes son las equivocaciones en que caí en los primeros meses de mi residencia, que al acordarme de ellas al presente no puedo menos de reírme.

Diréte una aunque te diviertas a mi costa.

La voz inglesa *Nursey*, en su significado primitivo es *Criadero* en castellano: así es que se usa para denotar la sala, o parte de la casa destinada para habitación de los niños pequeños; e igualmente cualquier semillero, almáciga o plantel. La primera de estas dos significaciones me era bien conocida al tiempo de mi llegada; pero no la segunda. Daba también la casualidad que yo había oído decir a mi padre que era costumbre en Irlanda dar a criar los niños fuera de casa. El afecto extraordinario que aquellas aldeanas toman a su crías, me había hecho mirar tal costumbre como muy tolerable, y no del todo desnuda de ventajas. Pero cuando al entrar en Londres leía a cada paso, por más de dos o tres leguas, NURSEY escrito sobre las puertas, en letras de media vara de largo, no pude menos que llenarme de una indignación filosófica, al considerar que el lujo y las riquezas habían corrompido a esta nación hasta el punto de enviar fuera de sus familias, una porción tan grande de niños de pecho como daba a entender el tamaño de las casas; dejándolos a merced de una docena de amas; que tal, se me figuraba debía ser en cada una el número de nodrizas, sin peligro de que los angelitos muriesen de ahitera.

Figúrate a un francés en mi lugar, y que en lugar de detenerse aquí por algún tiempo hubiese venido a diligencias que requiriesen algunos quince días en Londres.

Imagínate la pomposa *tirade* que dispararía en la historia de su viaje; y sábetelo al fin que como el lujo de Londres en flores y plantas, no es menos que otros objetos de placer, las casas que mi imaginación convirtió en *Cunas*, o almácigas de muchachos, no son más que *Planteles* de que esta capital está rodeada. Ni te parezca increíble la suposición del viajero francés; pues entre los muchos que por estos años pasados han publicado relaciones de sus viajes en Inglaterra, acaso, no hay uno que no haya caído en equivocaciones mucho más ridículas que la mía.

Como no es, pues, mi ánimo escribir por mero pasatiempo tuyo ni mío, sino interpolar estas cartas con ciertas noticias y observaciones que acaso podrán ser útiles a nuestros paisanos; no me pesa haber diferido este intento hasta el presente, cuando mis ideas han tenido tiempo de madurarse. Mas no te atemorices, tampoco, creyendo que pienso enviarte un tratado económico-político sobre la Inglaterra: mi deseo es comunicarte el conocimiento que he adquirido de esta gran nación, del modo que lo hiciera si nos hallásemos juntos después de nuestra larga ausencia. Sin saber, pues, cuál será el orden con que me ocurra lo que tengo que decirte, abriré la escena pintándote mi llegada.

Tú, que sabes cuán doloroso me fue el adiós que di a mi familia y amigos cuando, con la determinación firme de no volver, salí de nuestra ciudad nativa, crearás sin dificultad, que a pesar de la especie de embriaguez que sentí al romper los lazos que me hicieron infeliz por tantos años, no pude llegar a las costas de Inglaterra sin alguna melancolía, y desfallecimiento de ánimo. La noche del 2 de marzo de 1810 la habíamos pasado a la capa, y no sin riesgo; con viento tempestuoso, y sospechando con mucha razón que estábamos muy cerca de los bajíos de la isla de Scilly. La mañana siguiente, aunque la marejada había cedido algún tanto, y el viento era muy poco, nos hallamos envueltos en una de las nieblas que tan comunes son aquí en aquel tiempo del año. La espesura del ambiente era tal que sólo nos dejaba ver el navío en que veníamos, en tanto que el mar, teñido del mismo color ceniciento que el aire, parecía un cenagal inmenso sobre el que las nubes descansaban. Medio mareado, y penetrado hasta los huesos por la fría humedad de la atmósfera, mi ánimo se hallaba tan caído que al acercarme a tierra se me figuró vivísimamente que me acercaba al lugar de mi sepultura. En este estado entramos en el puerto de Falmouth a eso de las once de la mañana. La bahía, o cala, es pequeña; de

modo que la vista puede abrazarla desde cualquier punto. Una hora pasaría desde que echamos el ancla hasta que salté en tierra.

En este intermedio el sol y una brisa suave habían quebrado las nubes, y dádome la primera vista clara del país en el que iba a poner el pie. La mutación más rápida y artificiosa de un teatro no puede igualar la sorpresa que causó en mí la mudanza de escena, que en vano probaré a describirte. Como nunca había salido de España, mi imaginación no conocía otra especie de paisaje que la que había visto desde Sevilla a Madrid, en algunas partes de la Serranía de Ronda, y en un corto viaje por Castilla la Vieja. De lo que yo había visto, en España, y de lo que había oído, y ya estaba probando del clima de Inglaterra, se había fraguado en mi cabeza una pintura ideal de este Reino que apenas podrá verse realizada en la Siberia. Campos extensos y despoblados por jornadas enteras; una atmósfera de hielo y nubes; y grandes ciudades cubiertas del humo azufrado del carbón de piedra tal era mi Inglaterra imaginaria. ¿Cómo es, pues, posible que describa la sorpresa agradable de verme rodeado de colinas cubiertas de una alfombra de verdura, iluminadas por un sol no tan vivo como el de España, pero que, gracias a la oblicuidad de sus rayos, que rompiéndose en las blancas y ligeras nubes dispersas por el aire, aun en los días más claros, se reflejan teñidos del verdor perpetuo de los campos, comunica una blandura inexplicable a cualquier perspectiva? Heme aquí resucitado en un abrir y cerrar de ojos: heme aquí en Inglaterra, no en sueños como tras toda ilusión. La lengua de la libertad resuena en mis oídos, y ya respiro bajo la protección de sus leyes. La Inquisición, el Gobierno que sostenía la errada opinión pública, eco de las máximas de entrambos —tres monstruos que habían hostigado mi alma hasta reducirme a una especie de delirio—; todos quedan del lado allá del mar. El alma de Trajano, a quien dicen que un buen Papa sacó del infierno a pesar del *nulla est redemptio* de sobre la puerta; no pudo sentir

más placer que la mía viéndome en posesión del imposible porque había penado toda mi vida.

Si enseguida de esto te digo que Falmouth, pueblecito pequeño de pescadores, y distante 269 millas de la capital, me pareció un dije; la posada en que comí, un palacio; la silla de posta en que partí para Londres, un Cupé con que se honraría un Canónigo de Sevilla a no ser por el escándalo que daría tal lujo; todo lo atribuirás a lo exaltada que se hallaba mi fantasía. Pero no tengas duda que la primera vista de Inglaterra debe producir una impresión extraordinaria en un español despreocupado que no haya salido de su tierra. El que haga el viaje por París, pierde todo el placer del contraste. Mas para el que se halla traspuesto como por encanto de entre nuestra pobreza y atraso, a la nación más rica, más feliz, y más civilizada que conoce la Historia; no hay objeto en Inglaterra por común y pequeño que sea que no fije su atención. Tal vez el orgullo nacional hará más descontentadizos, o más disimulados a otros españoles; más yo de mí confieso que por algún tiempo después de llegar aquí, me sentí como un patán en la corte.

Uno de los primeros objetos que causan novedad son las casas. Por la ligereza con que están construidas, el hallarse aisladas a cada paso a los lados del camino real, y esparcidas por los campos a cuantas partes extiendes la vista; se le figuran a un sevillano con la mayor viveza, casas de Nacimiento. La falta de rejas en las ventanas, y la sutileza de las puertas, dan una idea agradable de seguridad general. Vayas adonde fueres jamás te hallas en despoblado. De un pueblo a otro hay siempre casas salpicadas contiguas al camino. Las cercas o vallados, que se ven en mil direcciones, muestran el gran cultivo de este país, y por su verdura, son, en el verano, uno de sus más bellos adornos rurales. En algunos condados, entre las cercas de espino blanco, hay árboles crecidos que contribuyen al adorno del paisaje. Los pocos ejidos o baldíos que se encuentran son de corta extensión, y sirven de dar variedad a la escena. El vecin-

dario que tiene en ellos derecho comunal está a la vista. La espaciosidad del sitio, el helecho y brezo que cubre el terreno a manchas, y el ganado, y aves domésticas que pacen en libertad, por su recinto, son objetos que aún no han perdido su interés para mí. Vense además frecuentemente las mansiones de los caballeros y nobles en que como su nombre inglés, *seats*, indica, hacen los dueños su principal residencia. Muchas de ellas, especialmente las mansiones de los nobles, tienen un extenso parque rodeado de una cerca de madera cubierta de musgo, que, sin estorbar la vista, ni desdecir de lo rural de la escena, sólo sirve para impedir la salida a los venados y demás animales de caza que vagan por su recinto. Pintarte lo cómodo de las posadas, y aun la magnificencia del servicio que se encuentra en ellas, sería entrar en un cansado pormenor. Es verdad que el gasto es exorbitante; pero tomando la debida proporción entre España e Inglaterra, el viajar aquí es muchísimo más barato: dejando aparte la conveniencia y facilidad con que se hace, lo cual no admite comparación. Pero supuesto que me tienes camino de Londres, bien será que te dé alguna idea de los medios de comunicación interna que se gozan en este país. De curioso, que acaso pudiera olvidárseme.

Los caminos abiertos en Inglaterra suben, por un cálculo moderado, a cien mil millas de largo. Este hecho de por sí te dará idea de lo mucho que aquí se viaja. Cien Coches de Diligencia, poco más o menos, salen de Londres en el espacio de sol a sol. Los coches que llevan la correspondencia, o *Malas*, son veinte. Éstos admiten cuatro pasajeros dentro de la caja del coche y tres fuera. Las *Diligencias* están construidas de modo que además de cuatro, o seis pasajeros dentro, pueden dar asiento a nueve personas fuera. Las *Malas* caminan a razón de nueve millas por hora, o más de dos leguas de España.

Las *Diligencias* a razón de entre ocho y nueve. Para hacer, por ejemplo, el viaje desde Londres a Edimburgo, que es de 377 millas, no se necesita más que ir a una de las mu-

chas oficinas de coches a la hora de salir la diligencia, y por unas ocho o nueve libras esterlinas (como de treinta a cuarenta duros) se halla uno, al cabo de tres días, puesto sin la menor dificultad en la capital de Escocia. Del mismo modo se puede ir cualquier día a cualquier pueblo del reino, por pequeño que sea, pues los que no están en los caminos se dividen, para recoger a los pasajeros.

Mi modo de viajar desde Falmouth a Londres fue en silla de posta, y con la mayor velocidad que aquí se acostumbra. Un amigo inglés con quien me había asociado en Cádiz para hacer mi viaje, traía despachos para el gobierno. Mas no pienses que esta circunstancia nos daba otras ventajas que las que tendría otro cualquiera que pagase cuatro caballos. Dos son los que comúnmente tiran las sillas de posta, y cuatro los que se usan cuando se quiere caminar con toda diligencia; pero todos ellos de tal condición y fuerza que cuatro bastan para los coches que lleven trece personas además del bagaje. Las remudas se hacen por lo regular cada doce o trece millas. Pero como el Gobierno no toma a su cargo ninguna empresa de esta clase, sino que todo lo deja a la industria e interés de los posaderos, la competencia mercantil obra en este caso como en todos, y cada cual se empeña en servir al público lo mejor que puede. Ni hay falta de caballos ni hacen esperar al caminante más que cuatro o cinco minutos para ponerlos al coche. En una palabra, el viajar en Inglaterra es una diversión, sin molestia ni riesgo. Pero volvamos a mi camino.

En cuarenta y ocho horas me hallé en Londres desde Falmouth. A seis o siete millas de esta gran capital, la multitud de coches públicos y de particulares que hallaba en el camino me tenía lleno de admiración. No menos me la causaba la forma extraña de las *Diligencias*, cubiertas de gentes hasta encima del cielo del coche.

Pero mi mayor confusión era el ver que a ambos lados del camino las casas eran tan frecuentes que ni podía distinguir un pueblo de otro, ni sabía si me hallaba o no en los arrabales de Londres.

El sol se había ya puesto cuando entré en las calles de esta inmensa ciudad; pero aunque hubiera sido de día claro, la impresión primera no me habría dado el golpe que pudiera esperarse. La población de Londres, y sus arrabales (si es que se les puede dar este nombre), es tan inmensa, que la vista no puede abrazar lo bastante para formar idea. Tampoco abunda en edificios de grandeza suficiente para descollar con grande efecto sobre el mar de casas que los rodea. Sobre todo, la entrada de la parte del Sudoeste no ofrece ninguna altura desde donde esta capital pueda aparecer en su vasta grandeza; y aunque al lado del Norte hay algunas colinas de donde se ve con bastante ventaja, la espesura de la atmósfera, naturalmente nebulosa y cargada de una inmensa nube de humo, destruye en gran parte el efecto de la perspectiva. Londres, no menos que el carácter de esta gran nación, requiere tiempo considerable para apreciarse. La primera impresión que producen otras ciudades se debilita al paso que la vista se familiariza con ellas; mas la grandeza de Londres aparece poco a poco, creciendo tan sin límites que, después de años de residencia, la imaginación abandona el empeño de formarse una copia.

Rendido de cansancio, appena llegué a la posada cuando me entregué a un sueño profundo, del cual sólo el gran ruido de la calle pudo despertarme, ya bastante entrado el día. Al acordarme que estaba en Londres, mi impaciencia me hizo saltar de la cama, a fin de lograr la primera vista, que la oscuridad me había negado la noche antes. Aunque me hallaba a pocos pasos del palacio del Príncipe de Gales, y en el centro de lo principal de Londres, no te podré pintar mi desaliento cuando miré la calle desde mi ventana. El día era semejante al de mi arribo a Falmouth. Una niebla parda y pesada apenas me dejaba descubrir la acera de enfrente; pero bien eché a ver que toda se componía de tiendas y de casas ennegrecidas de humo. El lodo cubría no sólo el empedrado, sino las losas de los ánditos; y el aire parecía haberse amasado con él, con el humo y la niebla,

92 de modo que más bien podría comerse que respirarse. Sentía yo, además, la impresión penetrante de la humedad de la atmósfera, como acabado de llegar de un país tan cálido como nuestra Andalucía y debilitado por un largo viaje. En una palabra, tal me hallé en aquel punto que casi me saltaron las lágrimas a los ojos; y fue menester un esfuerzo para recobrarme.

La atmósfera de Londres es seguramente lo peor del clima de Inglaterra. La nube de humo que flota de continuo sobre su recinto deposita las partes más sutiles del hollín sobre los edificios, y les da un aspecto de carbonera, a que la vista no se acostumbra fácilmente. La ciudad toda, no obstante la asombrosa actividad que reina en sus calles, se puede decir que es triste. Mas no creas que el país de Inglaterra tiene el mismo carácter, aun durante la estación más rigurosa del año. Es verdad que el clima es sumamente vario, y el ambiente, aun cuando más suave, le falta un no sé qué, un cierto grado de calor vital, que las personas robustas de sus naturales no echan de menos. Con todo eso, pocos son los días del año en que los que viven en los pueblos de campo, no puedan tomar un excelente paseo. Carlos II, que durante el poder de la facción que había degollado a su padre, tuvo que andar desterrado en varias partes de Europa, solía decir con verdad «que en ningún país se podía salir al aire más días en el año, ni más tiempo cada día, que en Inglaterra».

LA BIBLIA EN ESPAÑA GEORGE BORROW

Viajero y escritor británico, nació en Dereham Este, Norfolk, Inglaterra, en 1803, falleciendo en 1881 en Oulton, Norfolk.

Conocido en España como «Don Jorgito el inglés», vendedor de biblias, cursó estudios de humanidades y destacó desde muy joven por su portentosa asimilación de los idiomas. Aprendió galés, danés, hebreo, árabe, armenio y alemán. Su espíritu aventurero le llevó a vivir en un campamento de gitanos, hablaba su lengua y practicaba sus costumbres. Tanto es así que tradujo el **Evangelio de San Lucas** al caló. Después de recorrer su país a caballo, la Sociedad Bíblica Británica le encargó, dado su conocimiento de idiomas, que viajara a España para difundir la lectura de la Biblia y ponerla al alcance del mayor número de personas posible.

Transcribimos un capítulo de su obra **La Biblia en España**. Borrow llega a las costas de Galicia para, al cabo de unos días, desembarcar en la ciudad de Cádiz, donde pasará unas jornadas intentando conocer los hábitos lectores de sus habitantes y de paso venderles unas cuantas biblias, intento que se ve frustrado dado el nulo interés de los libreros por comercializar tan importante libro. El estilo del autor es directo y plagado de detalles topográficos y humanos que lo hacen accesible y divertido. Sus observaciones acerca de la política y la realidad social son atinadas y nos sirven para conocer el momento convulso que se vive en una España inmersa en la primera guerra carlista. El éxito de esta obra fue inmenso. En el primer año, en 1842, se hicieron seis ediciones de mil ejemplares que se agotaron enseguida.

El vapor.—El cabo de Finisterre.—La tormenta.—Llegada a Cádiz.—El Nuevo Testamento.—Sevilla.—Itálica.—El anfiteatro.—Los presos.—El encuentro.—El barón Taylor.—La calle y el desierto.

En los primeros días de noviembre surqué de nuevo el mar con rumbo a España. Había vuelto a Inglaterra poco después de los sucesos referidos en el capítulo anterior con objeto de consultar a mis amigos y trazar el plan de mi campaña bíblica en España. Resolvimos imprimir en Madrid el Nuevo Testamento lo antes posible y se convino que yo me encargaría de la tarea un tanto ardua de distribuirlo. Breve fue mi estancia en Inglaterra; el tiempo era precioso y ansiaba yo encontrarme de nuevo en el campo de acción. Me embarqué en el Támesis, a bordo del vapor *M...* La travesía hasta Falmouth fue muy desagradable. El barco iba atestado de pasajeros, pobres tísicos en su mayoría o gente valetudinaria que huía de las frías celliscas invernales de Inglaterra a las costas soleadas de Portugal y Madeira. Nunca me ha cabido en suerte viajar en un barco más incómodo, sobre todo de vapor. Los camarotes eran muy pequeños y faltos de ventilación; el mío era de los peores, porque los demás estaban todos tomados desde antes de llegar yo a bordo; para evitar la asfixia que me amenazaba en cuanto entraba en él hice el viaje echado en el suelo de una de las cámaras. Estuvimos en Falmouth veinticuatro horas, haciendo carbón y reparando la máquina, que tenía desperfectos importantes.

El lunes 7 zarpamos con rumbo al golfo de Vizcaya. Había mar gruesa; el viento era fuerte y contrario; sin embargo, en la mañana del cuarto día teníamos a la vista las rocas de la costa norte del cabo de Finisterre. Debo hacer notar aquí que este viaje era el primero que el capitán hacía a bordo de nuestro barco y que conocía muy poco o nada la costa a que

nos dirigiámos. Le buscaron a última hora, apresuradamente, porque su predecesor renunció al mando, fundándose en que el barco no podía aguantar la mar y en las frecuentes averías de la máquina. Si yo hubiera sabido todo esto, al ver que el barco se acercaba cada vez más a la costa, hasta colocarse a unos cientos de varas de distancia de ella, mi alarma hubiese sido mucho mayor de lo que fue. No dejé, con todo, de sentir profunda sorpresa, pues como las dos veces que había cruzado por allí en barco de vapor había visto el cuidado con que los capitanes se mantenían lejos de la costa, no pude adivinar la razón de aproximarnos tanto a una zona peligrosísima. El viento soplaba con fuerza hacia la costa, si puede llamarse así a los abruptos y escarpados precipicios en que rompía la marejada con fragor de trueno, alzando nubes de espuma y de agua pulverizada a la altura de una catedral. Fuimos costeano lentamente y doblamos varios elevados promontorios, apilados algunos por la mano de la Naturaleza en formas muy fantásticas. Al anochecer teníamos cerca por la proa el cabo de Finisterre, escarpada y sombría montaña de granito, cuya ceñuda cima pueden ver desde muy lejos cuantos atraviesan el Océano. La corriente en aquellos parajes era terrible, y aunque las máquinas trabajaban con toda su fuerza, avanzábamos poco o nada.

A eso de las ocho de la noche, el viento se convirtió en huracán, el trueno retumbó pavorosamente y la única luz que alumbraba nuestro camino era la de las rojas culebrinas expelidas a intervalos de su seno por las nubes gruesas y negras que rodaban a poca altura sobre nuestras cabezas. Hacíamos los mayores esfuerzos para doblar el cabo, que a la luz de los relámpagos surgía a sotavento, iluminado por las frecuentes exhalaciones que vibraban en torno de su cima, cuando, de súbito, la máquina se rompió con un gran crujido y las palas de que pendía nuestra existencia dejaron de funcionar.

No intentaré pintar la escena de horror y confusión que se produjo; puede ser imaginada, pero no descrita.

El capitán —justo es reconocerlo— desplegó la mayor frialdad e intrepidez; tanto él como la tripulación hicieron todo lo imaginable por arreglar la máquina, y cuando vieron la inutilidad de sus esfuerzos, izaron las velas y realizaron todas las maniobras posibles para salvar el barco de una destrucción inminente. Pero nada aprovechaba; por desgracia, teníamos la costa a sotavento y hacia ella nos impelía la rugiente tempestad. Me hallaba yo en tales instantes cerca del timón y pregunté al timonel si había alguna esperanza de salvar el barco, o al menos nuestras vidas. «La situación es apurada, señor —me respondió—. Con esta mar los botes zozobrarán en un minuto; antes de una hora el barco chocará con el Finisterre, donde el buque de guerra más fuerte del mundo se haría pedazos instantáneamente. Ninguno de nosotros verá el día de mañana.» De igual modo, el capitán informó a los demás pasajeros del peligro que corríamos y les dijo que se preparasen; ordenó luego cerrar las escotillas y que no se permitiese a nadie permanecer sobre cubierta; yo seguí en mi puesto, no obstante, casi ahogado por el agua de las inmensas olas que rompían contra el barco por barlovento y lo anegaban. Las pipas de agua potable se soltaron de sus amarras, y una de ellas me tiró al suelo y aplastó un pie al desdichado timonel, cuyo puesto ocupó en el acto el capitán. Estábamos ya cerca de las rocas cuando los elementos entraron en hórrida convulsión. Los relámpagos nos envolvían con sus resplandores; los truenos retumbaban con el fragor de un millón de cañones; el Océano parecía vomitar sus heces más profundas, cuando, en medio de tal desquiciamiento, el vendaval saltó súbitamente de cuadrante y nos apartó de la horrible costa aún más de prisa que nos había empujado hacia ella.

Los marineros más viejos de a bordo reconocieron que nunca se habían librado de la muerte por modo tan providencial. Desde el fondo de mi corazón dije: «Padre nuestro, santificado sea tu nombre».

Al día siguiente estuvimos a punto de naufragar, porque con la gran marejada nuestro barco, no destinado para navegar a la vela, trabajaba mucho y hacía agua. Las bombas funcionaron sin cesar. También tuvimos fuego a bordo, pero se logró sofocarlo. Por la tarde, la máquina de vapor quedó parcialmente arreglada, y el día 13 llegamos a Lisboa, donde en pocos días se terminaron las reparaciones necesarias.

En Lisboa encontré a mi excelente amigo W. bueno y sano. Durante mi ausencia había trabajado lo posible para fomentar la venta del libro sagrado en portugués; su celo y aplicación eran, en verdad, admirables. Por desgracia, las perturbaciones sufridas por el país en los seis últimos meses habían estorbado sus esfuerzos. Los ánimos de las gentes estaban tan preocupados con la política, que no les quedaba apenas tiempo para pensar en su salvación. La historia política de Portugal presenta en estos últimos tiempos un sorprendente paralelo con la del país vecino. En ambos, la corte y el partido democrático han luchado por la supremacía; en ambos ha triunfado el último, y dos personas de viso han caído víctimas del furor popular: Freire, en Portugal, y Quesada, en España. Las noticias de este país, que recibí en Lisboa, eran pésimas. Las hordas de Gómez devastaban Andalucía, que yo estaba a punto de visitar de paso para Madrid; los carlistas habían saqueado a Córdoba, ocupándola tres días, y abandonándola después. Me dijeron que si persistía en entrar en España por donde me había propuesto, caería probablemente en manos de los facciosos en Sevilla. No me arredré, a pesar de todo, con plena confianza en que el Señor me abriría camino hasta Madrid.

Reparadas las averías del barco, subimos de nuevo a bordo, y en dos días llegamos sin novedad a Cádiz. Reinaba en la ciudad gran confusión. Decíase que por los alrededores campaban numerosas partidas carlistas. Era de temer un ataque y acababa de proclamarse en la ciudad el estado de

sitio. Me alojé en el hotel Francés, en la calle de la Niveria, y me dieron para dormir una especie de desván o guardilla, pues la casa, famosa por su excelente *table d'hôte*, estaba llena de huéspedes. Me vestí y salí a dar una vuelta por la ciudad. Entré en varios cafés; el ruido de las conversaciones era en todos ensordecedor. En uno de ellos, seis oradores nada menos hablaban al mismo tiempo; el tema era la situación del país y las probabilidades de una intervención francoinglesa. De pronto, el orador a quien yo escuchaba me pidió mi opinión por ser extranjero y, al parecer, recién llegado. Contesté que no podía aventurarme a adivinar los planes de aquellos Gobiernos en tales circunstancias; pero que, en mi opinión, no sería malo que los españoles se esforzasen algo más por su parte y llamasen menos a Júpiter en su ayuda. Como no tenía ganas de hablar de política me fui en seguida del café, en busca de los barrios donde vive principalmente la clase baja.

Entré en conversación con varios individuos; pero a todos los encontré muy ignorantes; ninguno sabía leer ni escribir, y sus ideas religiosas no eran nada satisfactorias; los más profesaban un indiferentismo completo. Fui después a una librería, e hice algunas preguntas acerca de la demanda de libros de literatura; dijéronme que era muy escasa. Mostré un ejemplar de una edición londinense del Nuevo Testamento en español, y pregunté al librero si, en su opinión, un libro de tal especie tendría venta en Cádiz; respondió que el papel y la impresión eran magníficos; pero que era un libro nada buscado y muy poco conocido. No proseguí mis averiguaciones en otras librerías, pensando que, probablemente, ningún librero me daría buenos informes de una publicación en que no estaba interesado. Además, yo sólo tenía dos o tres ejemplares del Nuevo Testamento, y no hubiera podido servir ningún pedido, aunque me lo hubiesen hecho.

El día 24, muy temprano, me embarqué para Sevilla en el vaporcito español Betis. La mañana era húmeda, y la

densa niebla que envolvía el paisaje me impidió observar aquellos contornos. A las seis leguas de recorrido llegamos a la punta Noroeste de la bahía de Cádiz y pasamos junto a Sanlúcar, ciudad antigua, próxima a la desembocadura del Guadalquivir. De pronto la niebla se deshizo, y el sol de España fulguró radiante, animándolo todo, y en especial a mí, que yacía sobre cubierta en lánguido y melancólico estupor. Entramos en «El gran río», que tal es la traducción de *Wady al Kebir*, nombre dado por los moros al antiguo Betis. Anduvimos durante unos minutos en Bonanza, pueblecito situado en la terminación del primer brazo del río; tomamos varios pasajeros y continuamos el viaje. El Guadalquivir no ofrece nada de gran interés a los ojos del viajero: las márgenes son bajas, sin árboles; el país adyacente, raso; sólo a gran distancia se columbra la cadena azul de unas sierras altas. El agua es turbia y fangosa, muy parecida por el color a la de un cenagal. La anchura media del cauce es de 150 a 200 varas. Pero es imposible viajar por este río sin recordar que por él navegaron romanos, vándalos y árabes, y que ha presenciado sucesos de universal resonancia, cantados en poesías inmortales. Fui repitiendo versos latinos y fragmentos de romances viejos españoles hasta que llegamos a Sevilla, a eso de las nueve de una hermosa noche de luna.

Sevilla encierra noventa mil habitantes, y está situada en la orilla oriental del Guadalquivir, a unas dieciocho leguas de la desembocadura; la cercan elevadas murallas moriscas bien conservadas, y tan sólidamente construidas que probablemente desafiarán aún por muchos siglos las injurias del tiempo. Los edificios más notables son la Catedral y el Alcázar, o palacio de los reyes moros. La torre de la Catedral, llamada La Giralda, pertenece a la época de los moros, y formó parte de la gran mezquita de Sevilla; se calcula su altura en unos ciento quince metros, y se sube hasta el remate, no por escalera, sino por una rampa abovedada a manera de plano inclinado. La rampa es muy poco empinada, de suerte que puede subirse por

ella a caballo, proeza cumplida, según dicen, por Fernando VII. Desde lo alto de la torre se descubre una vista muy extensa, y en días claros se columbra la Sierra de Ronda, aunque dista más de veinte leguas. La Catedral, insigne monumento gótico, pasa por ser el más hermoso de su género en España. En las capillas dedicadas a diferentes santos están algunos de los cuadros más espléndidos que el arte español ha producido; la Catedral de Sevilla es ahora más rica en pinturas de primer orden que nunca lo fue, porque han llevado a ella muchos lienzos de los conventos suprimidos, especialmente de Capuchinos y San Francisco.

Todo el que visite Sevilla debe dedicar especial atención al Alcázar, espléndido ejemplar de la arquitectura mora. Contiene muchos salones magníficos, especialmente el llamado de Embajadores, superior en todos aspectos al del mismo nombre de la Alhambra de Granada. Este palacio fue la residencia favorita de Pedro el Cruel, quien lo restauró con cuidado sin alterar su carácter ni disposición moriscos. Probablemente permanece en un estado poco distinto del que tenía a la muerte de aquel rey.

En la orilla derecha del río se halla Triana, importante arrabal que se comunica con Sevilla por un puente de barcas, porque a causa de las violentas inundaciones a que está sujeto el río no hay puente permanente sobre el Guadalquivir. En el arrabal vive la hez de la población, y abundan los gitanos. Como a legua y media hacia el Noroeste se encuentra el pueblo de Santiponce; a los pies y en la ladera de una colina que hay más arriba, se ven las ruinas de la antigua Itálica, cuna de Silio Itálico y de Trajano, de quien el barrio de Triana deriva su nombre.

MANUAL PARA VIAJEROS POR ANDALUCÍA
RICHARD FORD

*Viajero e hispanista inglés nacido en Londres (1796-1856). Vino a España en 1830 y vivió unos meses entre Sevilla y Granada. Conoció a fondo la historia y cultura de nuestro país. Fruto de sus viajes fueron los artículos que publicó en periódicos ingleses. Al calor de su éxito, su editor le encargó una guía turística de España que Ford tituló **Manual para viajeros por España y lectores en casa**. El libro se reeditó varias veces. Su enfoque resulta muy original, pues aunque el romanticismo era la tendencia del momento, Ford intenta desmontar los tópicos que algunos viajeros románticos divulgaron sobre nuestro país. De vuelta a Inglaterra, se hizo construir una casa de estilo andaluz que albergaba una gran biblioteca de libros en castellano, y él mismo vestía a la moda española de entonces, según lo describe el también hispanista George Borrow. Incluimos aquí un fragmento de una de las partes del **Manual para viajeros por España y lectores en casa**, denominado **Manual para viajeros por Andalucía**, a menudo editado como libro de forma separada.*

Gibraltar, como observó Estrabón, está a mitad de camino entre Cádiz y Málaga. El camino de herradura que sigue la costa es tan arenoso como las *trochas* de la *Serranía* son pedregosas; la línea está moteada de atalayas. Pasando por «La Línea» junto a las arenas se cruza el peligroso valle del *Guadiaro*, *Fluvius Barbesulae*. *Estepona*, *Cilniana*, fue construida en 1456 con la piedra de una ciudad mora en ruinas: abastece a la «Roca» de fruta y verduras. Quedan algunos arcos del antiguo acueducto de *Salduba* en *Las Bóvedas*. En las colinas a la izquierda está *Manilba*, la *Hedionda*, cuya fétida fuente ofende a la nariz y al paladar, pero beneficia al estómago; el olor y el gusto, según la leyenda local, se atribuyen al suspiro de adiós de un demonio del agua, el cual, al ser expulsado por Santiago, se evaporó como un ahogado moribundo con un sulfúrico gañido.

A continuación se cruza el *Río Verde*. Este silvestre torrente bordeado de adelfas es descrito por el obispo Percy como «suave río con la orilla llena de sauces»: seguramente el prelado nunca tuvo que cruzarlo crecido por una densa lluvia como nos ha ocurrido a nosotros; pero, como él mismo dijo, «*verde no sonaría bien*», pues entonces ¿qué habría hecho con el *Mar Rojo*? Este río tiene tristes recuerdos en las baladas de España. En las colinas de arriba *Alonzo* de Aguilar, con la flor de los caballeros andaluces, fue víctima de una emboscada y muerto por El Feri, de Benastapar. Los huesos, sin enterrar, todavía blanqueándose, fueron hallados en 1570 por su bisnieto; y así seguirá durante muchos años el desfiladero de Kabul, cubierto de huesos.

Los españoles, como los orientales, dejan con frecuencia a los muertos para los buitres, los *rechamah* de la escritura. Los iberos creían que las almas de los que quemaban así expuestos eran transportadas inmediatamente al cielo.

Los antiguos tenían a esta ave por sagrada, porque nunca se cebaba en los vivos y era excelente empresario de

pompas fúnebres y basurero de carroña. España es la tierra del buitres: las bandadas de buitres se ciernen sobre su presa y se elevan mohínas en cuanto se les molesta, escindiendo el aire ligero con sus pesadas alas. Durante las últimas guerras el número de estos emplumados guerrilleros proliferó atterradoramente, igual que la especie llamada *latro implumis*. La batalla, el asesinato y la muerte repentina aprovisionaban a los que se alimentan de carroña, cuyos números han crecido con el aumento de la vitualla.

La falta de decoro del español ante el cuerpo muerto es sumamente notable; un hombre vivo vale poco, pero uno muerto vale incluso menos. Los *Sangrados* no tienen tiempo para ocuparse de *objetos* anatómicos, ya que ello les quitaría la oportunidad de experimentar con sus propios pacientes antes de darles el *coup de grâce*.

Diego de Mendoza describe el descubrimiento de los huesos a la intemperie y la ira y el dolor del ejército. Entra a saco, sin expresar gratitud alguna o mejorar siquiera el original, en Tácito, cuya espléndida narración del hallazgo de los restos de las legiones de Varo es bien conocida.

Mendoza es llamado ahora el Tácito español, de la misma manera que Toreno podría ser llamado el Southey español, por lo que se refiere al robo de ideas, por no hablar del de dinero.

Marbella, una bonita ciudad con un bonito nombre, se levanta entre bosquesillos y jardines. Isabel la Católica, se dice, exclamó: «¡Que Mar tan bella!». Marbella es frágil y bella y, como de la mujer de Putifar, se dice de ella que es aficionada a robar prendas de ropa:

*Marbella es bella, no entres en ella;
Quien entra con capa, sale sin ella.*

La posada *La Corona* es decente. Fue tomada a los moros en 1485. Las minas de hierro de Heredia, que distan una legua, merecen una visita; ahora están en plena actividad.

El mineral produce de un setenta a un setenta y cinco por ciento de metal, pero la falta de combustible neutraliza esta bendición de Dios. Los bosques españoles se talan por todas partes de la manera más imprevisora, mientras el carbón de Asturias apenas si está todavía en boga.

Ahora la carretera se bifurca; la rama que sigue la línea de la costa pasa junto al castillo de *Fuengirola* —Suel—, donde Lord Blayner se inmortalizó a sí mismo. Fue enviado en octubre de 1810 por el general Campbell desde Gibraltar para sorprender este castillo y marchar sobre Málaga. Según el libro de su señoría, mandaba una expedición híbrida de polacos, alemanes, italianos y españoles, con cosa de trescientos ingleses del regimiento 89. Los españoles se habían embarcado en Ceuta, sin llevar encima siquiera una ronda de munición; *Socorros de España*. Inmediatamente se ofendieron ante las raciones de carne de vaca que les fueron servidas un día de ayuno, lo que en hombres proverbialmente *valientes con los dientes* era algo incomprensible a ojos del gastronómico general inglés. Estos ayunadores se negaron a continuación a luchar en domingo, Blayney, que era el hombre idóneo para mandarles, «hizo», dice Napier, «sus preparativos con el más grande desprecio de las reglas del arte militar». Perdió dos días en bombardear el castillo con sus cañones de doce libras y de esta forma dio a Sebastiani el tiempo que necesitaba para llegar a Málaga con fuerzas superiores. Para rematar todos estos errores, Blayney, según su propio libro, «tomó a aquellos franceses por españoles», con el resultado de que le cogieron prisionero los verdaderos españoles, habiendo dejado a los ingleses que aguantaran bajo la protección de las andanadas del «Rodney». Protección que omite completamente Maldonado, quien afirma que los pocos ingleses que se escaparon fueron salvados por «el valor y la intrepidez de los Españoles». De esta manera, dice Napier, una expedición bien preparada y pensada, y adecuada a su objetivo, se echó a perder por la conducta más absurda y terminó en el desastre y el deshonor.

VIAJE A LA ALCARRIA CAMILO JOSÉ CELA

*Novelista, poeta y articulista nacido en Iria Flavia, provincia de La Coruña en 1916, y fallecido en Madrid en 2002. Premio Nobel de Literatura en 1989. Gran viajero a pie, ha reunido sus experiencias en libros como **Del Miño al Bidasoa**, **Viaje al Pirineo de Lérida**, **Judíos, moros y cristianos** y **Primer viaje andaluz**. Justamente famoso es su **Viaje a la Alcarria** del año 1948, libro a decir de su autor «sencillísimo y de vida llena de misterio y de atroces (y también dolorosos) vaivenes». El «viajero» (Cela) habla con la gente que se va encontrando en los pueblos o el camino, niños, viejos, arrieros, trasquiladores y mozas de mesón. Come donde se tercia, fonda, parador o en las veredas del camino; duerme en las cunetas de las carreteras o en las posadas... «en una habitación inmensa, destartalada, en una cama con cinco colchones de paja y grande como una plaza de toros». Los diálogos son cortos, lacónicos, siempre diferentes en su difícil sencillez.*

El viajero, de nuevo sobre la carretera, recién descansado, piensa en las cosas en las que no pensó en muchos años, y nota como si una corriente de aire le diese ligereza al corazón.

Al llegar a Taracena llena su cantimplora de vino blanco.

*A la tierra color tierra
la maduró un sarpullido.
Bajo el sol de Taracena
cuelga la vida de un hilo.*

En Taracena no hay vino tinto, noble como la sangre de los animales, oloroso y antiguo como una medrosa historia familiar. En Taracena tampoco hay parador. Ni posada. En Taracena hay una taberna fresca, limpia, con el suelo de tierra recién regado. La tabernera tiene una niña muy aplicada, una niña de diez años que se levanta de la siesta, sin que la avise, para ir a la escuela.

Taracena es un pueblo de adobes, un pueblo de color gris claro, ceniciento; un pueblo que parece cubierto de polvo, de un polvo finísimo, delicado, como el de los libros que llevan varios años durmiendo en la estantería, sin que nadie los toque, sin que nadie los moleste. El viajero recuerda a Taracena deshabitado. No se ve un alma. Bajo el calor de las cuatro de la tarde, sólo un niño juega, desganadamente, con unos huesos de albaricoque. Un carro de mulas —la larga lanza sobre el suelo— se tuesta en medio de una plazuela. Unas gallinas pican en unos montones de estiércol. Sobre la fachada de una casa, unas camisas muy lavadas, unas camisas tiesas, rígidas, que parecen de cartón, brillan como la nieve.

El viajero habla con la tabernera.

—¿Hay agua en el pueblo, señora?

—Sí, señor, mucha agua. Y muy buena. Aquí tenemos la misma agua que en la capital. Y toda la que queremos.

El viajero sale de nuevo al camino; como es el primer día lleva las piernas algo torpes y cansadas. La tabernera se asoma a la puerta, a despedirlo.

—Adiós, que tenga usted suerte. ¿Va usted a Zaragoza?

—Adios, señora, muchas gracias. No, le aseguro que no voy a Zaragoza.

El viajero piensa en la despedida de los hombres que van de camino, que es un poco la despedida a las gentes a las que no se volverá a ver jamás. El adiós, que tenga usted suerte, que dice la campesina, o la tabernera, o la lavandera, o la arriera, o la pastora, es una despedida para siempre, una despedida para toda la vida, una despedida llena, aun sin saberlo, de dolor: un adiós, que tenga usted suerte, en el que se ponen al alma y los cinco sentidos.

Media legua escasa más arriba, de donde sale el camino que va a Tórtola y a Fontanar, el viajero da alcance a un carro. El viajero supo más tarde en Cifuentes, pueblo donde aprendió muchas cosas, que a los de Tórtola les llaman moros en la Alcarria, y a los de Fontanar, troncheros, porque una vez pusieron un troncho de berza por ojo a la imagen de San Matías, que es el patrón del pueblo. El carrero va dormido, y las mulas, de vez en cuando, meten una rueda sobre los montones de grava de la cuneta. Entonces el carrero se despierta, blasfema, endereza el carro y se echa otra vez a dormir.

—Buenas tardes.

—Y calurosas, digo yo.

—Usted ahí va bien.

—Sí, no se va mal. ¿Quiere usted montar, si le hace avío?

—Bueno, ¡si usted se empeña!

El carrero detiene las mulas y el viajero salta al carro. El carro lleva un toldo bajo, de lona, que da un calor sofocante. El viajero invita al carrero a un trago de su cantimplora.

—Buen vino.

—No es malo; lo compré ahí abajo, en Taracena.

Después encienden un pitillo. La llama de mechero, ni se mueve.

En el carro van unas puertas de madera y una cama de hierro. El viajero no puede ni cambiar de postura; lleva las piernas dobladas y la cabeza echada hacia atrás, con el morral por almohada.

—¿Hasta dónde va usted?

—Voy a Trijueque. Por las mañanas bajo con leña a Guadalajara. ¿Usted va muy largo?

—No; yo me quedo en Torija; yo quisiera dormir esta noche en Torija.

—¿Y mañana?

—Mañana, Dios dirá.

El carrero se queda un momento pensativo.

—¡Pues anda, que si se tira usted todo este chorizo andando!

—Ya, ya...

El carrero es un hombre joven, pequeño, curtido por el sol. Se llama Martín Díaz y es natural de Trijueque. Cuando toma confianza invita al viajero a cebolla y pan blanco.

—Esto es bueno para la sangre.

Por la carretera pasa, en sentido contrario, un hombre viejo cabalgando una mula torda, de patas finas y grupa recogida. El hombre lleva la cabeza y las espaldas tapadas con una manta.

—¡Buena mula!

—Eso parece.

Martín Díaz es un carrero estoico y optimista, un carrero que todo lo encuentra bien. Desde Trijueque a Guadalajara y vuelta, Martín Díaz ha aprendido a ver el lado bueno de las cosas.

—Estas dos mulas que llevo, ya van algo trabajadas, pero aún dan su juego.

Martín mira para sus mulas.

—Salieron baratas. Ahora han subido mucho; ahora una mula vale un dineral.

El viajero mira andar a las mulas, tirante el aparejo en la cuesta arriba, flojo y como descansado en la cuesta abajo. Las mulas andan moviendo las orejas a compás, haciendo sonar

las campanillas de bronce del pretal. Martín llama pretal al collarejo.

—Ésta se llama Catalana; el delantero se llama Pantalón.

Por Valdenoches, los picapedreros parten la piedra. Están negros como tizones y llevan un pañuelo debajo de la gorra para empapar el sudor. Trabajan despacio, rendidamente, y se defienden los ojos con un cuadradito de tela metálica, atado con unas cintas a la nuca. No levantan la cabeza cuando pasa el carro.

Desde los montes de Sotorija y del Tío Negro, el carro camina entre olmos por una gran avenida.

—Aquí ya se respira, ¿eh?

—Ya lo creo.

—Pues ya es todo el camino igual hasta Torija.

LA FORJA DE UN REBELDE
ARTURO BAREA

Escritor nacido en Badajoz en 1897, muere en el exilio en Faringdon, Inglaterra en 1957.

*De su obra cabe destacar **La forja de un rebelde**, trilogía que agrupa las novelas: **La forja**, **La ruta** y **La llama**. Con un marcado sesgo autobiográfico, Barea se convierte en cronista de excepción de la primera mitad del siglo XX español. En **La forja**, el autor relata su infancia y adolescencia en el Madrid de los primeros años del siglo, donde vive con su madre en una buhardilla cerca del río Manzanares. Su madre lava la ropa por encargo, siendo sus clientes los soldados del cercano Palacio Real. El fragmento seleccionado cuenta un viaje en tren a Navalcarnero donde Barea niño pasa sus vacaciones con unos parientes. En **La ruta** nos acerca a la guerra de Marruecos, en la que los españoles se enfrentan con los rifeños independentistas. **La llama** tiene por escenario el Madrid de la guerra civil, tiempo que Barea vive intensamente hasta que sale hacia el exilio en Londres, donde se dedica a escribir y trabajar como locutor en la BBC retransmitiendo programas en español dirigidos a Sudamérica.*

Poco dura lo bueno. Mi madre ha venido anteayer y mañana nos vamos, yo a Navalcarnero y ella a Madrid a seguir trabajando.

Como el tren para un cuarto de hora en la estación arrastro a mi madre a ver la locomotora. Es una locomotora belga pequeñita, pintada de verde, casi cuadrada. No vale nada. Yo he ido en una locomotora grande. El tío José tiene un primo que es maquinista en la estación del Norte y lleva el expreso de París. Un día nos llevó al tío y a mí en una máquina sola hasta Segovia. Una máquina tan grande que me tuvieron que subir en brazos para llegar arriba, donde van el maquinista y el fogonero. Y desde allí salimos corriendo solos con el ténder, sin pararnos en ninguna estación. El fogonero echaba carbón por la boca abierta del hogar, que soltaba llamas, y atravesábamos el campo con la vía delante y detrás libre, sin nadie, brincando sobre los rieles, y a veces, corriendo sobre ellos, sin sentirlos, como si fuéramos por el aire. Mi tío contaba que, una vez, un maquinista, para no chocar contra otro tren, le dio vueltas a la manivela tan fuerte que se metió la manivela por la tripa.

Salvó el tren, pero se quedó muerto, clavado allí en el freno. Hay también termómetros y manómetros y tubos de nivel con grifos pequeñitos y la cadena de pito, una cadena de hierro que se tira de ella y el vapor que silba se queda uno sordo del ruido. Todos los grifos escurren agua o aceite. Había uno que goteaba mucho y yo lo quise cerrar. Salió un abanico de aceite caliente que nos manchó a todos. Cuando cruzábamos un puente de hierro, todo bailaba: la vía, el puente y la máquina; y yo quería que corriera más para que pasáramos el puente antes de que se hundiera. Después volvimos en un tren, pero me aburrió el viaje del vagón.

El tren es también pequeñito, como la máquina. Los vagones son «cajas de cerillas» con asientos de madera

sucios, llenos de gente de los pueblos que lleva alforjas, cestas, gallinas atadas por las patas a las que tiran debajo de los bancos. Llevan a veces conejos, con la tripa abierta, enseñando los riñones morados, y barrilitos de vino o cestas llenas de huevos metidos en paja. A veces, cuando llegamos a una estación, vemos por el camino que viene del pueblo viajeros corriendo por la carretera y haciendo señas para que espere el tren. Y el jefe de la estación les espera. Entran con los bultos y se dejan caer en los asientos, sudando de la carrera, con sus cestas y sus alforjas.

Navalcarnero es la estación más importante de la línea. Tiene un muelle con el techo de cinc y tres vías para hacer maniobras. Al lado de la estación está la fábrica de harinas, haciendo una curva y pasando por debajo de la puerta de hierro. Cuando la puerta está cerrada, hace un efecto raro. Si se equivocaran de aguja, nosotros entraríamos con el tren y todo a través de la verja y nos meteríamos en el fábrica.

La abuela Inés está en la estación esperándonos. Hemos venido la Concha, mi madre y yo. Hasta fin de mes mi hermana y yo nos quedaremos aquí. Cuando se va el tren con mi madre, mi abuela nos coge a cada uno a un lado, nos pasa un brazo por encima de los hombros, de manera que su mano cae delante de nuestro pecho y así, pegados a ella, nos vamos hacia el pueblo. Las manos de mi abuela son grandes como las de un hombre y su brazo es una mole. Con razón la llamamos la «abuela grande». Pesa más de cien kilos y es más alta que casi todos los hombres. Tiene una fuerza enorme y come y bebe como un gañán. Cada vez que va a Madrid, mi tía la invita a comer y ella dice que no. Se va sola, o con uno de nosotros, a casa de Botín, que es un restaurante muy antiguo de Madrid, y manda asar un cochinillo. Se lo come, si no vamos nosotros, ella sola con una fuente grande de lechuga y un litro de vino. Con el tío Luis haría una gran pareja.

Navalcarnero es distinto de los otros pueblos. Está muy cerca de Madrid y además es cabeza de partido. Así que

en el pueblo hay muchos señoritos. Son señoritos que no pueden ser señoritos en Madrid pero que son señoritos en el pueblo. El pueblo está dividido en dos tipos de gentes: unos que visten como en Madrid y otros que van con blusa y pantalón de pana. Hay mujeres con sombreros y con mantilla, y luego, las mujeres del pueblo con refajos, delantal y pañuelo en la cabeza. Hay también un casino de pobres que es una taberna muy grande llena de moscas, y un casino de ricos, que es una especie de café con mesas de mármol. En la iglesia, en medio, hay dos hileras de bancos, y adelante de ellas un grupo de sillas.

En los bancos se sientan los señoritos y en las sillas las señoras. En el resto de la iglesia se colocan los demás, los labradores y los pobres. Sobre las losas de piedra, los labradores que tienen dinero colocan una estera redonda de esparto y en ella una silla con asiento de paja, para la mujer. Los pobres se arrodillan sobre las piedras.

Estas cosas las sé porque, aunque mi abuela no me lleva nunca a la iglesia, yo voy algunas veces. Los domingos me dice mi abuela:

—¿Qué, quieres ir a misa?

Le suelo contestar que sí por dos cosas: una, porque si no fuera sería un pecado, y otra, porque ir solo me causa una sensación rara. La misa en Navalcarnero es distinta a todas las demás: en el colegio, la oímos juntos todos los chicos y llenamos la iglesia; con mi tía estoy esclavo de ella y de sus caprichos y se pasa el tiempo diciéndome que me esté quieto, que me arrodille, que me levante, que no tosa, que no estornude, que esté con las manos quietas, que la distraigo en su devoción.

EL TIEMPO DE LOS REGALOS
PATRICK LEIGH FERMOR

Soldado, viajero y escritor británico, nacido en Londres en 1915. Reside actualmente en Grecia.

Pronto se convirtió en un apasionado viajero que recorrió Europa de uno a otro extremo y en un relevante autor de libros de viaje con los que ha obtenido importantes premios y distinciones.

El tiempo de los regalos, su más reconocida obra, es el primer volumen de una trilogía en la que relata el viaje a pie que a la edad de 18 años le llevó de Holanda a Constantinopla. No se trata sólo de un relato de aventuras, sino de iniciación y conocimiento. No es una simple descripción de los paisajes y la gente que conoce, sino que despliega al mismo tiempo una sugestiva reflexión sobre la cultura europea y sus distintas manifestaciones. Y es que el libro, escrito bastantes años después de la experiencia del viaje (1977), trasluce el bagaje cultural, el repertorio de información histórica, geográfica y artística que el autor ha madurado.

—Con este tiempo tan frío —me dijo el hostelero de un *Gastwirtschaft*, donde me detuve más adelante—, te recomiendo *Himbeergeist*.

Le obedecí y experimenté una conversión instantánea. El licor de frambuesa, o su espectro, esa destilación cristalina, destellante y gélida en la copa empañada, daba la impresión de estar homeopáticamente confabulada con el tiempo. Tomado a sorbos o de un trago, recorría estremecido su nuevo hogar y se ramificaba en pautas (o así me lo pareció tras la segunda copa) como los helechos de hielo que cubren los cristales de una ventana, pero irradiando calor y felicidad en vez de frío, al tiempo que transmite un fantasmal mensaje de bienestar a lo más recóndito de las entrañas. Los duros inviernos originan sus antídotos: Kümmel, Vodka, Aquavit, Danziger Goldwasser. ¡Ah, un dedo del frío norte! Pociones a la vez ardientes y heladas, chispeantes como lentejuelas, capaces de encender cohetes que recorren el torrente sanguíneo, reanimar los miembros derrengados y hacer que los viajeros reanuden con brío su marcha a través del hielo y la nieve. El fuego blanco me enrojecía las mejillas, me calentaba y daba alas. Este descubrimiento hizo que resplandeciera mi aproximación a Linz. Unos pocos kilómetros más adelante, tras un meandro del río, apareció la ciudad, una visión de cúpulas y campanarios reunidos bajo una severa fortaleza y unidos por medio de puentes a una población más pequeña al pie de una montaña en la otra orilla.

Cuando llegué a la hermosa y amplia plaza en el centro de la ciudad, elegí un café de aspecto prometedor, me sacudí la nieve, entré y pedí dos huevos hervidos. *Eier im Glas!*

Esa era mi pasión más reciente. La delicia de golpear los huevos en toda su superficie con una cucharilla de porcelana antes de quitar la cáscara fragmentada y deslizar el frágil e intacto contenido en un vaso; entonces un trozo de mantequilla... alegrías del viajero. Había sido más afortunado de lo que creía al elegir aquel establecimiento, pues

además de matarme el hambre con los huevos, el joven propietario y su mujer me alojaron dos noches en su piso sobre el local. Mejor aún, como el día siguiente era domingo, me prestaron unas botas y fuimos a esquiar. Todo Linz había ido de excursión a Pöstlingsberg, la montaña que se alza en la ribera opuesta, y los esquiadores descendían trazando espirales por sus laderas gélidas y cubiertas de surcos. Como había empezado sin ninguna práctica, no tardé en llenarme de moratones, pero exorcicé la melancolía que experimentara en Salzburgo.

Al atardecer, recorrí Linz, renqueante. Las fachadas con molduras de yeso estaban pintadas de color chocolate, verde, violeta, crema y azul. Los adornos eran medallones en altorrelieve, y las volutas en la piedra y el yeso les daban un aire de movimiento y fluidez. Las ventanas de los primeros pisos eran saledizas, en forma de semihéxagono y con batientes, mientras que en los ángulos eran tres cuartos de cilindro y se alzaban hasta la línea de los aleros, donde trazaban un declive, se estrechaban y volvían a expandirse esféricamente, con idéntica circunferencia, formando animadas cúpulas y globos; bóvedas, pináculos y obeliscos se unían a esas cebollas decorativas a lo largo del horizonte de la ciudad. A nivel del suelo, unas columnas conmemorativas en espiral se alzaban desde las losas de las plazas y elevaban al cielo, similares a los rayos de una custodia, las púas doradas que eran como un estallido de la Contrarreforma. Con excepción de la adusta fortaleza encaramada en la roca, toda la ciudad había sido construida para el placer y el esplendor. Por doquier había belleza, espacio y amenidad. Por la noche, Hans y Frieda, mis anfitriones, me llevaron a una fiesta en una hostería, y a la mañana siguiente me puse en marcha Danubio abajo.

Pero no lo hice de inmediato. Siguiendo la sugerencia de la joven pareja, tomé un tranvía, desviándome unos kilómetros de mi ruta, y luego un autobús, hasta la abadía de San Florián. El gran convento barroco de la orden

agustina se alzaba entre colinas bajas, y las ramas de los millares de manzanos que lo rodeaban estaban cubiertas de líquen y brillantes de escarcha. Los edificios, los tesoros y la maravillosa biblioteca, todo ello, con excepción de los cuadros, forma un blanco resplandeciente en mi memoria. Me quedé un momento ante los campanarios gemelos, con un fraile amigable. Seguí la dirección del dedo con que señalaba, y contemplamos una sucesión de extrañas brechas en las montañas. En línea recta, esa abertura se extiende por el sudoeste a lo largo de más de doscientos cincuenta kilómetros, recorre la parte superior de Austria y llega a los linderos del Tirol y la Alta Baviera, hasta un lugar donde se atisba, como si flotara, la cima del Zugspitze, a medias espectral y a medias brillante.

Cuando di la espalda a esas montañas, los cuadros que había visto en el convento todavía llenaban mi mente, y me entregué a vagas reflexiones sobre el considerable papel que juegan la geografía y el azar en el conocimiento y la ignorancia que uno tiene de la pintura.

En Holanda había pensado que el habitante de las Islas Británicas que no es un experto en arte y se pasea por las galerías conocería los nombres y algunas obras de docenas de pintores holandeses, flamencos e italianos y una veintena de franceses como mínimo. Sin duda también podría nombrar media docena de españoles, y todo gracias a la geografía, la religión, ese viaje a Europa que uno emprende por lo menos una vez en la vida y los caprichos de la moda. Pero la totalidad de sus conocimientos (es decir, la mía) sobre el mundo de habla alemana se reduce a tres nombres: Holbein, Durero y, muy rezagado, Cranach. Holbein, porque parece casi inglés, y Durero porque es la clase de genio que uno no puede dejar de conocer, un fenómeno original y universal, muy adelantado en la cuesta que conduce a la clase de los Da Vinci. Mis recientes visitas a algunas galerías alemanas, sobre todo en Munich, habían ampliado mi visión de Cranach y añadido a la lista los nombres de Altdorfer y Grünewald.



AMÉRICA

AMÉRICA

ROBINSON CRUSOE
DANIEL DEFOE

LA ISLA DEL TESORO
ROBERT LOUIS STEVENSON

COLMILLO BLANCO
JACK LONDON

LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE
RAMÓN J. SENDER

CORAZÓN
F. M.

ROBINSON CRUSOE
DANIEL DEFOE

*Escritor inglés (1660-1731). Estudió para clérigo, pero pronto abandonó por falta de vocación y se dedicó al comercio por Europa hasta que se instaló definitivamente en Londres. Célebre autor de **Robinson Crusoe**, obra inspirada en la estancia solitaria de un marinero escocés llamado Alexander Selkirk en la isla de Juan Fernández en el Océano Pacífico. El libro, cuyo título completo es **Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinson Crusoe de York**, apareció por primera vez en el año 1719. Tanto fue su éxito que ese mismo año Defoe publicó la continuación. El libro describe con todo detalle las diferentes tareas del naufrago y sus esfuerzos para sobrevivir adaptándose a la naturaleza y tratando de dominarla. Es la historia de una soledad que comparte con el lector. Buena parte del libro está escrita en forma de un diario que comienza el 30 de septiembre de 1659. El fragmento seleccionado corresponde a sus páginas iniciales.*

Mi situación empezaba a ser, aunque no menos lastimosa en cuanto al género de vida, sí mucho más llevadera para mi espíritu; y con mis pensamientos elevados, gracias a una constante lectura de las Escrituras y gracias a la oración a Dios, a cosas de más alta naturaleza, sentía un gran consuelo interior, del que hasta entonces nada había sabido; y como me habían vuelto la salud y las fuerzas, me puse a proveerme de todo lo que necesitaba, y a hacer mi manera de vivir tan regular como era posible.

Desde el 4 hasta el 14 de julio me ocupé, principalmente, en hacer salidas con la escopeta en la mano, muy cortas todas ellas, como alguien que está haciendo acopio de fuerzas después de haber sufrido una enfermedad: porque es difícil de imaginar lo abatido que estaba y el grado de debilidad a que me veía reducido. La medicina que empleé era completamente nueva, y quizá nunca antes de entonces había curado unas fiebres intermitentes, ni yo puedo recomendar a nadie que se sirva de ella y haga esta prueba; y aunque me quitó la fiebre, sin embargo más bien contribuyó a debilitarme; ya que durante algún tiempo tuve frecuentes espasmos nerviosos en las extremidades.

De esto saqué también otra enseñanza, la de que salir durante la estación lluviosa era lo más pernicioso para mi salud que podía existir, especialmente cuando las lluvias iban acompañadas de tormentas y huracanes; ya que como la lluvia que cayó en la estación seca iba casi siempre acompañada de tales tormentas, noté que esta lluvia era mucho más peligrosa que la lluvia que caía en septiembre y octubre.

Había pasado ya en esta desdichada isla más de diez meses; toda posibilidad de ser salvado de esta situación parecía haberse desvanecido por completo; y yo estaba firmemente convencido de que ningún ser humano había pisado jamás aquel lugar. Habiendo ya fortificado mi morada, a la perfección, según yo creía, tenía un gran deseo

de conocer más perfectamente la isla, y de ver qué otros productos podía encontrar de los que yo nada sabía aún.

Fue el 15 de julio cuando empecé a hacer un reconocimiento más detenido de la isla. Subí primero hasta la cala, donde, como ya he indicado, había llevado mis balsas a tierra; después de haber remontado la corriente unas dos millas, noté que la marea ya no subía más arriba, y que allí no había más que un arroyo de agua muy fresca y buena; pero como estábamos en la estación seca, en algunos sitios apenas tenía agua, y en todo caso no llevaba la suficiente como para considerarlo un riachuelo, al menos por lo que parecía.

En la orilla de este arroyo encontré muchas y hermosas sabanas o parados, llanos, suaves y cubiertos de hierba; y en las partes más elevadas, junto a los terrenos más altos, que el agua, como puede suponerse, nunca llega a cubrir, encontré gran cantidad de tabaco, verde, y creciendo en matas grandes y lozanas; había también otras plantas diversas que nunca había visto y de las que nada sabía, y que quizás tenían sus virtudes, que no pude descubrir.

Busqué la raíz de cazabe, con la que los indios de todas aquellas latitudes hacen pan, pero no encontré ninguna. Vi grandes plantas de áloe, pero entonces no las conocía. Vi varias cañas de azúcar, pero silvestres, y, por falta de cultivo, defectuosas. Me contenté con estos descubrimientos por aquella vez, y regresé meditando sobre cómo podía llegar a conocer las virtudes y propiedades de todas las plantas y frutos que descubriría; pero no pude llegar a ninguna conclusión; porque, en resumen, había sido tan poco observador mientras estaba en el Brasil, que era poco lo que sabía de las plantas del campo, al menos muy poco que pudiera servirme para algo ahora en mi desgracia.

Al día siguiente, el 16, seguí otra vez el mismo camino, y después de haber ido un poco más lejos que el día anterior, descubrí que el arroyo y las sabanas no se prolongaban mucho más, y que el terreno se hacía más selvoso que antes; en esta parte encontré diferentes frutos, y sobre todo melones en

tierra, en gran abundancia, y uva en lo alto de los árboles; las viñas se habían enzarzado en los árboles, y los racimos de uva estaban precisamente entonces en su sazón, muy maduros y dulces; éste fue un asombroso descubrimiento que me produjo una extraordinaria alegría; pero mi experiencia me previno de comer moderadamente de ellos, recordando que, cuando estaba en Berbería, varios ingleses que se hallaban allí como esclavos habían muerto por comer uva, que les causó flujos de vientre y fiebres. Pero encontré una excelente manera de aprovechar los racimos, y que fue dejarlos madurar o secarlos al sol, y conservarlos como se conserva la uva seca o pasa, con lo cual pensé serían, como así fue, un manjar sano y agradable al paladar, cuando no se pudiera conseguir uva fresca.

Pasé allí toda la tarde, y ya no regresé a mi morada, lo cual, dicho sea de paso, fue la primera noche en que puedo decir que dormí fuera de casa. Al llegar la noche me acogí al primer recurso, y me subí a un árbol, en donde dormí bien, y a la mañana siguiente seguí con mis descubrimientos, caminando cerca de cuatro millas, según juzgaba por la extensión del valle, continuando aún en dirección norte, teniendo al sur y al norte, delante de mí, toda una cadena de colinas.

Al final de esta excursión llegué a un descampado, en donde el terreno parecía descender hacia el oeste, y un arroyuelo que nacía de la falda de la colina que tenía junto a mí, corría en dirección contraria, esto es, hacia el este; y el lugar parecía tan fresco, tan verde, tan florido, todo el perenne verdor y floración de primavera, que parecía cuidado por manos humanas.

Bajé un poco por el costado de aquel delicioso valle, contemplándolo con una especie de oculto placer (aunque mezclado con mis otros pensamientos de aflicción) pensando que todo aquello era mío, que yo era rey y señor incontestable de toda aquella tierra y que tenía sobre ella derecho de propiedad; y que si hubiera sido transportable

la hubiera podido dejar en herencia, como hace cualquier *lord* en Inglaterra con su mayorazgo. Allí vi abundancia de árboles de cacao, naranjos y limoneros y cidros; pero todos silvestres, y muy pocos con fruto, al menos no entonces. Sin embargo, las limas verdes que cogí no sólo eran agradables al paladar, sino también muy sanas; y más adelante, mezclando su jugo con agua, conseguí una bebida muy sana, y muy refrescante y confortadora.

Comprendí entonces que ya tenía bastante trabajo en recoger cosas y llevarlas a casa; y decidí almacenar, tanto uva como limas y limones, a fin de proveerme para la estación húmeda, que sabía se estaba acercando.

Con este objeto formé un gran montón de uva en un lugar, y un montón más pequeño en otro, y un gran paquete de limas y limones en otro lugar; y cogiendo conmigo un poco de cada cosa, volví a casa, y decidí regresar otra vez y traer una bolsa o saco, o lo que pudiera hacerme, para llevar el resto a mi morada.

Así pues, habiendo empleado tres días en este viaje, volví a casa; así es como llamo desde ahora a mi tienda y mi cueva. Pero antes de llegar, la uva se había echado a perder; lo dulce de la fruta y lo jugosa que era, la habían hecho romperse y machacarse, y servía ya para poco o para nada; en cuanto a las limas, eran buenas, pero sólo pude traer unas pocas.

Al día siguiente, que era el 19, volví allí, habiéndome fabricado dos saquitos para traer a casa la cosecha; pero quedé sorprendido al llegar ante el montón de uva, que era tan jugosa y bonita cuando la recogí, y la encontré toda desparramada, parte de ella pisoteada y arrastrada por el suelo, unos racimos por allí, otros por allá, y mucha parte mordida y devorada; de lo cual deduje que había por los alrededores animales salvajes que habían hecho aquello; pero no sabía qué animales eran éstos.

Sin embargo, viendo que no podía dejar la fruta amontonada, ni tampoco llevármela en un saco, ya que de una manera se destrozaba y de otra su propio peso la

machacaba, tomé otra determinación; y así, reuní una gran cantidad de racimos y los colgué de las ramas salientes de los árboles, para que maduraran y se secaran al sol; y en cuanto a las limas y limones, llevé a casa tantos como pude cargar.

Mientras volvía a casa de este viaje, reflexionaba con gran placer sobre la fertilidad de aquel valle y lo placentero de su situación, al abrigo de las tormentas en aquella parte del agua y del bosque, y concluí que para instalarme había elegido el que era con mucho el peor sitio de la región.

Ante todo lo cual, empecé a considerar la posibilidad de cambiar de residencia y buscar un lugar tan seguro como el que entonces ocupaba, situado, si era posible, en aquella agradable y fértil parte de la isla.

Esta idea me rondó mucho por la cabeza, y la acogí con extraordinario agrado durante algún tiempo, ya que lo placentero del lugar me tentaba; pero cuando empecé a mirarlo más cerca y a considerar que yo estaba ahora a orillas del mar, donde al menos era posible que se produjera algo que fuera en mi provecho, y por donde la misma mala estrella que me había traído a mí aquí podía traer a otros desdichados al mismo lugar, aunque era poco probable que tal cosa ocurriera, encerrarme entre colinas y bosques, en el centro de la isla, era anticiparme a mi cautiverio, y hacer de un azar así, no sólo algo improbable sino también imposible; y por lo tanto, no debía en modo alguno cambiar de lugar.

Sin embargo, estaba tan enamorado de este paraje, que pasé allí gran parte de mi tiempo, del resto del mes de julio; y aunque después de pensármelo bien decidí, como he dicho más arriba, no mudarme, me construí una especie de pequeña cabaña, y a cierta distancia la rodeé de una sólida valla, formada por un doble seto, tan alto como pude, bien clavado en el suelo y relleno de maleza; allí dormía con toda seguridad a veces dos o tres noches seguidas, siempre entrando por una escalera, como solía; así que me imaginaba tener una casa de campo y una casa a orillas del mar; y este trabajo me ocupó hasta principios de agosto.

Apenas había terminado la valla y empezado a disfrutar de mi obra, cuando vinieron las lluvias y me impidieron salir de mi primera casa; porque, aunque me había hecho una tienda como la otra, con un pedazo de vela que quedaba muy bien extendida, no tenía la protección de una colina para defenderme de las tempestades, ni una cueva detrás donde guarecerme cuando se desatasen las lluvias con toda su violencia.

Hacia principios de agosto, como he dicho, había terminado la cabaña y empecé a disfrutar de ella. El 3 de agosto vi que la uva que había colgado estaba completamente seca, y la verdad es que eran excelentes pasas soleadas; por lo tanto empecé a descolgarlas de los árboles, y aquella fue una idea feliz; ya que las lluvias que siguieron las hubieran podrido y yo hubiese perdido la mejor parte de mis provisiones de invierno; porque tenía más de doscientas ristras grandes; apenas las había descolgado y transportado a mi cueva, cuando empezó a llover, y a partir de este momento, y estábamos a catorce de agosto, llovió mas o menos todos los días, hasta mediados de octubre; y a veces con tanta fuerza, que no me era posible salir de mi cueva durante varios días.

En esta estación quedé muy sorprendido con el aumento de mi familia. Había estado preocupado por la pérdida de una de mis gatas, que había huido o, según yo pensaba, había muerto, y no volví a saber nada más de ella hasta que, ante mi asombro, volvió a casa hacia finales de agosto, con tres gatitos; esto fue lo que más me extrañó, porque aunque yo había matado a un gato montés, al menos yo lo llamé así, con mi escopeta, creía que eran de una especie totalmente distinta de nuestros gatos europeos; pero los gatitos eran de la misma especie doméstica que la madre; y como mis dos gatas eran hembras, lo consideré como muy extraño; pero con el tiempo, estos tres gatos se multiplicaron de tal modo que me vi invadido de gatos, y obligado a matarlos como alimañas o fieras y a echarlos de mi casa como podía.

LA ISLA DEL TESORO
ROBERT LOUIS STEVENSON

*Escritor británico. Nació en Edimburgo en 1850 y murió en Vailina (Samoa) en 1894. Estudió leyes en la Universidad de su ciudad natal, pero no ejerció la abogacía debido a una enfermedad pulmonar. Realizó numerosos viajes que relata en libros como **Travesía continental**, que es un recorrido fluvial por Bélgica y Francia. En 1883 consigue un gran éxito con una novela emblemática para jóvenes titulada **La Isla del Tesoro**, de la cual hemos seleccionado un fragmento. Después de vivir entre Francia y Suiza se instala en la isla de Samoa hasta su muerte, donde escribe **En los mares del Sur**. Stevenson es un autor optimista y dinámico, de una gran entereza moral que plasma en otra de sus obras más entretenidas como **La flecha negra**.*

El primer golpe

Estaba tan contento de haber conseguido escapar de John el Largo, que empecé a disfrutar y a mirar a mi alrededor con cierto interés aquel lugar desconocido en el que me encontraba.

Había atravesado una ciénaga llena de sauces, juncos y extraños y exóticos árboles palustres y había alcanzado la linde de un calvero ondulado y arenoso, de aproximadamente una milla de largo, salpicado con unos cuantos pinos y una gran número de árboles retorcidos, bastante parecidos al roble, aunque de hojas más pálidas, como las de los sauces. En el extremo opuesto del calvero se elevaba uno de los cerros, con sus dos picachos escarpados de extraña silueta que relucían al sol.

Por primera vez sentí la emoción del explorador. La isla estaba desierta; había dejado atrás a mis compañeros de barco y frente a mí no tenía más que fieras y aves. Anduve de un lado para otro por entre los árboles; de trecho en trecho florecían plantas que me eran desconocidas; vi algunas serpientes; una de ellas asomó la cabeza por detrás de una roca y siseó, emitiendo un sonido que se parecía al de una peonza al girar. Estaba lejos de suponer que se trataba de un enemigo mortal, y aquel sonido, el del famoso cascabel.

Entonces llegué a un soto de aquellos árboles de hojas pálidas parecidos al roble y que luego supe que eran robles vivaces o perennes, que crecían a ras de la arena como zarzas, con las ramas extrañamente retorcidas y el follaje espeso como el bálago. El soto cubría la pendiente de uno de los montículos arenosos, haciéndose cada vez menos espeso y más alto, hasta llegar a orillas de una gran ciénaga llena de cañas atravesada por uno de los arroyuelos que iba a desembocar en el fondeadero. El marjal humeaba bajo los fuertes rayos del sol y el perfil del cerro del Catalejo oscila-

ba a través de la bruma. De repente se oyó cierto alboroto por entre los juncos. Un pato salvaje echó a volar con un graznido. Otro le siguió y al momento la superficie del cañaveral quedó cubierta por una nube de aves que gritaban y dibujaban círculos en el aire. Supuse inmediatamente que algunos de mis compañeros de a bordo estarían cerca de la ciénaga. Y no me equivoqué, pues al momento oí los distantes y apagados tonos de una voz humana; escuché más atentamente y comprendí que se iba acercando, pues se oía cada vez más fuerte.

Me dio mucho miedo y me arrastré hasta un roble vivaz cercano, bajo el cual me cobijé, atento a lo que sucedía y más callado que un muerto.

Se oyó la respuesta de otra voz; a continuación la primera, que identifiqué como la de Silver, volvió a coger el hilo de la conversación y siguió oyéndose durante un buen rato ininterrumpidamente, salvo alguna intervención de la segunda. Por el tono comprendí que aquellos hombres discutían, o que casi se peleaban; pero no alcancé a distinguir ninguna palabra.

Al cabo de un rato me pareció que se callaban, o incluso que se habían sentado, porque no sólo sus voces dejaron de aproximarse, sino que las propias aves se fueron calmando y regresaron a sus puestos en la ciénaga.

Entonces empecé a pensar que no estaba cumpliendo con mi misión; ya que había sido tan temerario como para desembarcar con aquellos malhechores, lo menos que podía hacer era espiar sus conciliábulos; mi tarea debía consistir pura y simplemente en acercarme a ellos lo más posible, emboscado tras las ramas bajas de los árboles.

Podía localizar con bastante exactitud a los hombres, no sólo por el sonido de sus voces, sino también por el comportamiento de los escasos pájaros que todavía revoloteaban alarmados por encima de las cabezas de los intrusos.

Lentamente, me fui arrastrando a gatas hacia ellos, hasta que por fin, asomando la cabeza por un claro del follaje, tuve ante mi vista una pequeña cañada verde junto a la ciénaga, bordeada de una apretada fila de árboles, donde John Silver el Largo y uno de los marineros conversaban frente a frente.

El sol caía de plano sobre ellos. Silver había arrojado su sombrero al suelo, a su lado, y alzaba hacia el otro hombre su gran rostro aplastado y rubicundo, perlado de sudor, casi suplicante.

—Compadre —le estaba diciendo—, es porque creo que vales más que el oro en polvo, te lo aseguro. Si no te tuviera en tanta estima, ¿crees que estaría aquí avisándote? La suerte está echada, no hay vuelta atrás. Te lo digo para salvarte el pellejo. Y si alguno de esos fieras se enterara, ¿qué sería de mí, Tom? Dime, Tom, ¿qué sería de mí?

—Silver —dijo el otro, y observé que no sólo estaba acalorado, sino que graznaba como un cuervo y su voz vibraba como una cuerda en tensión—. Silver —continuó—, eres viejo y honrado, o al menos tienes fama de serlo; además, tienes dinero, cosa que muchos pobres marineros no tienen; y eres valiente, o estoy muy equivocado. ¿Y me dices que te vas a unir a esa pandilla de canallas? ¡No me lo creo! Tan cierto como que Dios me ve, pondría la mano en el fuego por ti. Si no cumplo con mi deber...

De repente, un ruido lo interrumpió. No había hecho más que descubrir a uno de los marineros leales cuando en aquel mismísimo momento me llegaban noticias de otro. A lo lejos en la ciénaga se oyó de repente un sonido como un grito de rabia y, después de aquél, otro; y luego un chillido espantoso y prolongado. Las peñas del Catalejo lo repitieron múltiples veces. Toda la bandada de aves acuáticas volvió a echar a volar oscureciendo el cielo y aleteando al unísono.

Aquel grito de agonía seguía resonando en mi cabeza mucho después de que el silencio reinara de nuevo, y de

que sólo el roce de las aves que volvían a posarse y el rumor distante de las olas perturbaran la modorra de la tarde.

Tom se puso en pie de un brinco al oír aquel grito, como un caballo espoleado. Pero Silver ni pestañeó. Se quedó donde estaba, apoyado en la muleta, vigilando a su compañero como una serpiente dispuesta a saltar sobre su presa.

—John —dijo el marinero, tendiéndole la mano.

—¡Las manos quietas! —gritó Silver retrocediendo unos pasos, me pareció a mí, con la presteza y la seguridad de un avezado gimnasta.

—Las manos quietas si así lo quieres, John Silver —dijo el otro—. Si me tienes miedo, será porque no tienes la conciencia tranquila. Pero, por todos los santos, dime qué ha sido eso.

—¿Eso? —replicó Silver con una gran sonrisa, pero reforzando la guardia, con los ojos que parecían cabezas de alfiler en su ancho rostro, brillando como si fueran cachitos de cristal—. ¿Eso? Me parece que era Alan.

Al oír aquellas palabras, el pobre de Tom se incorporó como un héroe y declaró:

—¡Alan! ¡Que Dios tenga en su gloria a ese marinero de pro! En cuanto a ti, John Silver, hemos sido compañeros mucho tiempo, pero ya no lo somos. Aunque tenga que morir como un perro, moriré cumpliendo con mi obligación. Habéis matado a Alan, ¿verdad? Pues mátame a mí si es que puedes. Veremos si te atreves.

Y según decía esto, aquel valiente dio media vuelta y echó a andar hacia la playa, dándole la espalda al cocinero. Pero no iba a llegar muy lejos. John lanzó un grito, se agarró a la rama de un árbol, cogió la muleta que llevaba bajo el brazo y lanzó aquel proyectil improvisado con todas sus fuerzas por el aire. La muleta alcanzó al pobre de Tom, clavándosele la punta con asombrosa violencia justo entre las paletillas, en plena espalda. Tom alzó las manos, emitió una especie de gemido y cayó al suelo.

COLMILLO BLANCO
JACK LONDON

*Novelista estadounidense (1876-1916). Huérfano de padre, se cría en las calles de Oakland en la Costa Oeste. Desde muy joven experimenta «la ley del más fuerte»: desde aprender a defenderse a tener que trabajar en los oficios más duros para sobrevivir y mantenerse. A los doce años se enrola en un barco que hace la ruta del Gran Norte, donde se cazan las focas. Regresa a San Francisco, se casa e ingresa en la conocida Universidad de Berkeley. Pero pronto abandona sus estudios y a su mujer para seguir a los aventureros poseídos por la fiebre del oro. Sus obras están llenas de alusiones a la vida dura y a la lucha por la supervivencia. De ello dan fe algunos de los títulos de sus obras, como **La llamada de lo salvaje**, **El lobo de mar** o **Colmillo Blanco**.*

Hemos seleccionado un fragmento de esta última obra escrita en 1906. Está protagonizada por un perro lobo salvaje que se guía por sus instintos naturales, no menos feroces que los de los hombres.

Un oscuro bosque de abetos se extendía a ambos lados de la helada corriente de agua. El viento había desnudado los árboles de su blanca capa de escarcha y parecían apoyarse los unos en los otros, negros y amenazadores, bajo la luz incierta del atardecer. Un profundo silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma estaba desolada, yerma, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu no era ni tan siquiera el de la tristeza. Había en ella una insinuación de carcajada, pero de una carcajada más terrible que la de cualquier tristeza; una carcajada sin alegría, como la sonrisa de la esfinge; una carcajada fría como el hielo, partícipe de la severidad de lo inexorable. Era la imperiosa e incomunicable sabiduría de la eternidad riéndose de la futilidad de la vida y del esfuerzo de vivir. Eran las Tierras Vírgenes, la soledad salvaje, el helado corazón de los desolados yermos del Norte.

Sin embargo, había vida; allí fuera, en aquella tierra de desafío. Aguas abajo, sobre el río helado avanzaba con dificultad una fila de perros de trineo. Sus pelos rizados estaban cubiertos de una fina capa de escarcha; sus respiraciones se helaban en forma de nubecillas de vapor que se congelaban en sus cuerpos formando cristales de escarcha. Arneses de cuero sujetaban a los perros y unas correas, también de cuero, los unían al trineo que se arrastraba más atrás. El trineo no llevaba cuchillas. Estaba hecho de resistente corteza de abedul y toda su extensión descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo se levantaba como un pergamino para poder aplastar la superficie ondulante de nieve blanda sin hundirse en ella. Sobre el trineo, perfectamente atada, había una larga y estrecha caja rectangular. También había otras cosas sobre las mantas que cubrían el trineo: un hacha, una cafetera y una sartén; pero la que ocupaba la gran parte del espacio era la larga y estrecha caja rectangular.

Por delante de los perros, sobre unas grandes raquetas de nieve, caminaba con dificultad un hombre. Y en la parte trasera lo hacía un segundo. Sobre el trineo, en la caja, yacía un tercero —cuyo difícil caminar había cesado definitivamente—; un hombre al que lo salvaje había conquistado y derrotado hasta hacerle imposible luchar más. A las Tierras Vírgenes no les gusta el movimiento. La vida es una ofensa para ellas, pues la vida es movimiento; y el objetivo de las Tierras Vírgenes es siempre destruir el movimiento. Hielan las aguas para impedir que corran hasta el océano, chupan la savia de los árboles hasta que congelan sus esforzados corazones vegetales; pero con quien son más feroces y hostiles es con el hombre, al que acosan y aniquilan hasta que lo someten; al hombre, que es el más inquieto de los vivos, siempre rebelde contra el dictamen que proclama que todo movimiento debe, al final, desembocar en la quietud.

Pero al frente y en la parte trasera, libres de temor e indomables, caminaban los dos hombres que todavía no habían muerto. Sus cuerpos estaban cubiertos con pieles y cuero. Sus pestañas, mejillas y labios estaban tan cubiertos por los cristales de su propio aliento helado que apenas podían distinguirse sus rostros. Esto les daba la apariencia de máscaras fantasmagóricas, responsables en un mundo de espectros del funeral de algún fantasma. Pero bajo aquella apariencia eran dos hombres que penetraban en una tierra de desolación, escarnio y silencio; insignificantes aventureros abatidos por una aventura colosal, se compadecían a sí mismos ante la fortaleza de un mundo tan remoto, extraño y sin pulso como los abismos del espacio sideral.

Avanzaban mudos, reservando la energía de sus respiraciones para el trabajo de sus cuerpos. A cada lado se extendía el silencio que los empujaba con su presencia casi tangible. Afectaba a sus mentes de la misma forma que las atmósferas en aguas profundas afectan al cuerpo del buzo. Los aplastaba con el peso de su infinita vastedad

y su inalterable condición. Les exprimía las regiones más recónditas de sus mentes, extrayendo, como el zumo de la uva, todos los falsos ardores, exaltaciones e indebidos valores del alma humana, hasta que ellos mismos se sentían finitos y pequeños, motas y partículas diminutas moviéndose gracias a su débil astucia y poca agudeza a través de la obra e interacción de los grandes elementos y de las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Pasaron una hora y dos. La pálida luz del corto día sin sol estaba comenzando a diluirse en las tinieblas, cuando de pronto un desmayado y lejano aullido se levantó en el silencio. Se elevó al cielo con rauda ímpetu hasta que alcanzó su nota más alta, en la que se sostuvo, palpitante y tenso, y después fue extinguiéndose poco a poco. Y aquél habría sido un gemido perdido y profundo de no estar investido de anhelante ferocidad y hambrienta impaciencia. El hombre que iba delante volvió la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los del que iba detrás. Y entonces, por encima de la estrecha caja rectangular, ambos movieron la cabeza significativamente.

Un segundo aullido se elevó, penetrando el silencio con aguda estridencia. Los dos hombres localizaron el sonido; procedía de la parte trasera del trineo, de algún lugar en la extensión de nieve que acababan de atravesar. Un tercer aullido remontó el silencio en respuesta, también en la parte de atrás, aunque algo más a la izquierda del segundo.

—Nos persiguen, Bill —dijo el hombre que iba al frente.

Su voz sonó ronca e irreal y pronunció aquellas palabras haciendo un evidente esfuerzo.

—La carne escasea —respondió su compañero—. No he visto un conejo desde hace días.

A partir de entonces no volvieron a hablar, aunque sus oídos estaban atentos a los aullidos de caza que continuaron detrás de ellos.

Cuando cayó la noche, desviaron a los perros hacia un

grupo de abetos al borde del río y montaron un campamento. El ataúd, cerca del fuego, cumplió la función de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados en la zona más alejada del fuego, gruñían y reñían entre ellos, pero daban clara muestra de no querer internarse en la oscuridad.

—Me parece, Henry, que se han quedado bastante cerca del campamento —comentó Bill.

Henry, en cuclillas muy cerca del fuego mientras preparaba en un cazo el café con un bloque de hielo, movió la cabeza afirmativamente. No pronunció ni una palabra hasta que estuvo sentado en el ataúd y comenzó a comer.

—Saben dónde están a salvo —dijo—. Antes prefieren comer a ser comidos. Para ser perros, son bastante listos.

Bill sacudió la cabeza.

—Oh, no sé.

Su compañero le miró con curiosidad.

—Es la primera vez que te oigo insinuar que no son listos.

—Henry —dijo el otro, masticando con decisión las judías que estaban comiendo—, ¿no te has dado cuenta de la forma en que han alborotado cuando les daba de comer?

—Han armado más bullicio de lo normal —reconoció Henry.

—¿Cuántos perros hemos traído, Henry?

—Seis.

—Bien, Henry... —Bill se detuvo un instante para que sus palabras adquirieran más significado—. Como te estaba diciendo, Henry, hemos traído seis perros. Cogí seis peces de la bolsa, uno para cada perro, y... Henry, me faltó un pescado.

—Habrás contado mal.

—Hemos traído seis perros —reiteró el otro sin apasionamiento—. Saqué seis peces. Una Oreja se quedó sin el suyo. Volví luego a la bolsa y le di su pescado.

—Sólo hemos traído seis perros —dijo Henry.

—Henry —continuó Bill—, no te diré que sean todos perros, pero son siete los que han comido pescado.

Henry dejó de comer y, a través del fuego, contó los perros.

—Ahora sólo hay seis —dijo.

—Vi al otro alejarse por la nieve —comentó Bill con fría decisión—. Vi siete.

Su compañero le miró compasivamente y dijo:

—Me voy a poner la mar de contento cuando acabe este viaje.

—Qué quieres decir con eso? —preguntó Bill.

—Quiero decir que la carga que llevamos te está trastornando y que estás empezando a ver cosas.

—Ya he pensado en eso —respondió Bill muy serio—. Y aun así, cuando vi que había salido corriendo por la nieve, miré y vi sus huellas. Entonces conté los perros y seguía habiendo seis. Las huellas están ahí en la nieve. ¿No quieres echarles un vistazo? Te las enseñaré.

Henry no contestó, sino que continuó masticando en silencio, hasta que finalizó su colación con una taza de café. Se limpió la boca con la palma de la mano y dijo:

—Entonces, ¿estás pensando que era...?

Un aullido largo, terriblemente triste, procedente de alguna parte en la oscuridad, le interrumpió.

LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE
RAMÓN J. SENDER

*Novelista nacido en 1901 en Chalamera de Cinca (Huesca), muere en San Diego (California) en 1982. Ejerce como profesor de Literatura en diversas universidades de Estados Unidos, país donde residió obligado por el exilio tras la guerra civil española. **Réquiem por un campesino español** es su novela corta más señera. Ambientada en la guerra civil, cuenta el asesinato de un joven delatado por el cura del pueblo. La Historia de España, la Conquista de América y lo que cabría considerar sus «memorias idealizadas» en la **Crónica del alba**, son sus temas principales. **La aventura equinoccial de Lope de Aguirre** recrea la conquista del continente americano por los españoles, cuando éstos, al mando de Lope de Aguirre, se adentran en las profundidades de la selva e inmensidad del Amazonas. Psicología, realismo y cruel verosimilitud son recursos de los que echa mano Sender para proyectarnos a unos personajes que abordan una empresa colosal.*

Pero al indio que se salvó le valió de poco, ya que días después, cuando estuvieron acabadas las jarcias y completo el velámen, acordó Lope dejar en aquella población a cien indios y a él entre ellos. Los indios suplicaban que no los dejaran en aquella tierra de caníbales y Lope dijo que no había lugar en los bergantines para tanta gente, que las chatas no navegarían por la mar abierta y que tampoco podían llevar a bordo comida para todos una vez fuera del Amazonas.

Al salir de aquel poblado hubo sin embargo como siempre entre los negros fiestas y jolgorio. Mezclándose con aquellos bailaron los indios indígenas y las indias, también. Esta vez era Juan Primero quien dirigía con una voz falsamente atiplada:

*Cada agua tiene una reina
la pequeña y la grande.
—Guedé
—Y la agüita del llover,
la del río que es muy grande
yo me la voy a beber.
—Guedé.
—¿Dónde, la reina del agua?
—Guedé*

Luego dijo Juan Primero que no había que hacer llorar a los pájaros. También los animalitos de pluma o pelo sufrían la *tarumba* del equinoccio y los peces pañas del río. No había que hacerlos llorar, a los pájaros. El paje Antoñico decía que él había visto llorar a dos en una rama, pero en otro pueblo anterior.

Algunas mujeres de las que bailaban en el corro de los negros eran bastantes hermosas, para indias, y usaban las mismas tangas que los marañones habían visto desde los

territorios de Machifaro, una delante cubriendo el pubis y otra detrás.

En el baile a veces hacían movimientos obscenos y las dos tangas chocando en la entrepierna a compás producía en algunos indios una excitación visible. Otros indios llamaban a aquellas piezas de cerámica *babal*.

Las mujeres las llevaban atadas a la cintura con hilos vegetales fuertes y delgados, cuyo color se confundía con el de la piel, pero que se acusaban por la presión que hacían en ella.

Al día siguiente iban a salir de aquel lugar cuando el soldado Alonso Esteban reconoció el pueblo como Corpus Christi —así lo había bautizado Orellana diez años antes—. Esteban se sintió de pronto muy locuaz y comenzó a contar que en aquel lugar los soldados de Orellana fueron bien recibidos, especialmente por las mujeres indias en cuya compañía pasaron algunos días muy gustosos. Entonces dijo Lope de Aguirre que comprendía por qué había muchachos con ojos castellanos, entre los indios.

Esteban añadía que la expedición de Orellana llevaba un cronista, el padre Gaspar de Carvajal. Aquel fraile había escrito todo lo que vió y Esteban decía guiñando un ojo: «Pero se olvidó de apuntar las intimidades de los soldados con las indias, que como ven vuestas mercedes son más hermosas que en otras partes».

Y reían mientras la brisa balanceaba en la antena los lazos de cuerda que colgaban perezosamente, sin cuerpo alguno ya y como si esperaran otros que reemplazaran a los que sacaron y dieron sepultura, una sepultura lo más honda posible para que no se los comieran los bailarines.

Aquellos indios creían en la resurrección y Lope se burlaba, pero Pedrarias dijo:

—¿Por qué no? Bien mirado no es un milagro mayor resucitar que nacer.

Un momento se quedó Lope pensativo y luego dijo: «Este Pedrarias acabará fraile cartujo, que yo lo conozco bien».

Llegaron seis días después a unas casas fuertes que no lejos de las márgenes del río tenían los indios sobre las puntas de maderos altos cercados por abajo con trochas y aspilleras para flechar a salvo. Envió Lope algunos arcabuceros, pero al avanzar de frente recibieron dos de ellos heridas de flecha. Sospechaban que las flechas llevaban curare y uno de los soldados quería volver al real cuando otro le dijo:

—Con la ponzoña se vive tres o cuatro horas todavía y ese espacio basta para salir adelante con este trabajo. Si hemos de morir, hagamos antes nuestra obligación.

Los heridos siguieron avanzando. Fueron a rodear a los indios por lugares más accesibles, pero al entrar en las casas vieron que habían podido escapar.

Ni en aquella ni en otras viviendas encontraron comida alguna. Sólo hallaron algunos panes de sal cocida que llevaron consigo porque estaban en gran necesidad de ella. En verano la sal es más necesaria que en invierno y allí era siempre verano.

Al volver, los heridos se encontraban bien y más tarde comprobaron que las flechas que los hirieron no tenían el betún fatal. No tardaron en curar.

Desde los Caperuzos a aquella población habían navegado mil trescientas leguas, contando con las revueltas que daba el río. Tres días se detuvieron allí para completar el repuesto de agua dulce de la que fueron llenando las grandes tinajas que tenían.

A los dos días de llegar se presentaron algunos centenares de piraguas llenas de indios de guerra que parecían dispuestos a atacar. Por fortuna, las flechas que llevaban tampoco estaban envenenadas y así lo comprobó Lope de Aguirre, que con una de ellas frotó y escorchó a Pedro Gutiérrez, antiguo amigo de Ursúa, en el brazo, sin que muriera.

Por cierto que Gutiérrez protestó:

—Haga vuesa merced la prueba con un negro —dijo.

—No. Yo los necesito, los negros.

—¿Para qué?

—Para dar garrote a vuesa merced si se terciá.

Vaciló un momento Gutiérrez y luego soltó a reír y comentó:

—¡Vive Dios, que hasta la muerte es ya cosa de risa en estos lugares!

Los indios no atacaron. Por el contrario, les llevaron víveres. Siguieron un día más tarde el viaje y encontraron un pueblo bastante grande. Cuando lo vio Esteban comenzó a dar voces:

—Esta es la tierra de las amazonas, que yo me acuerdo bien.

Le preguntaba Lope de Aguirre si había allí mantenimiento u oro o algún otro bien natural.

—Mujeres. Aquí sólo hay mujeres que pelean. —Eso decía y volvía a repetir obsesionado—: En esas orillas blancas delante del bosque es donde comienza la tierra de las amazonas.

Lo decía desde el puente del bergantín, señalando una vastísima extensión. Algunos soldados bajaron sin fiarse mucho y con las armas puestas, lo que como siempre les daba un calor agónico. El único que parecía no sentirlo ese calor era Lope de Aguirre.

Años antes había pasado por allí Orellana y el fraile que iba con la expedición, fray Gaspar de Carvajal, había escrito las cosas que vio que no fueron pocas.

Antes de llegar allí los indios de otros lugares les habían advertido que tuvieran cuidado con las mujeres de aquella región, que eran más peligrosas que los hombres. El cacique Aparia, el que requirió de amores a la Torralba, les había dicho también en la isla de los omaguas que recelaran de las *coniupuiaras*. Según los que sabían el idioma de la región, el cacique debió decirles: *Reciquié cuñan puisara*.

Había que tener cuidado, pero no la clase de cuidado que tuvo Orellana sino otro muy distinto, porque los primeros indios que aparecieron en sus piraguas o en la playa delante de los barcos de Orellana no parecían de guerra y reían amis-

tosos y decían a los españoles: «Bajad aquí y os llevaremos a las amazonas, que nos han mandado venir para eso». Y seguían riendo. Eso era lo malo, que reían. Los españoles han sido siempre demasiado sensitivos para la risa de los desconocidos lo mismo en los salones de la corte que en las orillas del Amazonas. Y los soldados dispararon no sólo ballesta sino también arcabuces. Hubo algunos indios muertos y muchos más heridos. Los indios supervivientes corrieron espantados a los pueblos de las amazonas que no estaban lejos.

Entonces las amazonas salieron armadas de arco y flecha y algunas con jabalinas de palo muy duro y puntiagudo. A primera vista se podía comprobar que eran ellas quienes mandaban y no los hombres. Estos no se atrevían a hacer nada sin su autorización.

Hecha aquella manifestación de fuerza, los españoles de Orellana acostaron dos bergantines y se dispusieron a bajar, pero las amazonas y los indios a sus órdenes llegaban en tumulto dando grandes voces. Una parte de los hombres no peleaban sino que bailaban y todavía las amazonas esperaban convencer a los españoles de que sus intenciones eran de paz y querían nada más yacer con ellos y ser fecundadas según la costumbre de cada año.

*De este autor, nacido en Madrid en 1967, sólo conocemos sus iniciales. Empezó a publicar en 1997 **Cuentos de X, Y y Z**. La obra cuyo fragmento seleccionamos es **Corazón**, un relato donde cuenta la construcción del ferrocarril que unirá las dos costas de EE.UU. El conflicto surge cuando la vía férrea tiene que atravesar territorios sagrados de los indios y éstos intentan por todos los medios impedir el paso del gigante de acero. Wilson, el protagonista, es nombrado ingeniero jefe y ha de dirigir la construcción de los puentes de la colosal obra que acomete la empresa Unión Pacífico. Abandona Nueva York y se traslada a vivir al medio oeste, a pie de obra. Su hijo, huérfano al que ha criado una mujer de color, recibe un telegrama del padre para que vaya a visitarlo. El joven tiene quince años y, sin poder adivinarlo siquiera, el viaje cambiará por completo su vida.*

Pegado a la ventanilla del tren, el hijo del señor Wilson reproduce los gestos del ingeniero. Son ademanes que, entre los miembros de una misma familia, se repiten inconscientemente. Como la forma de reposar el codo en la ventana, o un modo particular de cruzar los pies bajo el asiento.

Sin embargo, la mirada del muchacho se hunde con más avidez en el paisaje. Sus pupilas van sin descanso de un detalle a otro.

Aquí un pueblo, allá un lago, más lejos, las montañas.

La locomotora acaba de atravesar Plum Creek y avanza en línea recta por la pradera. El calor es sofocante. El hijo del señor Wilson se ha quitado la chaqueta y la ha colocado sobre el terciopelo rojo del asiento. Su brazo derecho, perfilado bajo una camisa almidonada, se alinea con el borde de la ventanilla.

El sonido es repentino.

Un chasquido entre los ejes de las ruedas.

Después son los gritos y un terrible bandazo, como si el mundo se estuviese desarmando. El vagón se inclina al tiempo que estallan las ventanas laterales. El hijo del señor Wilson sale despedido de su asiento. Al chocar contra los listones del portaequipajes, un saliente le desgarró el antebrazo.

Los furgones se detienen y el valle recupera su silencio. El tren ha quedado dividido, como trozos de un juguete que el retoño de algún dios hubiera esparcido por la hierba. Poco a poco, el polvo se asienta sobre los coches destrozados.

Un galopar de caballos retumba en la llanura.

A través de una hendidura, el hijo del señor Wilson ve a un grupo de jinetes que se acerca al tren descarrilado.

Una mujer sale a gatas de uno de los vagones. Está sacudiéndose la ropa cuando los caballos pasan a su lado.

Un indio le hunde un hacha en la cabeza.

El hijo del señor Wilson pestañea ante la primera descarga de rifles. Corre hacia el fondo del compartimento esquivando los asientos hechos trizas. La puerta cuelga a un lado, medio abierta entre la hierba.

La abre de un empujón y sale afuera.

Como él, otros viajeros abandonan los vagones. Al salir van dando tumbos, semiconscientes. Una mujer protege entre los brazos a su recién nacido. Grita algo que se pierde en el estruendo. Un poco más allá, un anciano huye con una flecha clavada en la espalda. Otros muchos, que agonizan atrapados entre las maderas astilladas, mueren a medida que los guerreros asaltan los furgones.

Un olor a sangre y pólvora se esparce por el aire.

El hijo del señor Wilson se echa al suelo. La alta hierba de agosto oculta su cuerpo. Se queda quieto unos instantes, escuchando el ritmo insensato de su propia respiración.

Comienza a reptar.

No hay tiempo para pensar en lo que está sucediendo. Huye de forma instintiva, como la presa de una cacería.

Al alcanzar los primeros árboles de un bosque, se pone en pie. Los latidos le truenan en las sienas. Un líquido caliente le baja por la muñeca. Las gotas de sangre se desprenden y caen, una a una, sin ruido, sobre el polvo anaranjado de la tierra.

Durante cuatro días, el hijo del señor Wilson vagó por el bosque. El brazo se le había hinchado y la piel le ardía entre jirones de tela renegrida. Rezó cuanto supo, habló solo, bebió en la hojas el rocío de la mañana. Nunca antes había imaginado que la naturaleza, su vieja aliada, también podía convertirse en una cruel enemiga.

Aterrorizado, no le sirvieron de ayuda los árboles que tanto había amado desde niño. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía una tierra inhóspita, sin una indicación, sin una huella humana, sin un camino.

Una bandada de buitres lo perseguía desde el cielo.

Trató de infundirse valor caminando rápido, diciéndose a sí mismo frases que, al cabo de unos pasos, carecían de sentido.

Cuando la oscuridad tocaba las copas de los árboles, se refugiaba en la maleza. Pasaba la noche tiritando, aguardando a que cesasen los sonidos enloquecedores que lo acechaban. Se oían aullidos, el continuo lamento del viento, objetos que caían de las ramas y chocaban contra el suelo. A pesar de la extenuación y de la fiebre, el muchacho se obligaba a desvelarse. Estaba convencido de que los demonios rojos lo atacarían durante el sueño.

Al amanecer del quinto día desaparecieron el lenguaje y el tiempo. La mente se le rompió en añicos de memoria. Recordó un vaso de agua, una calle grisácea, una bicicleta sin ruedas, un tren de juguete, la imagen de su padre en un espejo.

La fiebre era tan alta que no logró ponerse en pie. Los árboles se transformaron en espectros. Pidió ayuda a Dios y se encogió un poco más entre las agujas de los pinos. Su cuerpo no dejaba de temblar.

Creyó que la muerte le daba consejos al oído.

Al intentar apartarla, abrió los ojos.

Delante de él había un demonio rojo.

Intentó levantarse. El brazo lastimado se le venció al apoyarlo en el suelo. Antes de perder el conocimiento, profirió un grito. El demonio rojo no se movió. Permaneció impasible, atento, los brazos cruzados sobre el pecho.

Era una mujer.

Estaba sola.



ÁFRICA

ÁFRICA

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
JOSEPH CONRAD

LEJOS DE ÁFRICA
ISAK DINESEN

VOLANDO SOLO
ROALD DAHL

ÉBANO
RYSZARD KAPUSCINSKI

VIAJE A LOS CONFINES DE LA TIERRA
ROBERT D. KAPLAN

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

JOSEPH CONRAD

*Novelista británico de origen polaco (1857-1924). Era hijo de un escritor que en 1860 fue deportado. Huérfano desde muy joven, fue educado por su tío. Se enroló en la marina mercante, lo que le permitió recorrer todo el Océano Índico, el archipiélago malayo y Sudamérica, inspirándole relatos de ambiente marinero y exótico entre los que destaca **Lord Jim**. Logró, al fin, realizar su sueño de visitar África y en concreto el Congo, donde se sitúa este relato corto, **El corazón de las tinieblas** (1902), del que seleccionamos un fragmento. El protagonista Marlow, personaje ficticio, emprende un viaje por el río Congo en busca de Kurtz, traficante de marfil. Este relato, todo un clásico en su género, no sólo evoca las propias experiencias del autor; sino que se convierte en una oportunidad para criticar acerbamente el proceso de colonización belga así como las atrocidades que acarreó a los nativos; en suma, para reflexionar sobre la condición humana y aquellos de sus comportamientos menos ejemplares.*

A unas cincuenta millas antes de llegar al puesto interior hallamos una choza de cañas, una vencida y melancólica asta con las irreconocibles hilachas al viento de lo que había sido alguna clase de bandera, y una bien ordenada pila de leña. Toda una sorpresa. Bajamos a tierra, sobre la pila de leña vimos una tablilla en la que se veía un deteriorado escrito con lápiz. Tras descifrarlo, decía lo siguiente: «Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con cuidado». Había una firma, ilegible, no era Kurtz, era una palabra mucho más larga. «Apresúrense», ¿adónde?, ¿río arriba? «Acérquense con cuidado». No nos habíamos acercado con ningún cuidado. Pero la advertencia no podía referirse al propio lugar en el que habíamos encontrado el mensaje. Algo iba mal río arriba. Pero, ¿qué es lo que iba mal?, ¿hasta qué punto? Éstas eran las preguntas que nos hacíamos. Hubo comentarios desfavorables respecto de la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La jungla no nos decía nada, ni consentía que miráramos en su interior. Colgaba del umbral una cortina desgarrada de sarga roja que se movía melancólicamente. La vivienda estaba desmantelada, pero advertimos que había habido un hombre blanco viviendo allí no hacía mucho tiempo. Quedaba una mesa rudimentaria: una tabla y dos patas, había un montón de basura en un rincón, y me llevé un libro que hallé junto a la puerta. Carecía de cubiertas, las páginas se habían pasado tantas veces que la suciedad las había suavizado, pero el lomo no hacía mucho que había sido esmeradamente cosido de nuevo con hilo blanco de algodón. Se trataba de un hallazgo sorprendente. *Investigación sobre algunos aspectos de la navegación*, de un tal Towser, Towson o un nombre parecido: Capitán de la Armada al servicio de Su Majestad. Era un tratado de árida lectura, con diagramas ilustrativos, con repugnantes tablas de números; el ejemplar contaba sesenta años. Traté esta sorprendente antigualla con toda

la delicadeza posible, por temor a que se me deshiciera en las manos. En su interior, Towson o Towser investigaba con toda seriedad acerca de la tensión máxima que podían soportar el aparejo y jarcias del barco, y acerca de asuntos parecidos. No se trataba de un libro cautivador, pero con sólo verlo se daba uno cuenta de que había una unidad de intención, una honrada preocupación por la forma correcta de enfrentarse con el trabajo que otorgaba a estas páginas humildes, escritas hacía tantos años, una luz que no era sólo la luz de la profesión. Aquel sencillo y anticuado marino, con sus preocupaciones por cadenas, cabrestantes, molinetes, etcétera, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos, se apoderó de mí la deliciosa sensación de haber hallado algo de verdad real. Ya era suficiente maravilla que estuviera allí este libro, pero más asombrosas aún eran las notas al margen escritas con lapicero, que obviamente glosaban el texto. ¡No daba crédito a mis ojos! ¡Estaban escritas en clave! Sí, sí, aquello parecía una clave secreta. Imagínese a alguien que se lleve un libro semejante hasta ese confín del mundo, que lo estudie, que lo anote, ¡y que utilice una clave! Qué extravagante misterio.

Hacía rato que era vagamente consciente de un ruido muy molesto, cuando levanté la mirada del libro advertí que la pila de leña había desaparecido, y que el gerente, con la ayuda de los peregrinos, me gritaba desde la orilla. Introduje el libro en el bolsillo. Les aseguro que dejar aquella lectura no me costó menos que si hubiera tenido que decir adiós a un amigo de toda la vida.

Puse en marcha la desvencijada máquina.

—Debe de tratarse del buhonero, el intruso ese —exclamó el gerente, mirando con odio hacia atrás, hacia el lugar que acabábamos de dejar.

—Debe de ser inglés —dije.

—Pues eso no va a impedirle meterse en un buen lío si no se anda con cuidado —murmuró de forma amenazadora el gerente.

Haciéndome el inocente, le indiqué que nadie en este mundo tenía la seguridad de que nunca se metería en un buen lío.

La corriente era más rápida, el vapor parecía a punto de expirar, la rueda de palas se movía con lentitud, y muchas veces me sorprendía a mí mismo escuchando con ansiedad el plop de la siguiente pala de la rueda, porque, a decir verdad, esperaba que de un momento a otro aquel cacharro dejara de funcionar. Era como contemplar una vida que se extinguiera. Pero no dejábamos de reptar. A veces me fijaba en un árbol que estuviera por delante, para calcular cuánto avanzábamos en dirección a Kurtz, pero invariablemente lo olvidaba antes de que llegáramos a su altura. Mantener la mirada fija en un objeto tanto tiempo era esperar demasiado de la naturaleza humana. El gerente exhibía una hermosa resignación. Yo me consumía y me enfadaba y consideraba si debía aprovechar la ocasión para sincerarme con Kurtz o no, pero, antes de haber llegado a ninguna conclusión, pensé que mis palabras o mi silencio o cualquier acción mía serían lisa y llanamente inútiles. ¿De qué servía lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quién fuera el gerente? Esas iluminaciones llegan de repente. Lo esencial de este asunto se hallaba muy por debajo de sus aspectos superficiales, fuera de mi alcance, de mi poder de interferencia.

Al atardecer del segundo día calculamos que estábamos ya a unas ocho millas del puesto de Kurtz. Yo quería continuar, pero el gerente se puso serio, dijo que la navegación por aquellos parajes era tan peligrosa que sería aconsejable, puesto que el sol ya había bajado mucho, esperar donde estábamos hasta el día siguiente. Además señaló que si nos tomábamos en serio al aviso de acercarnos con precaución, sería mejor acercarse con luz diurna, no al anochecer o en plena noche. Me pareció bastante sensato. Ocho millas significaban casi tres horas de vapor, además había sospechosos remolinos en la parte final del tramo en el que estábamos. No obstante, yo estaba indeciblemente fastidiado

por el retraso, sin razón alguna, porque una noche más no haría mucho mayor un retraso ya de meses. Como teníamos leña en abundancia, y la consigna era «precaución», di fondo en medio de la corriente. El tramo era estrecho, recto, con orillas elevadas, como si fuera un paso de ferrocarril. La oscuridad sobrevino antes de que se hubiera puesto el sol. El agua discurría rápida, pero las orillas parecían silenciosamente inmóviles. Los árboles, atados por lianas, y aun los arbustos a sus pies, parecían haberse convertido en piedra, no se movía ni un tallo, ni una hoja. No era sueño, no parecía natural, era como un trance. No se escuchaba ni el más débil ruido. Se quedaba uno mirando, sorprendido, y empezaba a sospechar si se habría quedado sordo; a continuación se hacía de noche de repente, y entonces pensabas que además te habías quedado ciego. A las tres de la madrugada saltó un gran pez sobre el agua, el chapoteo me despertó, sobresaltado, como si hubiera escuchado un disparo. Al amanecer había una niebla de color blanco, cálida y pegajosa, más cegadora que la propia noche. No cambiaba ni se movía, estaba sencillamente allí, rodeando todo, como algo sólido. A las ocho o quizá las nueve se levantó como un persiana. Vimos apenas una muralla de árboles de la inmensa y tupida jungla, por encima el diminuto globo ardiente del sol todo inmóvil, y de nuevo descendió la persiana blanca como si se deslizara por carriles engrasados. Ordené que largaran la cadena del ancla que habían empezado a recoger. Antes de que terminara el ruido sordo de largar la cadena, se elevó lentamente por el aire opaco un grito penetrante de infinita desolación. Cesó. Llenó nuestros oídos un clamor quejumbroso, modulado con salvaje discordia. Lo inesperado de esto erizó el cabello debajo de mi gorra. No sé lo que les pasó a los demás, pero en mí me pareció como si la propia niebla hubiera gritado, pues el tumultuoso y doliente alarido parecía haber brotado simultáneamente por todas partes. Culminó en un estallido de agudos chillidos casi intolerables que cesaron

de repente, dejándonos agarrotados, en una diversidad de posturas estúpidas, escuchando de forma obstinada un silencio casi igualmente intolerable y excesivo. «¡Dios mío!, ¿Qué significa...?», tartamudeaba junto a mí un peregrino, un hombrecillo gordo con pelo rubio y patillas de color rosa cuyos extremos inferiores había metido por dentro de los calcetines. Otros dos se quedaron con la boca abierta por lo menos un minuto, después se metieron aprisa en la caseta, también salieron aprisa, comenzaron a echar miradas de miedo, en las manos traían los fusiles *Winchester* montados. Lo único que podíamos ver era el barco en el que estábamos, sus líneas eran confusas, como si estuvieran a punto de disolverse, veíamos también una franja de agua entre nieblas, poco más de medio metro, en torno al barco: eso era todo. El resto del mundo, por lo que se refiere a nuestros ojos y oídos, bien podía no existir. No estaba. Había desaparecido, se había ido, se había volatilizado sin dejar ni una sombra ni un murmullo tras de sí.

LEJOS DE ÁFRICA
ISAK DINESEN

*Novelista nacida en Dinamarca (1885-1962) es el seudónimo de la baronesa Karen Blixen. Vivió en África como granjera durante varios años, pero una enfermedad le obligó a volver a Dinamarca donde escribió **Cuentos de invierno**, **Anécdotas del destino** y **Lejos de África**, obras que hacen de ella una escritora excepcional. Mujer luchadora y libre, emprendió la tarea del cultivo del café en Kenia. Allí observó y anotó las costumbres y tradiciones de los pueblos indígenas, así como las relaciones que los colonos blancos entablaban con ellos. Así nos muestra un choque de culturas e intereses con una mirada limpia y atinada, curiosa y profunda, llena siempre de inusual comprensión para con los pueblos africanos que rodean su famosa y cinematográfica granja.*

Cabalgué hasta la reserva masai. Había cruzado el río para llegar; desde allí a caballo llegaba al cazadero en un cuarto de hora. Me costó mucho tiempo, mientras estuve en la granja, encontrar un lugar por donde vadear el río a caballo: la bajada era pedregosa y la subida de la orilla muy empinada, pero «una vez allí, ¡cómo el espíritu encantado palpita de alegría!».

Allí, ante la vista, se extendía un centenar de millas para galopar sobre la tierra abierta, ondulante y cubierta de hierba; ni cercos, ni zanjas, ni caminos. No había construcciones humanas salvo las aldeas masai, y éstas estaban vacías la mitad del año, cuando los grandes nómadas se iban con sus rebaños en busca de otros pastos. Había pequeñas acacias diseminadas regularmente sobre la pradera, y largos y profundos valles con secos lechos de ríos, de grandes piedras planas, donde había que buscar senderos de ciervos para cruzarlos. Al cabo de un rato te dabas cuenta de lo tranquilo que era todo aquello. Ahora, recordando mi vida en África, pienso que en su conjunto puede describirse como la existencia de una persona que vino de un mundo agitado y ruidoso a otro tranquilo.

Un poco antes de las lluvias, los masai quemaban la vieja hierba seca y mientras las praderas aparecían yermas y negras era poco agradable viajar por ellas: las pezuñas de tu caballo levantaban ceniza chamuscada que te cubría por todas partes, incluidos los ojos, y los tallos quemados de las hierbas eran algudos como cristales y cortaban las patas de los perros. Pero cuando llegan las lluvias y la hierba nueva está fresca en la llanuras, sientes como si cabalgaras sobre muelles y los caballos hacen un poco el loco de puro gusto. Las diversas clases de gacelas vienen a los lugares verdes a pastar y parecen como animales de juguete en una mesa de billar. A veces cabalgas en medio de un rebaño de antílopes; las poderosas y pa-

cíficas bestias te dejan acercarte y luego se escapan trotando; sus largos cuernos flamean hacia atrás sobre sus erguidos cuellos y los grandes colgajos de piel del pecho, que les hacen parecer cuadrados, oscilan a cada paso. Parecen salidos de un antiguo epitafio egipcio, pero allí acaban de arar los campos y su aire es familiar y doméstico. Las jirafas en la reserva permanecen alejadas.

A veces, en el primer mes de las lluvias, la reserva se cubre de blancos claveles silvestres y, a distancia, las praderas parecen alejadas.

Del mundo de los hombres pasaba al mundo de los animales; la tragedia de la noche pesaba sobre mi corazón. Los ancianos ante mi casa me hacían sentirme incómoda; en la antigüedad la gente debía sentirse así cuando creía que una bruja de la vecindad le había echado mal de ojo o que en ese momento llevaba un muñeco de cera bajo sus faldas para ser bautizado con su nombre.

Mis relaciones con los nativos en los asuntos legales de la granja eran muy curiosas. Si quería paz en mis tierras no podía dejar de participar, porque una disputa entre aparceiros que no fuera solemnemente resuelta era como una de esas heridas que te haces en África, que ellos llaman herida de *veld*: se curan en la superficie y supuran bajo la piel hasta que las tratas de raíz y las limpias por completo. Los nativos lo saben y si querían que un asunto se resolviera de verdad venían a mí para que diera mi sentencia.

Como yo no sabía nada de sus leyes, la figura que representaba en esos grandes tribunales de justicia era la de una *prima donna* que no recuerda ni una palabra de su papel y el resto del reparto tiene que ayudarla. Esa tarea la asumían mis ancianos con tacto y paciencia. Había también ocasiones en que la ofendida *prima donna* rechazaba su papel y se negaba a seguir, abandonando el escenario. Cuando esto ocurría, mi público se lo tomaba como un duro golpe del destino, un acto divino que estaba más allá de su comprensión; reflexionaba sobre ello en silencio y escupía.

Las ideas de justicia de Europa y África son distintas e incompatibles entre sí. Para los africanos no hay más que una manera de contrapesar las catástrofes de la existencia, y eso sólo se puede hacer mediante la restitución; no se preocupan por el motivo de una acción. Sea que esperas a tu enemigo y lo degüellas en la oscuridad; sea que cortas un árbol y se cae encima y mata a un despreocupado forastero: en lo que respecta al castigo, para el nativo los dos casos son lo mismo. En la comunidad ha habido una pérdida y hay que resarcirla en donde sea y por quien sea. El nativo no pierde el tiempo en pensamientos sopesando culpas o castigos; quizá piense que eso puede llevarle demasiado lejos o razone que esas cosas no le conciernen. Pero se dedicará a interminables especulaciones sobre el método mediante el cual se compense en ovejas y cabras el crimen o desastre —el tiempo no tiene importancia para él—; te conduce solemnemente por un sagrado laberinto de sofismas. En aquellos tiempos eso iba contra mis ideas acerca de la justicia.

Todos los africanos son los mismos en esos ritos.

Los somalés tienen una mentalidad muy diferente de los kikuyus y los desprecian profundamente, pero se sentarán de idéntica manera para sopesar un asesinato, una violación o un daño contra sus animales en Somalia —sus camellas y caballos amados, cuyos nombres y *pedigree* llevan escritos en sus corazones.

Una vez llegó la noticia de Nairobi de que un hermanito de Farah, que tenía diez años, le había tirado una piedra a un chico de otra tribu en un lugar llamado Buramur, rompiéndole los dientes. Representantes de las dos tribus se reunieron en la granja, sentándose en el suelo de la casa de Farah, y hablaron noche tras noche. Llegaron flacos ancianos, que habían estado en La Meca y llevaban turbante verde; arrogantes jóvenes somalés que, cuando no atendían a asuntos verdaderamente importantes, servían como porteadores de los grandes viajeros y cazadores europeos, y

mofletudos muchachos de ojos oscuros que representaban tímidamente a sus familias y que no decían una palabra, pero escuchaban y aprendían devotamente. Farah me dijo que el asunto se consideraba grave porque el aspecto del chico había quedado estropeado; le iba a resultar difícil, cuando llegara la hora, casarse, y tendría que rebajar sus pretensiones en cuanto a la belleza o nacimiento de su novia. Al final la pena fue fijada en cincuenta camellos, lo que significaba la mitad de la dote, siendo la dote entera de cien camellos. Cincuenta camellos que fueron comprados luego en Somalia para ser, dentro de diez años, parte del precio de una doncella somalí, que no se fijará en los dos dientes perdidos por su novio; tal vez se ponían los cimientos de una tragedia. Farah mismo consideraba que había salido bien librado.

VOLANDO SOLO
ROALD DAHL

*Escritor inglés de ascendencia noruega, nacido en Gales (1916-1990), es conocido en el mundo entero por sus cuentos para niños y relatos para jóvenes. Su prosa clara y amena llena de toques de humor le hacen ser uno de los autores más apreciados por personas de cualquier edad. Autor de **Matilda**, **Las Brujas** o **Boy**. En **Volando solo** aborda el tema de la 2ª Guerra Mundial, vivida por él mismo cuando fue reclutado por su país para formar parte de la RAF (Reales Fuerzas Aéreas). Su escasa instrucción como piloto de aviones y la misión más importante encomendada nos la cuenta en el fragmento seleccionado de este libro. Este relato autobiográfico lleno de ritmo y anécdotas abarca tres años, de los veintidós a los veinticinco, en los que vive experiencias extremas. Regresa a Inglaterra en 1941 tras ser declarado inútil por heridas de guerra. Allí se reúne con su madre, que guardaba todas las cartas y fotos que le enviaba Roald Dahl desde el frente, gracias a lo cual reconstruye e ilustra este feraz período de su vida.*

Me había subido a mi nuevo Gladiator en un aeródromo de la RAF llamado Abu Suweir, en la zona del Canal de Suez, y había salido solo para incorporarme a la 80ª Escuadrilla del desierto oriental. Esa iba a ser mi primera andanza en territorio de guerra. Era el 19 de septiembre de 1940. Me dijeron que volara al otro lado del delta del Nilo y aterrizara en un pequeño aeródromo llamado Amiriya, cerca de Alejandría, para repostar. Luego tenía que volver a emprender el vuelo y tomar tierra otra vez en un aeródromo de bombarderos situado en Libia, llamado Fouka, para un segundo aprovisionamiento. En Fouka tenía que presentarme al comandante en jefe, quien me informaría detalladamente de dónde se encontraba la 80ª Escuadrilla en ese momento, y saldría para incorporarme a ella. En aquellos días, un aeródromo avanzado en el desierto oriental no era más que una franja de arena rodeada de tiendas y aviones estacionados, y esos aeródromos se desplazaban con mucha frecuencia de un lugar a otro, dependiendo de que la primera línea del ejército avanzara o retrocediera.

El vuelo en sí ya era para amedrentar a alguien que no poseía prácticamente experiencia del avión que tenía que tripular y ninguna en absoluto para volar largas distancias sobre Egipto y Libia sin cartas de navegación que pudieran orientarlo. No tenía radio. Todo lo que tenía era un mapa, sujeto a una rodilla. Me llevó una hora ir de Abu Suweir a Amiriya, donde tomé tierra con ciertas dificultades, en medio de una tormenta de arena. Pero repostaron mi avión y despegué lo más rápidamente que pude para Fouka. Aterricé en Fouka cincuenta y cinco minutos después (todos esos tiempos están recogidos meticulosamente en mi diario de vuelo) y me presenté al comandante en jefe en su tienda. Hizo unas llamadas desde su teléfono de campaña y luego me pidió el mapa.

—La 80ª Escuadrilla está ahora ahí —dijo señalando un punto en medio del desierto, a unas treinta millas al sur de la pequeña ciudad costera de Mersah Matrún.

—¿Será fácil encontrarlo? —le pregunté.

—No puede equivocarse —dijo—. Verá las tiendas y unos quince Gladiator estacionados allí. Lo verá desde varias millas antes.

Le di las gracias y salí para calcular el rumbo y la distancia.

Cuando despegué de Fouka para la zona de aterrizaje de la 80ª Escuadrilla eran las 6:15 de la tarde. Calculé que mi vuelo duraría, como mucho, cincuenta minutos. Eso me daría un margen de quince o veinte minutos antes de que oscureciera, lo que sería suficiente.

Volé en línea recta hacia el punto donde debería haber estado la 80ª Escuadrilla. No estaba allí. Sobrevolé la zona, al norte, al sur, al este y al oeste, pero no había el menor rastro de ningún aeródromo. Debajo de mí no había más que un desierto deshabitado, un desierto bastante escabroso, sembrado de grandes rocas, peñas y hondonadas.

En ese momento empezó a caer la noche y comprendí que tenía problemas. El combustible disminuía y con lo que me quedaba no había forma de regresar a Fouka. Tampoco hubiera podido encontrarlo de noche. El único recurso que me quedaba era efectuar un aterrizaje forzoso en el desierto, y hacerlo rápidamente, antes de que oscureciera demasiado, para poder ver.

Descendí sobre el desierto sembrado de rocas, en busca de una pequeña franja de arena razonablemente llana en la que pudiera aterrizar. Conocía la dirección del viento, así que sabía con exactitud la dirección en que tenía que realizar la operación de aproximación. Pero ¿dónde demonios habría alguna zona libre de peñas, hondonadas, peñascos y fragmentos de roca? Sencillamente no había ninguna. Ya era casi de noche. Tenía que aterrizar de una forma u otra. Elegí una zona que parecía estar más despejada de rocas e inicié la maniobra. Me acerqué a la menor velocidad que me atreví, aferrado a los mandos, volando muy poco por encima a la velocidad de pérdida de ochenta millas por

hora. Las ruedas tocaron tierra. Cerré el contacto y recé para tener un poco de suerte.

No la tuve. El tren de aterrizaje chocó contra una roca y se destrozó, y el Gladiator hundió el morro en la arena a unas setenta y cinco millas por hora.

Mis heridas se debieron a que mi cabeza chocó violentamente contra el visor cuando el avión se empotró en el suelo a pesar de ir bien sujeto a mi asiento, como siempre, y, además de la fractura del cráneo, el golpe me aplastó la nariz, me saltó algunos dientes y me cegó por completo durante los días siguientes.

Es extraño que pueda recordar con tanta claridad algunas de las cosas que sucedieron unos segundos después de estrellarme. Evidentemente estuve inconsciente unos momentos, pero debí recuperar el sentido en seguida porque recuerdo haber escuchado un fuerte sonido de escape cuando explotó el tanque de gasolina del ala izquierda, seguido casi al instante de otro fuerte sonido de escape al inflamarse el tanque de la derecha. No veía nada y no sentía dolor. Todo lo que quería era salir tranquilamente fuera y dormir, sin importarme las llamas. Pero pronto, un tremendo calor alrededor de mis piernas puso mi embotado cerebro en acción. Me las apañé con grandes dificultades para desabrocharme el cinturón del asiento y las correas del paracaídas, y recuerdo, incluso, el desesperado esfuerzo que me supuso salir de la cabina y dejarme caer en la arena. De nuevo sentí deseos de echarme a dormir, pero el cercano calor era terrible y si me hubiera quedado donde estaba me habría asado vivo. Comencé a alejarme poco a poco del tremendo calor. Escuché cómo explotaba la munición de la ametralladora en medio de las llamas y las balas comenzaron a silbar por todas partes, pero eso no me preocupó. Todo lo que quería era alejarme de aquel horrible calor y descansar tranquilo. El mundo que me rodeaba estaba dividido limpiamente en dos mitades. Ambas mitades eran oscuras como boca de lobo, pero una quemaba y la otra no.

*Periodista polaco (1932-2007). Reconocido por muchos como «el cronista del Tercer Mundo», su escritura y sus libros se leen como las mejores novelas. Acompañarle en sus viajes fuera de las rutas habituales resulta un trayecto apasionante: compartir su experiencia, sentir con él los sabores, olores y colores de un continente al que mucha gente desconoce por completo. Su mirada nada complaciente, comprometida con las víctimas de las injusticias más intolerables, proporciona una visión de África que impacta y conmueve. Hemos seleccionado **Ébano**, una de sus obras más importantes, que contiene extraordinarios reportajes sobre diferentes países africanos. En el fragmento elegido, Kapuscinski hace una descripción detallada de las islas que rodean al continente africano y se detiene en la de Zanzíbar, enclave muy importante en la trata de esclavos, que comienza en el siglo XV y que aún perdura. Relato escalofriante de uno de los procesos más vejatorios para la dignidad de las personas.*

¿Qué ha sucedido en Zanzíbar? ¿ Por qué estamos aquí, en este hotel, vigilados por cuatro muchachos entusiastas y descalzados, armados con machete? (cierto es que su jefe tiene un fusil, pero no estoy nada seguro de que aloje una sola bala en el cargador).

Pues bien: si alguien mira con atención un mapa detallado de África, verá que el continente aparece rodeado de numerosas islas. Algunas son tan pequeñas que sólo las reflejan detallados mapas de navegación, pero otras son lo suficientemente grandes como para encontrarlas en cualquier atlas. Al oeste del continente están Djalia y Kerken-na, Lampione y Lampedusa, Canarias y Cabo Verde, Gorée y Fernando Po, de la Luna y de Santo Tomé, de Tristán da Cunha y Annobón; y al este, Shadwan y Gifatún, Suakin y Dahlak, Socotra, Pemba y Zanzíbar, Mafia y Almirantes, Comores, Madagascar y Mascareñas. En realidad son muchas, muchas más; pueden contarse por decenas si no por cientos, pues muchas de ellas se desgranán en archipiélagos enteros, otras están rodeadas por un sorprendente mundo de arrecifes de coral y bancos de arena, un mundo que nos enseña toda su deslumbrante riqueza de colores y formas sólo en la hora de la marea baja. Hay tal cantidad de islas, islotes y cabos que uno se puede imaginar que en el caso de África la obra de la creación quedó interrumpida, inacabada, y lo que hoy es un continente visible y palpable no es más que una parte del África geológica, la que ha salido del océano, pero que el resto se ha quedado en el fondo y que estas islas no son sino las cimas que sobresalen de la superficie del agua.

Este fenómeno geológico ha tenido sus consecuencias históricas: desde hace mucho tiempo, África ha tentado tanto como infundido miedo. Por un lado, entre los extranjeros despertaba temor porque existía inexplorada y sin conquistar. Durante siglos, eficazmente defendieron su

interior el difícil clima tropical, las enfermedades mortales, antes incurables (malaria, viruela, enfermedad del sueño, lepra, etc.), la falta de caminos y medios de transportes, y también —cuán a menudo— la feroz resistencia de sus habitantes. Esta inaccesibilidad de África hizo nacer el mito de su misterio: el conradiano corazón de las tinieblas empezaba en la misma costa soleada, nada más bajar el barco y pisar tierra firme.

Pero al mismo tiempo tentadora. África atraía con el espejismo de grandes conquistas y suculentos botines.

El que se disponía a alcanzar sus costas entrenaba en un juego definitivo, de sumo riesgo, de vida o muerte. En la primera mitad del siglo XIX la mitad de los europeos que llegaba hasta aquí moría de malaria, pero al mismo tiempo, muchos de los supervivientes regresaban convertidos en propietarios de grandes y fulminantes fortunas: cargamentos de oro, de marfil y, sobre todo, de esclavos negros.

Y precisamente en este punto, la internacional de marineros, comerciantes y saqueadores se ve amparada por esas docenas de islas que se han diseminado junto a las costas del continente. Para ellos, se convierten en puntos de apoyo, en atracaderos, refugios y factorías. Sobre todo, son seguras: están lo suficientemente alejadas de África para que los nativos no las alcancen a bordo de sus frágiles canoas, construidas a fuerza de vaciar troncos de árboles, y lo suficientemente cerca de la tierra firme como para entrar en contacto con ella y mantenerlo.

El papel de estas islas aumenta especialmente en la época del comercio de esclavos: fueron muchas las entonces convertidas en campos de concentración en donde se encerraba a los esclavos a la espera de los barcos que debían llevarlos a América, a Europa y a Asia.

El comercio de esclavos: dura cuatrocientos años, empieza en el siglo XV y... ¿termina? Oficialmente, en la segunda mitad del XIX, aunque en algunas ocasiones dura más: por ejemplo, hasta 1936 en Nigeria del Norte.

Dicho comercio ocupa un lugar central en la historia de África. Millones (entre 15 y 30: existen divesos cálculos) de personas fueron secuestradas y transportadas más allá del Atlántico en condiciones terribles. Se estima que durante un viaje así (de dos o tres meses de duración) moría de hambre, asfixia y sed casi la mitad de los esclavos; hubo casos en que murieron todos. Los supervivientes trabajaban más tarde en las plantaciones de caña de azúcar y de algodón en el Brasil, en el Caribe y en los Estados Unidos, construyendo la riqueza de aquel hemisferio. Los traficantes de esclavos (principalmente portugueses, holandeses, ingleses, franceses, norteamericanos, árabes y sus socios africanos) despoblaron el continente y lo condenaron a una existencia vegetativa y apática: incluso ya en nuestros tiempos, grandes superficies de aquella tierra seguían despobladas y se habían convertido en desiertos. Hasta hoy día África no se ha desprendido de esta pesadilla, no ha levantado cabeza tras semejante desgracia.

El comercio de esclavos también ha tenido consecuencias desastrosas en el terreno psicológico. Envenenó las relaciones personales entre los habitantes de África, les inyectó odio y multiplicó las guerras. Los más fuertes intentaban inmovilizar a los más débiles para venderlos en el mercado, los reyes comerciaban con sus súbditos; los vencedores, con los vencidos; y los tribunales, con los condenados.

Semejante comercio marcó la psique del africano con el estigma tal vez más profundo, doloroso y duradero: el complejo de inferioridad. Yo, el negro, no soy sino aquel que el comerciante blanco, invasor y verdugo, puede raptarme en mi casa o terruño, encadenarme, meterme en la bodega de un barco, exponerme como mercancía y más tarde obligarme a latigazos a hacer los trabajos más duros día y noche.

La ideología de los comerciantes de esclavos se basaba en el principio de que el negro era un no-hombre; que la humanidad se dividía entre hombres y subhombres y que con estos últimos se podía hacer lo que a uno le viniese en

gana, y lo mejor: aprovecharse de su trabajo y luego eliminarlos. En las notas y los apuntes de estos comerciantes está expuesta (si bien de forma muy primitiva) toda la ideología ulterior del racismo y totalitarismo con toda su tesis vertebradora: que el Otro es el enemigo, más aún, es un no-hombre. Toda esta filosofía de desprecio y odio obsesivos, de vileza y salvajismo, antes de inspirar la construcción de Kolymá y Auschwitz, hacía siglos que había sido formulada y escrita por los capitanes del Martha y el Progreso, el Mary Ann o el Rainbow, cuando al mirar desde sus cabinas por el ojo de buey hacia los palmenares y las playas incandescentes, aguardaban a bordo de sus barcos, atracados en las islas de Sherbro, Kwale o Zanzíbar, el cargamento de turno de esclavos negros.

En este comercio —planetario a decir verdad, pues participaron en él Europa, las dos Ámericas y muchos países de Oriente Medio y Asia—, Zanzíbar se revela como una estrella negra y triste, una dirección nefasta, una isla maldita. Durante años, más aún, durante siglos enteros, se dirigen hacia ella caravanas de esclavos recién atrapados en el interior del continente, en el Congo y Malawi, en Zambia, Uganda y Sudán. A menudo atados con cuerdas para que no se escapen, sirven al mismo tiempo como porteadores: llevan al puerto, a los barcos, mercancías muy apreciadas; a saber, toneladas de marfil, de aceite de palmera, pieles de animales salvajes, piedras preciosas, ébano...

Trasladados de tierra firme a la isla a bordo de barcas, son expuestos en el mercado como un producto cualquiera. El mercado se llama Mkunazini y es una plaza, situada cerca de mi hotel, en la que hoy se levanta la catedral anglicana. El abanico de precios es muy amplio: desde el dólar por un niño hasta los doce por una muchacha joven y hermosa. Bastante caro, habida cuenta de que en Senegambia los portugueses obtienen doce esclavos por un caballo.

Luego, los más sanos y fuertes son obligados a latigazos a correr de Mkunazini al puerto: no está lejos, unos cien-

tos de metros. Desde aquí saldrán con rumbo a América u Oriente Medio a bordo de barcos destinados al transporte de esclavos. Cuando cesa la actividad del mercado, a los muy enfermos, por los que nadie ha querido ofrecer ni tan sólo cuatro céntimos, los arrojan a la pedregosa orilla: allí los devoran furiosas manadas de perros salvajes. En cambio, los que con el tiempo consiguen sanar y recuperar las fuerzas se quedarán en Zanzíbar y, como esclavos, trabajarán para los árabes, dueños de grandes plantaciones de claveros y cocoteros. Muchos nietos de estos esclavos participarán en la revolución.

VIAJE A LOS CONFINES DE LA TIERRA
ROBERT D. KAPLAN

*Periodista norteamericano nacido en Nueva York en 1953. En sus viajes por África Occidental así como por otros países de Oriente Medio (cubrió la guerra Irán-Irak en 1984), Kaplan anota en su cuaderno impresiones, conversaciones y reflexiones sobre la situación en la que viven millones de personas del Tercer Mundo. Su visión del Golfo de Guinea y países que lo forman se ajusta a una dura realidad lejos de cualquier idealización romántica y colonialista. El abandono que sufren los pueblos colonizados por alemanes y franceses a finales del siglo XIX, así como sus enfrentamientos tribales, desgobierno y miseria conviven con enclaves privilegiados para turistas que ignoran una realidad sangrante. Todas estas circunstancias se engarzan en el libro **Viaje a los confines de la Tierra** (1996). Es el relato de un viajero que no puede evitar mirar con otros ojos a los pueblos que sufren, a ese infierno lejano que está en la Tierra.*

Una brisa vaporosa agitaba suavemente las aguas de un negro océano nocturno. Estaba sentado en una vieja tumbona playera observando a un grupo de turistas franceses que se divertían en el agua y llamando a un camarero africano vestido con su típica *kente* de brillantes colores, para que les llevara más cervezas que corrían a buscar nadando. Terminé mi propia cerveza y me sentí satisfecho conmigo mismo. Ésta era el África Occidental que le hubiera gustado tener a un novelista como Ian Fleming: alojamientos de primera clase al estilo de la década de los cincuenta, en vez del lujo artificial y aséptico de los noventa; un servicio que respondía con sólo chasquear los dedos; mujeres amables y atractivas en la piscina; el rítmico sonido de la música afro-brasileña; el gentil fondo de las olas de un océano tropical... Y en el fondo, en nuestro entorno, todo a punto de derrumbarse en un caos político.

Hice el viaje en avión desde Freetown a Lomé, la capital de Togo, un país que podría ser menos realidad que ficción. Sólo una franja de unos cincuenta kilómetros de ancho a lo largo de la costa atlántica, que se extendía hacia el norte algo menos de 600 kilómetros hasta la frontera sahariana con Burkina Faso. Más que ningún otro país de África Occidental, Togo ilustra sobre el dilema geográfico de la región: en África Occidental los límites entre las zonas de distinta densidad de la población humana son horizontales y esa densidad aumenta mientras más se viaja hacia el sur y uno se aleja del Sahara hacia la abundancia tropical del litoral atlántico. Las fronteras establecidas por los colonizadores europeos son verticales y, consecuentemente, la demografía y la topografía se cruzan. Por ejemplo: el pueblo *ewe* que vive cerca de la costa de Togo, se encuentra dividido políticamente entre Togo y Ghana. Por si eso fuera poco, Togo se ve envuelto en complicaciones graves debido a las tensiones entre sus gentes del sur y el pueblo del norte de

Volta cuya cultura está influenciada por el Sahara. En 1963, Togo fue el primero de los países independientes de África que sufrió un golpe de estado, consecuencia de las divergencias entre el presidente Sylvanus Olympio, un miembro del pueblo *mina* que vivía en la costa, y los soldados del grupo *cabrais* del norte, que acabaron asesinandolo.

Togo, más que el producto de un crecimiento orgánico de la geografía y de la división étnica, fue el resultado de la ambición colonialista alemana de finales del siglo XIX. Cuando se vino abajo el comercio de esclavos, los colonizadores europeos empezaron a explotar los recursos agrícolas de la región, por ejemplo el cacao y diversos productos de las palmeras. En 1884 los alemanes atracaron allí un buque de guerra y reclamaron el territorio. Ésta fue la base de la identidad nacional de Togo.

Los turistas que se divertían en la piscina, a mi lado, no estaban allí pocos meses antes, a principios de 1993, cuando el ejército se sublevó. Muchos de los diplomáticos se marcharon y los franceses, que habían relevado a los alemanes como potencia colonial tras el fin de la Primera Guerra Mundial, dieron su apoyo, una vez más, al dictador Étienne Eyadema. (Algo parecido había sucedido ya con anterioridad, en 1991, después de los disturbios provocados por gentes que la revista *West Africa*, con sede en Londres, llamó «adolescentes semejanter a los de Soweto que arrojan piedras».) Pocos meses después de mi partida de Togo, sesenta y siete personas murieron en un golpe de estado fallido y tres líderes de la oposición fueron asesinados durante un proceso electoral cuyos resultados condujeron a un conflicto político de mayor gravedad.

Lomé, que de acuerdo con los mapas es la capital de un país independiente reconocido, no es de hecho más que un mercado de pueblo encantador y que ha crecido en exceso, con establos de madera sombreados por parasoles playeros entre los que pasean los jóvenes sin trabajo. Extendida a lo largo de la costa, sin gran cosa que pueda ser llamada el

centro de la ciudad, Lomé parece carecer de fundamento. Pero se trata de un asentamiento tan serenamente bello que, tan pronto como los saqueadores se cansaron del pillaje, los grupos de turismo organizado europeos comenzaron a regresar ignorantes de los actos de violencia criminal que habían devastado la ciudad pocas semanas antes. Me di cuenta que eran muchos los turistas que raramente se alejaban del hotel.

A las nueve de la mañana siguiente había terminado de desayunar. Pagué la cuenta y abandoné aquella esclusa de aire climatizado. El calor húmedo me golpeó como un puño. Gracias a la Coca-Cola que podía comprarse a cada cien metros a lo largo de la playa, pronto me acostumbré a él. Me dirigí a la frontera internacional con Ghana, situada a poco más de kilómetro y medio de los límites de la ciudad. Mis planes consistían en viajar a lo largo de la costa del golfo de Guinea a pie, en taxi, en autobús o autostop hasta llegar a Abidjan, la capital de Costa de Marfil, situada a unos setecientos kilómetros al oeste.

Unas semanas antes, en Abidjan yo había visto unas fotos, tomadas desde un satélite, de todo el golfo de Guinea desde Lagos a Abidjan, que mostraban una zona poblada que, de acuerdo con cualquier nivel de lógica económica y geográfica, debía haber constituido un territorio sometido a una sola soberanía en vez de estar, como de hecho lo estaba, dividido entre cinco (Nigeria, Benin, Togo, Ghana y Costa de Marfil). Quería ver sobre el terreno lo que el satélite captó desde el espacio, tener la experiencia personal de lo que tenían que pasar los africanos que con regularidad viajaban a lo largo de aquel corredor para ir desde una parte a otra de su comunidad costera.



ÍNDICE

ÍNDICE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	13
ASIA	
<i>ÉXODO</i> LA BIBLIA	17
<i>LAS MIL Y UNA NOCHES</i> ANÓNIMO	25
<i>LIBRO DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO</i> MARCO POLO	33
<i>MIGUEL STROGOFF</i> JULIO VERNE	37
<i>LOS TIGRES DE MOMPRACEM</i> EMILIO SALGARI	43
<i>EN SIBERIA</i> COLIN THUBRON	55
<i>BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA</i> DAI SIJIE	63

EUROPA

<i>LA ODISEA</i> HOMERO	69
<i>EL LICENCIADO VIDRIERA</i> MIGUEL DE CERVANTES	75
<i>CARTAS DE INGLATERRA</i> JOSE MARÍA BLANCO WHITE	83
<i>LA BIBLIA EN ESPAÑA</i> GEORGE BORROW	93
<i>MANUAL PARA VIAJEROS POR ANDALUCÍA</i> RICHARD FORD	101
<i>VIAJE A LA ALCARRIA</i> CAMILO JOSÉ CELA	105
<i>LA FORJA DE UN REBELDE</i> ARTURO BAREA	111
<i>EL TIEMPO DE LOS REGALOS</i> PATRICK LEIGH FERMOR	115

AMÉRICA

<i>ROBINSON CRUSOE</i> DANIEL DEFOE	121
<i>LA ISLA DEL TESORO</i> ROBERT LOUIS STEVENSON	129

COLMILLO BLANCO
JACK LONDON 135

LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE
RAMÓN J. SENDER 141

CORAZÓN
F. M. 147

ÁFRICA

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
JOSEPH CONRAD 153

LEJOS DE ÁFRICA
ISAK DINESEN 159

VOLANDO SOLO
ROALD DAHL 165

ÉBANO
RYSZARD KAPUSCINSKI 169

VIAJE A LOS CONFINES DE LA TIERRA
ROBERT D. KAPLAN 175



EUROPA

COLMILLO BLANCO
JACK LONDON

CORAZÓN
F. M.

LA ISLA DEL TESORO
ROBERT L. STEVENSON

LA FORJA DE UN REBELDE
ARTURO BAREA

VIAJE A LA ALCARRIA
CAMILO JOSÉ CELA

LA BIBLIA EN ESPAÑA
GEORGE BORROW

LA AVENTURA EQUINOCCIAL
DE LOPE DE AGUIRRE
RAMÓN J. SENDER

ROBINSON CRUSOE
DANIEL DEFOE

AMÉRICA



**EDICIONES DE LOS LIBROS UTILIZADOS PARA LA SELECCIÓN DE
LOS FRAGMENTOS DE OBRAS DE VIAJES.**

LA BIBLIA. *ÉXODO*.

(TRADUCCIÓN DE NÁCAR-COLUNGA), MADRID, B.A.C., 1967.

ANÓNIMO. *LAS MIL Y UNA NOCHES*.

MADRID, ALIANZA, 1982.

MARCO POLO. *LIBRO DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO*.

MADRID, EDICIONES CÁTEDRA (ANAYA), 2008.

JULIO VERNE. *MIGUEL STROGOFF*.

MADRID, EL PAÍS, 2004.

EMILIO SALGARI. *SANDOKÁN. EL TIGRE DE MOMPRACEM*.

BARCELONA, EDICIONES ORBIS, 1984.

COLIN THUBRON. *EN SIBERIA*.

BARCELONA, PENÍNSULA, 2000.

DAI SIJIE. *BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA*.

BARCELONA, SALAMANDRA, 2002.

HOMERO. *LA ODISEA*.

BARCELONA, PLANETA, 1988.

MIGUEL DE CERVANTES. *EL LICENCIADO VIDRIERA*.

ESTELLA (NAVARRA), SALVAT, 1969.

JOSE MARÍA BLANCO WHITE. *CARTAS DE INGLATERRA*.

MADRID, ALIANZA, 1989.

RICHARD FORD. *MANUAL PARA VIAJEROS POR ANDALUCÍA Y LECTORES
EN CASA*.

MADRID, TURNER, 1980.

GEORGE BORROW. *LA BIBLIA EN ESPAÑA*.

MADRID, ALIANZA 1983.

CAMILO JOSÉ CELA. *VIAJE A LA ALCARRIA*.
MADRID, ESPASA, 1984.

ARTURO BAREA. *LA FORJA DE UN REBELDE. LA FORJA, TOMO I*.
MADRID, BIBLIOTECA EL MUNDO, 2001.

PATRICK LEIGH FERMOR. *EL TIEMPO DE LOS REGALOS*.
BARCELONA, PENÍNSULA, 2001.

DANIEL DEFOE. *ROBINSON CRUSOE*.
BARCELONA, PLANETA, 1981.

ROBERT LOUIS STEVENSON. *LA ISLA DEL TESORO*.
MADRID, EL PAÍS, 2004.

JACK LONDON. *COLMILLO BLANCO*.
MADRID, ANAYA, 2000.

RAMÓN J. SENDER. *LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE*.
NEW YORK, LAS AMÉRICAS PUBLISHING COMPANY, 1964.

F. M. CORAZÓN.
BARCELONA, MONDADORI, 2007.

JOSEPH CONRAD. *EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS*.
BARCELONA, VALDEMAR, 2001.

ISAK DINESEN. *LEJOS DE ÁFRICA*.
MADRID, ALFAGUARA, 1986.

ROALD DAHL. *VOLANDO SOLO*.
BARCELONA, CÍRCULO DE LECTORES, 1988.

RYSZARD KAPUSCINSKI. *ÉBANO*.
BARCELONA, BIBLIOTECA DEL VIAJERO ABC, 2004.

ROBERT D. KAPLAN. *VIAJE A LOS CONFINES DE LA TIERRA*.
BARCELONA, EDICIONES B, 1998.

Se terminó de imprimir el presente libro
en los talleres gráficos de GRAFO S.A.
el 11 de septiembre de 2008,
segundo centenario del fallecimiento
del botánico, científico y viajero gaditano
JOSÉ CELESTINO MUTIS



Andalucía
al máximo

EDICIÓN
NO VENAL
CON MOTIVO
DE LA
**SEMANA
EUROPEA
DE LA
MOVILIDAD
2008**

La Consejería de Obras Públicas y Transportes mantiene su compromiso con la mejora del sistema de transporte público en Andalucía. Para que éste sea seguro, eficaz y sostenible, y responda a las necesidades de los ciudadanos. Con las inversiones en la red de transporte regional y metropolitano, en su gestión, y nuevas infraestructuras y servicios, así como en la red de carreteras, conseguiremos aumentar la movilidad en nuestra Comunidad, disminuyendo así la saturación en ciudades y carreteras, la emisión de gases contaminantes y proporcionándonos a todos más tiempo y un aire más limpio.

Con este libro, editado con ocasión de la Semana Europea de la Movilidad 2008, nos gustaría agradecerle que sea usuario de nuestra red de transporte público, su colaboración en este empeño de cambiar nuestros hábitos de movilidad y le deseamos que disfrute de un feliz viaje.

